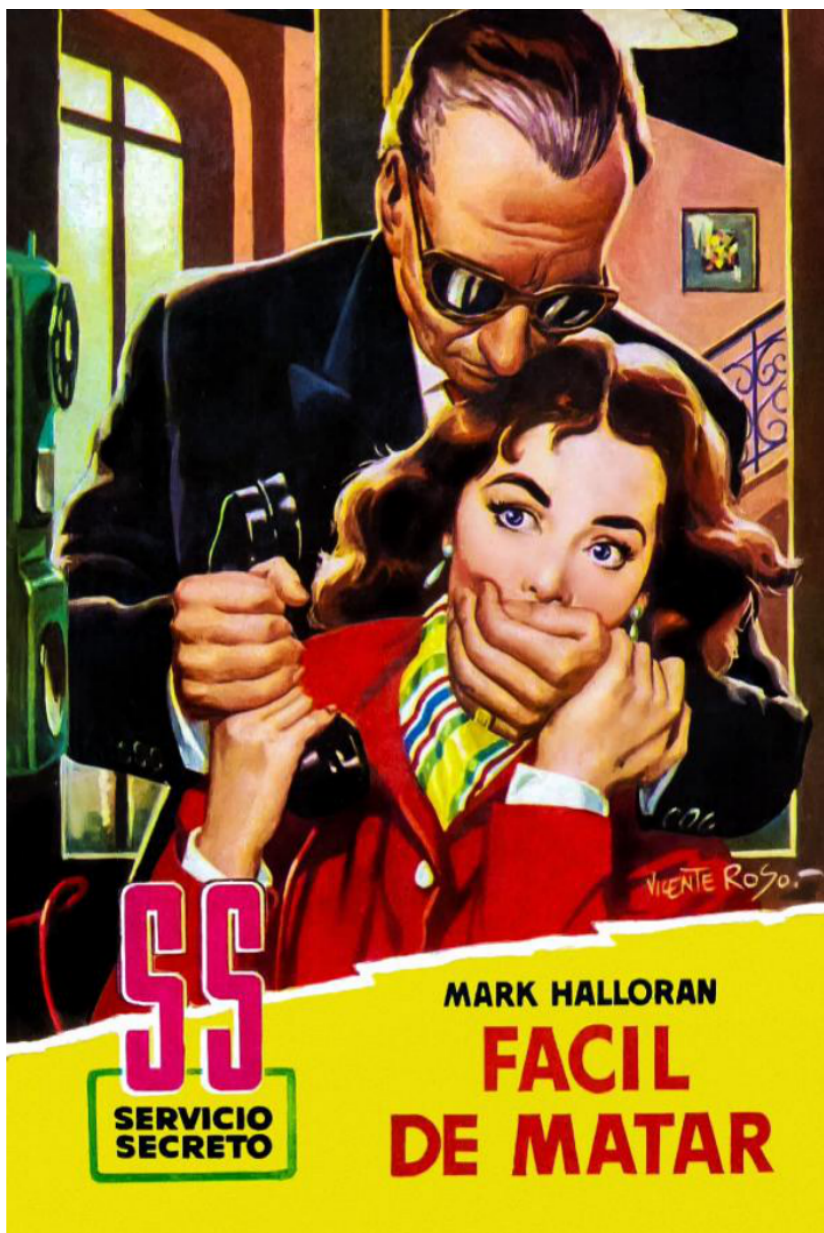




SS

SERVICIO
SECRETO

MARK HALLORAN

FACIL DE MATAR

MARK HALLORAN

FACIL DE MATAR

1.^a EDICIÓN
AGOSTO - 1955



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

313. — Volad, insectos de plomo!

En Colección BUFALO:

21. — Rojo color de sangre. 27. — Rastros humeantes. 61. — Ha llegado un hombre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

186. — Llega la muerte. 189. — Los *gangsters* mueren jóvenes. 191. — Una rubia en París. 206. Cota 30. 233. — La hora de los traidores. 232. — opio fresco. 241. — ¡Bienvenida, muerte! 250. — Tabaco inglés. 255. — No se admiten coronas.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

FASIL MATAR

Por MARK HALLORAN



CAPÍTULO PRIMERO

Hacía ya unos meses que Frank Leslie había muerto.

Aquella noche, Harry no pudo resistir más y salió al jardín. La reunión le resultaba insoportable y comenzaba a asfixiarle el ambiente. Se sentó junto a una extraña mesa funcional. Depositó en ella el gran vaso de ginebra que llevaba consigo. La marquesina se extendía por encima de él, protegiéndole de la lluvia que caía torrencialmente sobre la ciudad.

Pensó que en ningún lugar del mundo llovía como en Nueva York durante el invierno. Era como si se abrieran unas compuertas, como si se desataran unas enormes cataratas. La lluvia le abrumaba a uno. Las gigantescas y monótonas moles de los rascacielos adquirían, borrosas a través del agua, un aspecto fantasmagórico e irreal. Los hombres, lo mismo que las fieras en la selva, parecían atacados de una rara especie de fiebre que los consumía en deseos inexpresables.

Harry experimentó la misma sensación de angustia que frecuentemente le acometiera en los campos de batalla, cuando era doce años más joven y estaba en Italia y la aviación enemiga semejaba empeñada en alcanzar el centro de la tierra con sus bombas. No era miedo, ni tan siquiera temor dominado; simplemente, una angustia que jamás analizó. Como si le faltara aire y sólo pudiese recordar cosas tristes.

Extendió las piernas y apoyó los pies en otra silla. Cogió el vaso. Bebió un buen sorbo de ginebra. Le gustó su sabor.

El edificio de enfrente parecía moverse, difuminado por la espesa cortina de agua. Mientras, del interior de la sala, que quedaba a su espalda, una suave música llegaba hasta él. Era una música monótona y abrumadora, como la lluvia misma, como los propios rascacielos, como la vida en sí.

Hasta que se sentó a su lado no se dio cuenta de la presencia del

hombre que se le había acercado por detrás.

El recién llegado señaló con el pulgar hacia la sala.

—¿También tú estás harto de esa gente?

Harry se encogió de hombros.

—Hoy me molestan muchas cosas. No puedo soportar la artificiosidad, y ahí dentro todo es artificio. Fíjate en el ruido de la lluvia.

El agua redoblaba en la marquesina.

—¿Y bien?

—Me exaspera. Me trae recuerdos pasados que es mejor olvidar.

—Harry se llevó el vaso a los labios—. Cuéntame cualquier chiste, Johnny.

Johnny no contó ningún chiste.

—Todos tenemos cosas que olvidar —dijo—, y eso —señaló el vaso— no es droga suficiente para dormir los recuerdos. Yo no seguiría por ahí, Harry. Hace ya meses que ocurrió: es tonto atormentarse en vano.

Harry preguntó a media voz:

—¿A qué te refieres?

—A lo mismo que tú. Lo sabemos todos. Hasta el último ciudadano de Nueva York se enteró por los titulares de prensa.

Hubo un silencio.

—A veces pienso —dijo Harry— que no vale la pena recordar. Otras, que vivir es una estupidez... La ginebra no terminará con el recuerdo de mi hermano, estoy convencido. Sin embargo...

Johnny le contempló mientras bebía. Luego indicó:

—Hemos venido a una fiesta.

—¡Qué cuerno de fiesta! —Harry apuró la ginebra de un sorbo—. Siento como si Frank estuviera ahí dentro, entre esa gente que le conocía, que formaba su mundo habitual... Me enerva el ambiente, Johnny. O quizá sean el alcohol y la lluvia lo que hace que las cosas adquieran una importancia que antes no les dimos...

—No es eso, Harry. Desde que murió tu hermano eres otro. Te has empeñado en encontrar unos culpables, una justificación para lo ocurrido que, es duro decirlo, no hallarás porque no existen. Olvídalo, hazme caso. ¿Vamos adentro?

—No.

—Harry...

—Escúchame bien —Harry retiró los pies de la silla y se enderezó. Sus ojos brillaban—. Cueste lo que cueste, he de dar con la verdad de lo sucedido. Mi hermano era incapaz de esa canallada, de esa porquería que se cuenta por ahí y que vosotros, los agentes federales, habéis sido los primeros en difundir. Lo sé porque conocía al pobre Frank, pero es preciso que también los demás se enteren. He comenzado a reconstruir sus movimientos desde que se marchó a Montecarlo y creo haber encontrado algo interesante. Si de verdad eres amigo mío, escucha y dime lo que piensas. Como agente del FBI te concierne, en cierto modo. Pero has de prometerme una cosa.

Johnny tenía fruncido el entrecejo.

—¿Cuál?

—Si te parece que en lo que he averiguado hay una sola posibilidad de rehabilitar la memoria de Frank y vengarle, ayúdame.

—Haré lo que esté en mi mano.

—Harás lo que esté en tu mano, y más —replicó Harry bruscamente.

Johnny le miró a la cara.

—Muy bien —murmuró.

Harry empezó a hablar con la mirada fija en la lluvia. El rebelde cabello negro le caía hacia adelante como si hiciese años que no se había peinado. Su cuerpo de atleta estaba rígido en la silla.

—La historia se inició en Montecarlo, como te he dicho. Es una historia absurda, porque Frank, sin quererlo, mezcló en ella el dinero, el amor y el honor.

—Esa mezcla estalla —dijo Johnny. Quería relajar la tensión, desvanecer las sombras del rostro del hombre sentado a su lado, pero no sabía cómo—. Sigue.

—Frank se marchó a Europa con el propósito de escribir un libro. Era un libro en que el juego y Montecarlo tenían parte muy principal. Frank había estado en Montecarlo hace cinco años y, personalmente, el juego no le interesaba, pero buscaba ambiente y decidió instalarse por lo menos unas semanas en el Principado. Eso fue lo primero que hizo.

—¿Y lo segundo?

—Lo segundo fue enamorarse. Ocurrió una noche en que, al parecer, la suerte le sonreía... Un sarcasmo, Johnny. Frank estaba

jugando a la ruleta sin la menor pasión, por matar el tiempo, pero había ya ganado cerca de cincuenta mil francos apostando al siete, siempre al mismo número...

—¿Cómo sabes eso con tanto detalle?

—Me lo ha contado Willy Morris. Estaba allí.

Johnny volvió un momento la mirada hacia la sala.

—¿Willy Morris?

—Sí, coincidieron en Montecarlo por casualidad y se vieron frecuentemente. Willy dice que Frank acababa de acertar un pleno al siete y recogía el dinero cuando se dio cuenta de que unos fulanos que jugaban junto a él miraban de pronto hacia la puerta y silbaban admirativamente por lo bajo. Se volvió por pura curiosidad. Y luego no silbó como los otros. Ya sabes cómo era él: se guardó el dinero y fue tras la mujer que en aquel momento había entrado.

Johnny encendió cuidadosamente un cigarrillo.

—Una mujer. ¿Una europea?

—Sí.

—Bonita, naturalmente.

—Según Willy era deslumbrante. Alta, tostada por el sol mediterráneo, cabello como seda negra, muy atractiva, con una silueta graciosa, ondulante, flexible, que le dejaba a uno sin aliento. Sus ojos también eran negros, y de un brillo suave, un poco nostálgico, inteligente y prometedor.

—¿Ésas son palabras de Willy?

Harry asintió.

—Le gustó de verdad. Era, al parecer, una mujer que hubiera llamado la atención a cualquiera y en cualquier parte. Luego volvió a verla algunas veces acompañada de Frank.

—¿Francesa?

—Dice Willy que italiana.

Johnny, inmóvil, fumaba su cigarrillo.

—Continúa.

—Cuando entró en la sala del Casino, la muchacha se dirigió sin titubear a una de las mesas de ruleta situadas al fondo. Frank, que la seguía, se las ingenió para encontrar un sitio vacío junto a ella. Puso sus fichas sobre la mesa y se la quedó mirando fijamente, con descaro. Ella lo notó y sin embargo no pareció inmutarse. Willy les

contemplaba a cierta distancia...

—¿Dónde está ahora esa mujer?

—No lo sé, Johnny. Deja que termine... La chica apostó diez mil francos a un número y aguardó tranquila, como si los saltos de la bolita no le importaran en absoluto. El *croupier* cantó un número que no era el suyo y ella volvió a apostar. Insistió una y otra vez en el mismo número, perdiendo siempre. Y después, con disimulo, como si buscara a alguien, posó la vista en Frank. Sus miradas se encontraron. Mi hermano la estaba observando burlonamente, y la muchacha, al cabo de un momento, apartó de nuevo los ojos. Frank apostó al siete y tuvo suerte. Repitió la jugada y volvió a ganar. La gente que rodeaba la mesa empezó a demostrar interés por él y por el montón de fichas que le habían producido los dos plenos.

—Era tener suerte —dijo quedamente Johnny—. Vaya si lo era.

Harry añadió con amargura:

—Una puerca suerte, como para que hubiera renegado de ella todos los días que le quedaban de vida, que no fueron muchos.

—Hasta ahora no veo qué motivo... Está bien, sigue.

—A continuación de los dos plenos, Frank interrumpió sus apuestas. Pero la muchacha, en cambio, empujó un montón de dinero al siete y le dijo a mi hermano; «Sería terrible que saliera otra vez ese número y yo no apostara por él». «Yo no lo haría», contestó Frank. «El siete ha pasado totalmente de moda». La chica perdió una buena suma en aquella jugada desgraciada. «¿Adivina siempre?» preguntó a mi hermano. Y Frank replicó: «Casi. Por ejemplo, adivino que esta noche cenaremos juntos».

—¿Escuchó Willy esa conversación?

—Sí, se había aproximado y estaba exactamente detrás de ellos. La muchacha, sonriendo, pero sin rechazar la velada invitación, se levantó y abandonó su puesto en la ruleta. Frank la siguió. Willy, claro, se quedó allí y ya no supo lo que, ocurría entre ambos. Sólo a los dos días mi hermano le llamó por teléfono para pedirle prestado el coche, pues el suyo estaba averiado en el taller, y, según las palabras que repite Willy, «tenía que acompañar a Niza a su novia». Willy, sorprendido, le preguntó quién era su novia. Frank contestó que la muchacha a quién dos noches antes conociera en el Casino.

—¿Cómo se llamaba?

—Willy no lo recuerda. Oyó su nombre una sola vez: un nombre

italiano, que ha olvidado.

—Es curioso —Johnny estudiaba atentamente el humo de su cigarrillo—. Tu hermano Frank le tenía pánico al matrimonio. Era un hombre con auténtica vocación de soltero.

—Exactamente. Pero eso, Johnny, no significa nada. La vocación de soltero se va a paseo cuando uno tropieza con el amor. Y Frank había tropezado. Willy se citó con él en un café y le llevó personalmente el coche. Allí vio por segunda vez a aquella mujer maravillosa. Sus dudas se desvanecieron.

—¿Frank iba a casarse con ella?

—Willy, por lo menos, asegura que estaba enamorado como un colegial. A partir de entonces se les vio casi constantemente juntos.

Harry calló. Johnny arrojó su cigarrillo, que describió una parábola en el aire, cayó entre la lluvia y se apagó con un ligero siseo.

—¿Eso es todo? ¿No sabes nada más de esa muchacha?

—Sé que vivía con un pariente o tutor y que éste era un hombre como de cincuenta años que usaba gafas de concha y llevaba una discreta barba rojiza. Ella le trataba con mucho respeto.

—¿Quién era ese hombre? ¿A qué se dedicaba?

—Ni idea, Johnny. Pero él y la chica son culpables de lo que pasó.

—Harry, estás loco.

—No estoy loco.

—Entonces, ¿en qué te fundas? ¿Qué demonio importan los devaneos amorosos de Frank en Montecarlo? ¿Qué relación puede haber entre ellos y lo que pasó después?

—¡Tiene que haber una relación! —exclamó Harry abruptamente—. Escúchame, Johnny. Al mes d, e ese encuentro en el Casino, Frank, la muchacha y el hombre de la barba roja embarcaron con rumbo a los Estados Unidos.

—¿Juntos?

—Sí.

—Harry, tú sabes que tu hermano llegó sólo a Nueva York.

—¡Pregúntale a Willy! Eso es lo extraordinario, ¡eso! ¡Embarcaron los tres juntos y Frank llegó solo! ¡Y nadie le oyó mencionar a aquella mujer! ¿Qué fue de ella? ¿Se quedó en Gibraltar? ¿O en las Canarias? ¿Por qué, después que hubo

desaparecido, los aduaneros encontraron en el equipaje de Frank los documentos militares que tú sabes y un buen fajo de rublos legítimos? ¿Por qué semejante absurdo? ¿Cómo es posible que Frank tuviera aquello en su poder y no supiera justificarlo?

—Porque Frank —dijo Johnny lentamente— esperaba que los aduaneros no serían severos con él. Los papeles y los billetes estaban muy bien ocultos...

—¡Todo lo contrario! No era la primera vez que Frank regresaba del extranjero, y sabía perfectamente que ni el prestigio de nuestro padre, por el cargo que ocupa en la Administración, ni su simpatía personal, ni nada, conseguirían que la Aduana fuese para él menos severa que para los demás.

Johnny movió negativamente la cabeza.

—Por favor, Harry, reflexiona un poco. Los hechos son, desgraciadamente, por demás explícitos. Tu hermano fue a la cárcel, ¡y se fugó de la cárcel! ¿Por qué se fugaría si no era culpable de nada? ¿Por qué le ayudarían desde el exterior, como está claro que le ayudaron?

La voz de Harry sonó cortante como una navaja:

—¿Y por qué a los dos días de la fuga apareció acribillado a balazos?

—Esto no le exime. Probablemente disputó con sus cómplices, o alguien pensó que había confesado algo o que tarde o temprano lo confesaría.

Harry se inclinó nerviosamente hacia adelante.

—Johnny, tú conocías a Frank desde hace años. ¿Le crees capaz de la monstruosidad de que se le acusó?

Johnny demoró su respuesta.

—No —dijo al fin—. Sin embargo, los hechos...

—¡Al cuerno los hechos! Mientras estuvo detenido, Frank no confesó nada porque no sabía nada. Le engañaron para que escapase. La gente que tan hábilmente le echó fango encima necesitaba de un hombre de su posición social para hacerle cargar con la responsabilidad en caso necesario, y él era demasiado franco, demasiado sano, demasiado limpio para sospechar lo que se tramaba a su alrededor. Esa gente lo sabía. Por ello, en cuanto descubrió algo peligroso... le llenaron el cuerpo de balas y lo abandonaron en una cuneta. Los muertos no hablan. Los muertos no

se defienden. Los muertos son asombrosamente cómodos, Johnny... Sobre todo los muertos como mi hermano, que era, ¡pobre Frankie! tan fácil de matar. ¡Ésta es la historia! ¡Y te juro, Johnny, que algún día lograré que salga a la luz!

Johnny, al pronto, no dijo nada. Sonaba la música detrás de él y, delante, caía la lluvia. Harry, a su lado, respiraba agitadamente.

Transcurrieron como dos minutos. Johnny, finalmente, murmuró:

—Acaso lo que cuenta Willy Morris ofrezca una base para investigar con mayor amplitud... Veré lo que puedo hacer, descuida. No creas que en el FBI estamos ciegos. Siempre nos hemos preguntado cómo un hombre de la calidad de Frank pudo meterse en lo que se metió, y todavía no sabemos de quién procedían los rublos y los documentos que se le encontraron. La puerta está abierta para la verdad.

Harry estaba serenándose.

—Gracias, cuento contigo.

Johnny esperó otro poco.

—Ahora, volvamos a la sala —indicó al fin—. Nos echarán de menos.

Su amigo obedeció sumisamente y le siguió al interior. La animación estaba en su apogeo. Había grupos por doquier, en el gran salón de estilo funcional, y algunas parejas bailaban.

Desde uno de los grupos, alguien llamó a Johnny. Harry le vio alejarse y se encogió de hombros. Johnny Fisher, pensó, un viejo y buen amigo. Un hombre inteligente y educado. Más todavía: una hoja de templado acero en una funda de seda. Un oficial del FBI capaz de desenvolverse con la misma holgura en el hampa del East Side que en la alta sociedad de Park Avenue. Casi un ejemplar único.

Harry se proveyó en el bar de otro gran vaso de ginebra y fue a sentarse en un sillón tapizado de plástico amarillo. Pensó: «Un ejemplar único». Y luego: «Como Frank». Salvo que Frank estaba muerto.

Pensó tantas cosas en los minutos siguientes que no advirtió que la música cesaba y que en la sala se producía una conmoción. Se enteró cuando vio a Johnny de nuevo ante él, cuando percibió la sombría expresión de su rostro, en contraste con el fulgor metálico

de sus pupilas. Johnny le miraba como si quisiera perforarle.

Harry preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Vámonos. Date prisa.

En torno se había hecho el silencio. Nadie bailaba. Los grupos habían callado. Y una muchacha sentada en una silla roja sollozaba histéricamente junto a la puerta del salón.

Harry anduvo en pos del hombre del FBI sin pronunciar una palabra.

La dueña de la casa se cruzó con ellos y no pareció verles. Tenía el rostro acongojado y llevaba en la mano un vaso vacío.

Los dos amigos retiraron del guardarropa del vestíbulo sus sombreros e impermeables. Sin saber por qué, Harry se estremeció.

—Johnny, por Dios, ¿qué es lo que ocurre?

Un criado japonés abrió la puerta. Cuando se hallaron fuera y la puerta se hubo vuelto a cerrar, Johnny apoyó en los hombros de Harry ambas manos.

—¿Has bebido mucho?

—Regular.

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

Johnny se adelantó y pulsó el botón de llamada del ascensor.

—¿Has visto llorar a Betty Kingsbury?

—Sí.

—Estaba oficialmente comprometida para casarse con Willy Morris. La boda se hubiera celebrado en abril.

Harry sintió dentro de sí como si algo se rompiera.

—¡Johnny!

—Willy ha muerto.

—No... no es posible.

—Se ha matado en un accidente de automóvil, hace escasamente una hora. Venía hacia acá desde Atlantic City... Harry, ¿te pasa algo? ¿Te sientes mal?

—Sí —dijo Harry oscuramente.

El ascensor estaba subiendo. Harry añadió:

—¿A dónde vamos?

—A saber qué hay de ese accidente. No me gustan las coincidencias... sobre todo cierta clase de coincidencias...

El ascensor se detuvo. Su puerta se abrió. Los dos hombres entraron. Harry pensaba en Willy Morris. En el único hombre que fue en parte testigo de la extraña aventura de su hermano Frank.

Ahora también estaba muerto.

CAPÍTULO II

El aspecto de las calles de Nueva York era impresionante: el cielo completamente negro, una tremenda cortina de lluvia que había llegado a atragantar las cloacas, los anuncios luminosos difuminados y los enormes edificios sin carácter ni vida. Nueva York nunca es una ciudad hermosa, pero cuando pierde su vitalidad produce el efecto de una manada de monstruos dormidos.

A pesar del poco tránsito, el coche de Johnny no podía avanzar sino a velocidad reducida. El agua barría el parabrisas, dificultando la visión, sin que los limpiadores alcanzaran a eliminarla. Los dos hombres, impacientes, no se dirigían la palabra, y el lento deslizarse del vehículo hacía más desesperante el silencio. Harry encendió un cigarrillo y se levantó el cuello de la chaqueta, cruzándose las solapas para preservarse del frío que no era capaz de evitar la calefacción interior del auto. Así, con las manos hundidas en los bolsillos, se quedó mirando fijamente algo que sólo veía en su imaginación.

Johnny sacó el coche del centro y le dio todo el gas posible. Encendió los focos de carretera.

—¿Tienes un pitillo? —pidió.

Harry se lo dio encendido. Dijo:

—A este paso no vamos a llegar nunca.

—Lo único que importa es llegar antes de que retiren el coche del lugar del accidente. Dudo que lo hagan con este temporal.

—¿Por qué? ¿Qué esperas encontrar en ese coche?

Johnny se encogió vagamente de hombros.

—Quizá de lo que encuentre dependa que tus sospechas se confirmen.

Hubo una pausa.

—¿Falta mucho?

—No. Iremos al precinto^[1] más próximo. Allí nos informarán. —

Johnny expelió dos chorros de humo por la nariz—. Oye, Harry.

—¿Qué?

—¿No recuerdas nada más, relativo a tu hermano y a Willy? ¿Nada de la época en que coincidieron en Montecarlo?

—He estado pensándolo, Johnny, y no. Nada más.

—¿Tienes la plena seguridad de que, antes de partir ni extranjero, Frank hacía una vida normal? Me gustaría que me contaras cuánto sabes, aunque aparentemente no le favorezca. A veces, por un hilo se saca el ovillo: no necesito decírtelo, Harry.

Harry asintió.

—Lo siento. La vida de Frank no había cambiado, estoy completamente seguro. Y en cuanto a que lo que yo sepa le perjudique... No creo que nada pueda perjudicarle ya.

—Pero antes has dicho que tu hermano mezcló sin quererlo el dinero, el amor y el honor. ¿Qué fue lo del dinero? ¿Los miles de francos que ganó apostando al siete aquella noche?

—No.

—¿Entonces?

—Fue... un detalle más. Pocos días antes de regresar a los Estados Unidos, Frank telegrafió pidiendo dinero. Y lo cierto es que se llevó dólares suficientes como para dar la vuelta al mundo... Comprendo lo que piensas: el juego, deudas, otra vez el juego, y una trampa de la que no se puede escapar... Pues no, Johnny. Frank era incapaz de, arriesgar el dinero para ganar o perder. El juego en sí le tenía sin cuidado. Te he dicho que entró en el Casino por simple curiosidad y que jugó para matar el tiempo. Podía igualmente haber jugado aquí, y jamás lo hizo. La prueba está en que ya no se le volvió a ver por las salas: esto es seguro, porque Willy continuó frecuentándolas hasta mucho después.

—En tal caso, ¿para qué necesitaba dinero?

—No lo sé. Y quizá carezca de importancia.

—Todo eso es terriblemente turbio, Harry.

—Muy bien, es turbio —concedió Harry ásperamente—. Pero tú y yo lo vemos bajo distinta luz. Tú estás convencido de la culpabilidad de Frank y te empeñas en hallar el motivo de sus actos. Yo, en cambio, prescindo del motivo porque estoy seguro de su inocencia. Quiero encontrar culpables, no cómplices.

Johnny Fisher no contestó.

Sólo él se apeó cuando llegaron al precinto. Harry se quedó en el coche y tuvo que aguardar bastante más de lo que suponía. Estaba a punto de perder la paciencia cuando aparecieron dos hombres en el portal donde un agente montaba guardia impertérrito, contemplando la lluvia. Los dos hombres, dos formas borrosas, corrieron al auto. Harry no reconoció a su amigo hasta que éste abrió la portezuela. Su impermeable chorreaba agua.

—Aquí tienes al sargento Munro —dijo—. Él nos acompañará.

Harry se volvió para estrechar la gruesa mano de labrador del hombre que parecía necesitar toda la parte posterior del coche para acomodar medianamente bien sus desmesuradas piernas.

—Encantado, sargento.

El policía dijo:

—Deliciosa noche, ¿no?

Johnny tiró del «demarré» y fue apretando el acelerador con precaución. Debía de conocer la situación del coche accidentado, pues no dirigió pregunta ninguna al sargento. No tardaron más de diez minutos en llegar.

El automóvil de Willy Morris era un «Nash» último modelo. Estaba completamente volcado. Sus ruedas buscaban en el aire un asfalto donde rodar y no tocaban más que la lona que amparaba al coche de la lluvia. Aunque casi todos los cristales se hallaban en perfecto estado, el parabrisas había desaparecido. Una farola, cinco metros atrás, semejava una enorme vela doblada por el calor. El coche, evidentemente, pegó primero contra ella y por eso no derribó la verja de hierro que luego lo había detenido.

Dos policías uniformados montaban guardia, en precarias condiciones a causa de la lluvia. Enfocaron sus linternas hacia los que llegaban, reconocieron al sargento y lo saludaron sin entusiasmo.

Munro preguntó:

—¿Algo nuevo?

—No, señor.

El sargento se volvió a Johnny y le señaló el coche.

—Véalo. El asiento del conductor olía a *whisky*. Su hombre estaría borracho.

—¿Fue eso todo lo que descubrieron?

—Sí. Los especialistas no pueden trabajar con esta lluvia. Por

otra parte, parece un caso claro de conducción en estado de embriaguez.

Johnny se agachó bajo la lona.

—Hipótesis —dijo desdeñosamente.

Introdujo la cabeza por la ventanilla, pero no tardó en retirarla. Los dos agentes se habían aproximado, le iluminaban con sus linternas y seguían sus movimientos sin asomo de curiosidad.

Munro aportó otra linterna y los tres se metieron debajo de la lona. El agua caía aún torrencialmente, como interesada en dificultar el trabajo. Su redoble en la lona semejaba un monótono trueno.

Los tres hombres lo escutaron todo en silencio durante unos minutos. Después, Harry exclamó repentinamente:

—¡Eh, Johnny, aquí!

Todos acudieron.

—¿Y bien?

—Observa esta pieza. No la ha quebrado el golpe; la sección es demasiado perfecta para ser fortuita. Se diría que ha sido aserrada a fin de que Willy perdiese la dirección.

Johnny no hizo comentarios, pero el foco de las linternas arrancó un significativo destello a sus pupilas cuando se enderezó.

—Bien, sargento —dijo—, con, esto basta. Hemos encontrado algo considerable y ya nada tenemos que hacer aquí.

Munro se alzó de hombros. Mientras los dos amigos retrocedían al coche, dijo a los agentes:

—Enseguida os envío el relevo. Que nadie toque el coche ni se aproxime a él, ¿está claro?

—Sí, señor.

—Buenas noches.

Johnny se hallaba ya al volante. Munro se sentó atrás y añadió:

—Todo eso es un poco raro, ¿no les parece?

El coche arrancó.

—Un poco —repuso Johnny—. Puede que el accidente no fuera tal accidente, pero hasta conocer el informe del forense no existen garantías. Una cosa, sargento.

—Diga.

—No divulgue por ahí que el FBI ha intervenido. Mi gestión no es oficial. Si se decide que lo sea, la orden circulará en el momento

oportuno. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero todo eso —repitió Munro, cruzando sus largas piernas— es la mar de raro.

El sargento se quedó en el precinto y los dos amigos continuaron de regreso al centro de la ciudad. Cuando estuvieron solos en el coche, Harry preguntó:

—¿Qué opinas ahora?

—Lo mismo que el sargento —dijo Johnny—: todo eso es la mar de raro. Y quizá no tenga la menor relación con nuestro asunto.

—¿Aunque el accidente no sea un accidente?

—Aun así.

En el Departamento Central les informaron de que la autopsia de Willy Morris estaba efectuándose en aquel momento. Tuvieron que hacer media hora de antesala, durante la cual dio Harry visibles muestras de impaciencia. A Johnny, en cambio, la espera no parecía molestarle. Fumaba y reflexionaba, plácidamente hundido en un sillón.

Por fin, abrochándose los puños de la camisa, apareció el médico forense. Le acompañaba un hombre alto y enjuto que mascaba chicle. Se presentó a sí mismo como el capitán Kimbell, de la División de Tráfico, y dijo estar encargado del caso Morris. Cuando Johnny Fisher se hubo identificado, preguntó:

—¿Por qué el FBI?

—Mera coincidencia. El muerto era un amigo. Nos ha sorprendido la hipótesis de que condujera en estado de embriaguez, eso es todo.

—No conducía en estado de embriaguez —dijo el forense.

Johnny y Harry se volvieron a él.

—¿No?

—Había bebido un poco de cerveza, pero no la suficiente para perturbar un organismo como el suyo. ¿Quién dijo lo de la embriaguez?

—Es la conclusión que han sacado en el precinte. El coche olía a *whisky*.

—¿Precisamente a *whisky*?

—Sí.

—No había ni rastro de *whisky* en su estómago. Es un error. Ese hombre se hallaba en estado normal cuando el accidente se produjo.

—¿Cuál fue la causa de la muerte?

—Fractura de la base del cráneo.

El capitán Kimbell dijo:

—Probablemente iba a demasiada velocidad y su coche patinó por culpa de la lluvia. La noche es infernal. Si lo que querían ustedes era asegurarse de que no se emborrachó, están satisfechos.

Johnny sacudió la cabeza.

—No era eso solamente. ¿Ha visto usted el coche?

—Le eché una mirada cuando retiramos el cadáver.

—Échele otra con buena luz. Uno de los ejes de la transmisión del volante había sido aserrado; por eso perdió Morris la dirección.

Kimbell se puso súbitamente rígido.

—¿Cómo?

—Compruébelo.

—Entonces, ¿no fue un accidente?

—¿Qué le parece?

El capitán entrecerró los ojos.

—Usted sospechaba algo, o de lo contrario no hubiera intervenido. Bueno, ¿qué pasa? ¿Es un asesinato? ¿Quién era Morris?

—Alguien que ha muerto. —Johnny asió a su amigo del brazo—. Vámonos, Harry. Gracias por su informe, doctor. Y a usted, capitán. Si el asunto pasa a la jurisdicción federal, tendrá noticias más.

—Lo supongo —gruñó Kimbell.

Los dos camaradas abandonaron el departamento. Fuera, el temporal de lluvia parecía amainar.

—Me conviene una ginebra —dijo Harry.

Y la bebió en el primer *drugstore* que les salió al paso.

CAPÍTULO III

A Harry le sentó como un tiro que le despertaran tan temprano. No se había dormido hasta muy entrada la madrugada, y tenía la cabeza pesada y la boca seca por la ginebra que bebió, a solas en su departamento, después de separarse de Johnny, mientras pensaba en las cosas que habían ocurrido y en las que podían ocurrir.

Pero allí estaba su criado portorriqueño tocándole suavemente en el hombro, cuando el reloj, sobre la mesilla, marcaba apenas las nueve.

Harry masculló:

—Vete al cuerno.

—Señor, están esperándole.

—¡Que se vaya al cuerno contigo quien espera!

El criado titubeó.

—Es que... no piensa irse hasta que haya hablado con usted.

—¿Quién es?

—Una señorita extranjera.

Las palabras se le hincaron a Harry en el cerebro.

—¿Extranjera? ¿Qué clase de extranjera?

—No lo sé, señor.

Harry se enderezó bruscamente. Conocía a media docena de muchachas extranjeras, pero era dudoso que alguna acudiese a visitarle a las nueve de la mañana. Por un instante se preguntó si los hechos no estarían encadenándose solos, si sería algo más que coincidencias lo que estaba ocurriendo desde que Willy Morris regresó de Europa y le habló de Frank y de Montecarlo. ¿Una señorita extranjera? ¿Sería posible?

No, claro que no. ¿Qué estaría ella haciendo en Nueva York?

—¿Cómo es?

El criado esbozó una sonrisa.

—Joven y bonita, señor.

—¿Qué más?

—Alta, morena, sumamente elegante. Muy bonita, señor, se lo aseguro.

—¿Italiana?

—No lo sé, señor.

—Está bien, voy en, seguida. Mientras, prepárame un *gin-fizz*.

Tenía que ser ella. Tenía que serlo, para que el cuadro esbozado la noche anterior se completase: el terrible cuadro, con Willy Morris muerto en su coche bajo la lluvia. Era como si en el mundo no existiera más que una sola mujer.

Harry saltó de la cama, tomó una rápida ducha fría y se vistió. Estaba nervioso y la cabeza le dolía cada vez más.

Había visto en su vida mujeres estupendas. Sin embargo, quizá ninguna tenía la gracia, la femineidad y el atractivo directo, hiriente, de la que le aguardaba en el *living*. Era viva, fuerte, y a un tiempo suave, como un felino en plena juventud. Iba maravillosamente vestida, y no obstante era ella quien realzaba el vestido, no el vestido a ella. Harry la contempló un momento, extasiado. Luego avanzó mirándola a los ojos. Desde el fondo de su corazón deseaba ahora que no fuese quién había supuesto. Porque si era la mujer a quién Frank había amado, podía ser también la culpable de su desgracia. En su pasmosa belleza, tan serena y limpia, no cabía ni sombra de culpabilidad.

Harry le tendió la mano. Ella dijo:

—¿Es usted Harry Leslie?

Hablaba inglés con un dulce y musical acento.

—Sí.

—Me llamo Clara Bussoni.

El criado portorriqueño se adelantó con un vaso y una pequeña bandeja. Harry cogió el vaso.

—¿Puedo ofrecerle alguna cosa?

—Muchas gracias, no quiero nada. Perdóneme por molestarle tan temprano.

Harry bebió de un sorbo la mitad del *gin-fizz*.

—Esto es todo, Pablo.

El portorriqueño se retiró. Una extraña tensión flotaba en el aire.

—Tengo que hablarle, señor Leslie —dijo la muchacha.

—Siéntese, por favor.

Ella se sentó con las rodillas juntas.

—¿Se ha enterado de... de lo... de Willy Morris?

—Ha muerto.

—Sí.

—Lo supe anoche, ¿por qué?

—Yo soy la exnovia de su hermano Frank.

Lo era. Lo imposible había ocurrido.

Harry apuró el *gin-fizz* y notó inmediatamente que le sentaba bien.

—No comprendo.

—Usted me buscaba, y aquí estoy.

—¿Cómo sabe que la buscaba? ¿Cómo sabe si conocía siquiera su existencia?

—Willy me lo dijo.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Dónde?

—Nos encontramos por casualidad en un restaurante.

—Willy Morris estaba ayer en Atlantic City.

—Se equivoca, marchó a Atlantic City después de almorzar.

—Es posible.

Clara se inclinó hacia adelante.

—No me sorprende que me reciba con tanta hostilidad, señor Leslie. Lo esperaba, por lo que Willy me dijo. He venido precisamente a desvanecer sus recelos en lo que pueda. Yo quería a Frank, íbamos a casarnos.

—¿Y por qué no lo hicieron?

—No fue posible. Sabe usted, como yo, lo que pasó a su llegada.

—Me refería a antes. El volvió solo.

—Nos proponíamos casarnos aquí, pero tuvimos que separarnos momentáneamente en Gibraltar porque mi padre necesitaba resolver allí y en Tánger unos asuntos. Por los periódicos me enteré de lo que sucedía. Comprenderá que, cuando dieron la noticia de la muerte de Frank, ya no tuve por venir ninguna prisa.

—¿No le escribió?

—En cuanto le detuvieron, él mismo me pidió que no lo hiciera.

—¿Por qué?

—En su carta decía que podía comprometernos a los dos. A mí

no me importaba comprometerme, pero obedecí por él.

—¿Cuándo ha llegado?

—Hace una semana.

—¿Con su padre?

—Sí.

—¿Era su padre el hombre de barba rojiza con quién vivía en Montecarlo?

—Naturalmente.

—¿Y ha sido la muerte de Willy lo que la ha impulsado a visitarme?

La muchacha estaba intranquila: se notaba en su modo de unir y desunir las manos.

—Después de hablar con Willy hubiera venido de todos modos. Él me dijo que usted sospecha que, de un modo u otro, es mía la culpa de lo que le ocurrió a Frank.

—¿Y no lo es?

—¡Por Dios, señor Leslie!

—Entonces, ¿la sorprendió lo sucedido? ¿O tiene alguna idea de cuál fue la causa? ¿Puede aportar alguna explicación al hecho de que mi hermano se comportara como un aprendiz de espía, huyera de la cárcel y posteriormente muriera asesinado?

Clara estaba pálida.

—Dios mío, ¡no! ¡Fue un golpe terrible para mí!

—¿Creyó en su culpabilidad?

—¡No, no, no! Pero yo no conocía a Frank... Quiero decir que sabía de él únicamente lo que me había contado, e ignoraba quién era realmente en Nueva York y si la vida que llevaba en Montecarlo era una vida falsa... La incertidumbre ha sido espantosa, señor Leslie.

Hubo un silencio.

—Comprendo —dijo Harry—. Sin embargo, usted le trató íntimamente. Usted es quizá la única persona capaz de saber quién le metió en ese lío, con quién se relacionaba que pudiera introducir en su equipaje las pruebas comprometedoras que se le encontraron, y para qué fue hecho esto. Medite, trate de recordar...

—He pasado meses tratando de recordar. Ha sido en vano.

—Pero Frank es inocente de lo que se le acusó —la voz de Harry vibraba—, y yo me he propuesto demostrarlo y hundir a los

canallas que le hundieron a él. Tiene usted que ayudarme. Si de veras le amaba, ¡tiene que ayudarme!

La joven se pasó la lengua por los temblorosos labios.

—Sí, claro que sí, señor Leslie. Cuente con ello.

—¿Le importa llamarme Harry?

—No me importa.

—Frank era mi hermano mayor y el mejor hombre del mundo. Usted hubiera sido su esposa. Esto establece un lazo entre nosotros dos.

Brillaban lágrimas en los ojos de la joven.

—Sí.

—No llore —dijo Harry.

—No llore —repuso ella. Se levantó y se alisó maquinalmente la falda—. He de marcharme. Me alegro mucho de haberle conocido, Harry. Cuando Willy me contó las preguntas que usted le hizo acerca de la vida de Frank en Montecarlo, comprendí que mi posición era equívoca. Celebro que, ahora, todo se haya aclarado.

—¿Dónde podré encontrarla si la necesito?

—En el *Waldorf Astoria*.

—¿Quiero que almorcemos juntos?

—¿Hoy?

—Sí.

Clara titubeó.

—Bueno. A las doce y media estaré en

Norman's

. Es un bar de la calle 43 Oeste, junto al Edificio *Harrington*, no sé el número.

—Lo recuerdo —asintió Harry.

Y ella se fue.

CAPÍTULO IV

El cajero, detrás de su ventanilla, tomó de pronto una decisión: Jugárselo todo a una carta. Era absurdo, en el fondo. El dinero que estaba junto a él no era suyo, ni muchísimo menos —¡ojalá!—. La cosa hubiera debido dejarle indiferente, pero ni él mismo supo, cuando lo hizo, porqué su dedo oprimía nerviosamente el botón de la señal de alarma.

La señal, sin embargo, no sonó.

El cajero se resistió a creerlo: el silencio era más profundo que antes. Y el cañón de una pistola automática apuntaba a su pecho, y el hombre que la sostenía esbozaba una sonrisa burlona.

El cajero se llamó a sí mismo estúpido y comenzó a temblar. No tenía miedo, estaba seguro de no tener miedo; pero se le doblaban las rodillas, y por más esfuerzo que hacía no conseguía apartar la vista del orificio negro inmóvil a la altura de su corazón. De un momento a otro, el orificio podía escupir una llamita anaranjada. Después habría entierro y funeral: dos ceremonias la mar de solemnes.

Una mujer que contaba billetes apoyada en uno de los mostradores se quedó a medio contarlos cuando un hombre joven y barbilampiño le mostró entre sus manos una metralleta. Nadie supo cómo los diez individuos armados habían entrado en el Banco *Brown-Houston*. La mujer tampoco lo supo, pero se apresuró a esconder su dinero en el bolso; y aunque se le cayeron al suelo varios billetes, el hombre de la metralleta no se movió.

Por la escalera central bajaban tres individuos sin la menor prisa. Uno de ellos transportaba dos abultados maletines. Los otros iban armados. Sin decir nada a sus cómplices avanzaron hacia la puerta. Salieron. Los demás aguardaban en la misma posición, sin moverse, afectando la misma placidez que gozarían si se hallaran en una rifa benéfica. El silencio era como de cristal.

Fuera, repentinamente, se oyó el brusco arrancar de un automóvil que hacía sonar el claxon tres veces seguidas. Al momento, cinco de los siete atracadores que quedaban en el interior del Banco salieron con cierta precipitación, demostrando no tener los nervios tan templados, pese a todo, como los tres anteriores. De nuevo arrancó un automóvil y el sonido del claxon se dejó oír. Y también ahora se repitió tres veces.

Los dos últimos hombres hablaron, cosa que nadie había hecho desde que aquella interminable escena comenzó. Ordenaron a todos que les dieran la espalda y ascendiesen por la escalera que poco antes habían bajado el sujeto de los maletines y sus dos compañeros. La gente obedeció como un ejército disciplinado, mientras que los empleados situados tras de los mostradores y ventanillas tuvieron, a otra orden, que tenderse en tierra.

Tal era el cuadro cuando la retaguardia de los atracadores abandonó el escenario de su triunfo. Nadie les vio salir. Ni uno solo de los espectadores quiso volver la cara. ¿Qué hubiera ganado con ello? ¿Un balazo en la frente? ¿Y para qué?

Transcurrieron dos o tres minutos, y por fin, todavía temblando, el cajero que había intentado en vano dar la señal de alarma se incorporó y atisbó entre las rejillas de su ventanilla. La gran sala estaba desierta, no se veía ni rastro de los intrusos. Sonó un murmullo, que pronto creció como una marca. El público y los empleados reaccionaban, mal fuese contra el vacío. Las voces se hicieron más y más sonoras. El cajero oyó que alguien chillaba histéricamente.

Instantes después, unos intentaban precipitarse al exterior por la puerta giratoria, sin conseguirlo, pues estaba atascada. Otro cogió un teléfono y descubrió que no daba comunicación, porque los asaltantes habían tomado sus precauciones con cuidado exquisito, y el Banco se hallaba tan aislado del mundo como si perteneciese a otro planeta.

Al cabo, un ordenanza asió un tintero y destrozó con él los cristales de la puerta. Rompió a gritar desaforadamente, y sólo entonces, a diez metros de allí, un guardia se revolvió, sorprendido, y descubrió que algo raro había pasado.

Cuando llegaron las patrullas volantes, el aullido de sus sirenas casi indignó a los asustados clientes, que permanecían en el interior

del establecimiento retenidos a la fuerza por la media docena de agentes concentrados en el breve intervalo. Hubo protestas, palabras duras, crisis nerviosas y, enseguida, interrogatorios. Un teniente acudió desde el precinto, acompañado de un equipo especial. Dio enérgicas instrucciones. Sus hombres subieron y bajaron apresuradamente la escalera, revisaron los aparatos de alarma hasta hallar la causa de que no hubieran funcionado en el momento preciso, y descubrieron el punto en que los hilos telefónicos habían sido cortados.

—Nunca vi un golpe mejor realizado —dijo el sargento que dio el informe.

El teniente, que se llamaba

O'Mara

y era muy rubio, se abanicaba el rostro con el sombrero, aunque no se notaba ni asomo de calor.

—Sabían lo que hacían, ¿eh? Pues no del todo: se han llevado billetes grandes únicamente.

El sargento enarcó sus espesas cejas.

—¡Cuerno! Después de tanto trabajo artístico, ¿han cometido esa estupidez?

—Billetes grandes, nuevos y con la numeración registrada en el archivo. De menos valor y usados, billetes que no se registran nunca, los había a montones por todas partes. No tocaron ninguno.

El sargento se atragantó.

—Pero, entonces, ¿no va a costar nada echarles mano! ¡Oiga! ¡Esto es la lotería!

—¿Sí? —preguntó

O'Mara

incisivamente.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que es raro que tipos capaces de planear y realizar un atraco tan perfecto incurran en un descuido idiota.

—Un mal paso cualquiera lo da.

—Un pepino, sargento. Ya veremos qué ocurre cuando esos billetes reaparezcan, si reaparecen. El asunto, con lo claro y simple que es, no me gusta absolutamente nada. Esa gente ha de saber de sobra que en el banco consta la numeración del dinero que se han llevado, y no obstante, para apoderarse de él, han corrido un riesgo

diez veces mayor del que exigía vaciar las ventanillas de pago abiertas a los clientes. Apuesto a que la historia no termina aquí. Habrá jaleo en el futuro, si no me equivoco.

El sargento dijo que sí que quizá lo habría, y se fue en pos de los dactilóscopos. Los interrogatorios estaban terminando. Poco a poco, el suceso se reconstruiría en sus principales detalles. Y ninguno de estos detalles aportó el necesario rayo de luz.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó el teniente en voz alta, aunque en realidad se hablaba a sí mismo—. Charlie Lucas sería capaz, pero está en

Sing-Sing

y tardará en salir cinco años. ¿Buddy Wallace? Ha muerto. Ernie Polo se marchó a California, Shuman fue deportado, y Joe Carpenter es demasiado viejo y tiene reventado el sistema nervioso a causa de la marihuana y el alcohol. Bueno, ¿quién ha dado este golpe?

Barnaby, que era el detective más joven del precinto, contestó:

—Las descripciones no permiten identificar a nadie. La gente asustada no reconoce ni a sus propios padres.

—Ni a sus propios hijos —asintió

O'Mara.

Su pensamiento estaba ausente—. ¿Qué dicen las huellas?

—No hay huellas. Los que operaron con el dinero usaban guantes. Los demás no tocaron nada que no hubieran tocado centenares de personas antes y hasta después que ellos. Es un muestrario inútil. ¿Quiere un pitillo, teniente?

—Quiero largarme a casa —

O'Mara

se encasquetó el sombrero—: Nada nos queda por hacer aquí. Esto es un asco.

Era un asco. Cuando se retiraron, los policías no disponían del más leve indicio. Ignoraban, no ya la matrícula, sino hasta la marca, el modelo y el color de los vehículos que utilizaron los atracadores. Nadie se fijó. No era posible ni siquiera averiguar si su placa era falsa o si fueron robados, o qué. Las perspectivas se reducían a esperar que los billetes robados entraran algún día en circulación; y si los ladrones tenían paciencia y recursos suficientes para aguantarse o sacarlos del país, incluso aquellas perspectivas se

esfumaban.

—Informe al FBI —le dijo

O'Mara

al detective joven—. Conviene saber si se encuentra en Nueva York algún pez gordo procedente de San Luis, Los Ángeles o Chicago, o del infierno, qué narices. Alguien ha organizado este sarao, alguien con experiencia y seso. ¿Le gustan a usted los macarrones?

—No —dijo Barnaby.

—A mí mucho. Creo que mi mujer ha preparado macarrones para el almuerzo —

O'Mara

sacó el pañuelo y se sonó—. Informe al FBI y pida esos datos, Barnaby, que no se le olvide.

El detective joven asintió.

—No se me olvidará, teniente.

CAPÍTULO V

Ya muy lejos del Banco *Brown-Houston*, tres automóviles rodaban a moderada velocidad y tan distanciados entre sí que, en el sobrecargado tráfico neoyorquino, nadie hubiera adivinado que se dirigían al mismo lugar. Sus velocidades estaban sincronizadas para no aproximarse excesivamente unos a otros.

El primero de los coches no tardó en atravesar el puente colgante sobre el East River. Continuó avanzando por la interminable cinta de asfalto gris, y se hubiera dicho, con la velocidad que entonces adquirió, que su hocico niquelado separaba los hotelitos alineados a ambos lados de la autopista como la proa de un barco surca las olas.

En aquel primer automóvil viajaban los tres hombres que descendieron por la escalera del banco portadores de los dos abultados maletines. Era un veloz «Lincoln» verde botella, que ahora aceleraba su marcha hasta rozar peligrosamente la velocidad máxima permitida en su tramo, aunque sin rebasarla jamás. Detrás de él, convenientemente espaciados, los dos coches restantes aumentaban también las revoluciones de su motor. El conjunto funcionaba como un reloj suizo, y así había funcionado desde que la fiesta empezó. Todo limpio y en orden.

Luego, los frenos del primer coche chirriaron estrepitosamente y sus neumáticos resbalaron de modo espectacular sobre la autopista. Tomaba una curva como si el conductor pretendiera suicidarse, pero un momento después había entrado sin novedad en un camino vecinal de piso terroso que serpenteaba entre dos colinas.

Al pie de una de las colinas había una casita de campo, y una de las ventanas del piso superior dejó ver tras los cristales la cara de un hombre cuando el auto se detuvo frente a ella. Los ocupantes del vehículo aguardaron unos minutos pacientemente. Acto seguido, la puerta metálica que cerraba el garaje de la casa se corrió sola, sin

que aparentemente la moviera nadie. El coche entró, y sus tres ocupantes se apearon. La puerta permaneció abierta. No se cerró hasta algún tiempo más tarde, y para entonces los dos coches que marchaban en pos del «Lincoln» estaban dentro también.

Los diez hombres pasaron juntos del garaje a la casa. Otro hombre que vestía un elegante traje oscuro y usaba gafas de montura de oro, les recibió plantado en el centro de un gran «living» donde ardía un fuego de hogar. Dijo secamente:

—¿Y bien?

Tenía un modo exótico de pronunciar las vocales.

—Aquí está —repuso el que cargaba con los maletines. Arrojó éstos a los pies del otro—. Todo como una seda.

Los inteligentes ojos del hombre chispearon.

—Enhorabuena. Sentaos. El que quiera echar un trago, que lo eche.

Parecía muy satisfecho. No era joven. Tendría quizá cincuenta años, y su acusado aire de intelectual y su porte distinguido contrastaban singularmente con la edad, la condición y el modo de vestir de quienes en aquel momento le rodeaban. De éstos, el que transportó los maletines era un muchacho de ensortijado cabello negro y tez morena que llevaba una gardenia en el ojal de su llamativo traje gris-verde. Sus compañeros le llamaban «Gauchó» Rojas, aunque ninguno sabía a ciencia cierta si era argentino o no y a pesar de que hablaba sin sombra de acento extranjero. Pero él se mostraba muy ufano del apodo y de la aureola de romanticismo meridional que lo envolvía, aureola que jamás se ocupó de desmentir.

El hombre de las gafas se ajustó éstas con un tic nervioso.

—A ver los billetes.

«Gauchó» abrió los maletines. Una cascada de papeles verdes se derramó por el suelo, arrancando un suspiro al hombre de las gafas.

—Soberbio. Si es verdad que todo ha salido como lo proyectamos, mi más sincera felicitación. Por supuesto, cobraréis ahora mismo.

«Gauchó», sin decir nada, se retiró junto a un aparador donde había botellas y vasos y se sirvió cuatro dedos de *whisky*. Los demás, como alucinados, contemplaban el montón de dinero. Uno objetó:

—Jefe, es imposible. Estos billetes estarán en poder de la policía

en cuanto se pongan en circulación. Cualquiera se arriesga a invitar con ellos a una rubia.

Los ojos del jefe se agrandaron visiblemente tras los gruesos cristales de sus gafas.

—Pero ¿qué te has creído? —exclamó. Su reacción era desmesurada, un poco histérica, anormal—. ¿Qué yo no pienso en los detalles?

El muchacho que había hablado pareció arrepentido de su observación. Hasta entonces no tenía contra aquel hombre queja ninguna, sino todo lo contrario, y temía evidentemente despertar su cólera.

—No es eso —aclaró—. Simplemente, se me ha ocurrido que unos billetes tan grandes...

—¿Quién te ha dicho a ti que os voy a pagar con ellos? Tendréis billetes pequeños y usados. ¿Es eso lo que quieres, bestia?

—Sí, jefe. Gracias, jefe.

—Os advertí una vez, y con una vez debiera bastar, que nadie ha de dudar de mí, ni discutir mis órdenes, ni hacerme preguntas que no tienen respuesta. A fin de cuentas, hasta ahora no erais sino estúpidos matarifes que os jugabais la piel por cuarenta dólares. Todo lo demás es beneficio. Si alguien no está conforme, ya sabe lo que le toca.

Los diez hombres aguantaron el chaparrón. Ninguno se movió, y ni siquiera para adular al jefe despegó nadie los labios. La escena era ridícula: un caballero maduro, flaco y nervioso, con aire de catedrático y poco dominio de sí mismo, atemorizando con la mirada a un puñado de grandullones endurecidos. Sólo «Gaucha» Rojas sonreía, mientras examinaba distraídamente el contenido de su vaso. Una expresión de cinismo se extendía por su rostro, y semejaba, entre todos los presentes, el único convencido de su propia fuerza.

Al cabo de un momento, el jefe añadió:

—Pasado mañana habrá otro golpe de bastante riesgo.

Algunos estuvieron a punto de protestar. Sabían de aquellos negocios cuanto se ha de saber: más que el jefe mismo, aunque él no opinara así. Y no era prudente dar dos golpes en tres días. La policía, como siempre que ocurría un suceso semejante al que ellos habían provocado, estaría alerta unas semanas, pero luego

volverían las aguas a su cauce y se relajaría la tensión, e incluso los periódicos se olvidarían del escándalo. ¿Por qué, entonces, había que exponerse en los instantes de mayor vigilancia?

Todos pensaban lo mismo, y sin embargo ninguno lo expresó.

—¿De qué se trata? —preguntó «Gauchó», cepillándose las uñas en la solapa—. ¿De raptar a la esposa del Presidente?

—De algo un poco más difícil —replicó el jefe.

Diez pares de ojos se fijaron en su cara enjuta y pecosa. Los hombres que bebían se quedaron a medio beber. Uno de ellos, alto y rubio, que llevaba un feo traje de exageradas hombreras y usaba camisa negra y corbata blanca, insistió:

—Bueno, ¿qué es?

—Una visita a la Casa de la Moneda.

«Gauchó» dejó oír una risita apagada.

—¿Los quiere esta vez calentitos y recién hechos?

—No iremos a por billetes, sino a destruirlos.

El de la camisa negra dio un respingo.

—¡Oiga!

—No soy sordo, Edgar —dijo entre dientes—. Adelante.

—No, nada. Me ha sorprendido. Es que no lo comprendo.

—Pasado mañana estallará un incendio en la Casa de la Moneda.

—Bonita idea —dijo burlonamente «Gauchó».

Un individuo de nariz aplastada, con aspecto de tener más puños que cerebro, preguntó:

—¿Y después del incendio?

—Después, a retiro.

—¿Nada más?

—Cobraréis lo vuestro por el trabajo, ¿os parece bien?

—¿Cuánto?

—Cinco mil cada uno.

El de la nariz aplastada silbó admirativamente. Los demás cambiaron miradas y codazos. ¡Cinco mil dólares! Ante cinco mil dólares se olvidaban incluso de la locura que iban a cometer para ganarlos: meterse en uno de los edificios mejor protegidos del mundo.

—¿Cuándo recibiremos instrucciones, jefe?

—El mismo día. Ahora os daré vuestra parte en lo de hoy. No entera, ¿está eso claro? Sois lo bastante imbéciles como para llevar

todo el dinero encima e invitar a cualquier guardia a qué os pregunte dónde lo conseguisteis. Vamos.

Nadie protesto, porque aquél era el trato desde el principio. Lo preferían, en el fondo, pues así el dinero duraba más y se sentían más seguros. Eran en realidad sólo un hatajo de infelices que necesitaban de alguien superior que les amparase y pensara por ellos, y en aquel hombre extraño y nervioso lo habían encontrado.

En su despacho, el jefe dio a cada uno lo suyo, y a continuación los despidió. Pero dijo a «Gauchó» y a Edgar:

—Esperad.

Los demás salieron.

—¿Trabajo especial? —preguntó «Gauchó».

El jefe sacudió la cabeza.

—Voy a contaros en líneas generales lo que será la operación de pasado mañana. A los otros les basta con saber encender cerillas.

—Muy bien —dijo Edgar—. Usted manda, y nosotros... cobramos.

El jefe abrió un cajón de la mesa, sacó un gran pliego de papel recio y lo desdobló lentamente. Era un plano.

—La Casa de la Moneda —explicó—. Todos entraréis dentro de ella a la hora convenida. La misión de los demás consiste únicamente en dirigirse a determinados lugares del edificio y arrojar las colillas de sus cigarrillos al punto que se les indicará. Vosotros subiréis por la escalera principal hasta la tercera planta, y exactamente cuando suenen los primeros gritos de alarma, bajaréis del tercer piso al segundo y os meteréis en la escala de incendios, que está aquí —el índice del jefe se posó sobre el plano—. En el primer peldaño encontraréis dos carteras de cuero bastante grandes. Cogedlas y seguid bajando. Un coche os aguardará en la puerta trasera. Es precisa la máxima rapidez, para que podáis escapar antes de que se organicen los servicios y las salidas sean vigiladas. Ahora, estudiar bien el plano, la situación de las escaleras, las entradas y el ascensor. Si hay algo que no esté claro, decidlo. No quiero dudas luego, dudas que probablemente os harían más daño a vosotros que a mí. El resto lo explicaré el mismo día por la mañana, así no se os olvidará. Para templaros los nervios, no obstante —el jefe sonrió sin alegría—, os comunico que después descansaremos una temporada en lo que a estos asuntos se refiere, y nos dedicaremos a otros más

productivos y menos arriesgados.

Cuando salieron, Edgar dijo a media voz:

—El fulano está loco.

Y «Gaucho» respondió:

—Por suerte.

CAPÍTULO VI

Harry se demoró unos instantes admirando a Clara mientras ésta se introducía en su coche. Daba gusto verla moverse, era una auténtica maravilla la armonía de sus gestos, la gracia de su figura en acción.

Luego pasó por detrás del auto y se sentó junto a ella. Siguió mirándola. Sonriendo y sin ver lo que hacía, colocó la llave del encendido. No acertó la primera vez.

La muchacha no demostraba que la insistente atención de él la molestase, pero miraba al frente, a través del parabrisas. Cuando el coche arrancó, se acomodó en el asiento y tiró un poco hacia abajo de su falda.

Harry consultó su reloj. Eran las doce y cuarenta minutos. Habían pasado diez en el ruidoso bar de la calle 43 Oeste donde ella le citara.

Clara dijo repentinamente:

—Se parece usted mucho a él.

Se refería a Frank. Probablemente había estado recordándole durante todo el tiempo.

—Eso quisiera —repuso Harry—. A los quince años, Frank ya era un hombre, y tuvo siempre un sentido de la responsabilidad que yo creo que no alcanzaré a tener nunca.

—Pero se parecen. La misma decisión... el mismo nervio... la misma franqueza... Hasta en lo físico se parecen.

—No. Frank valía mucho más que yo. Demasiado.

—¿Por qué demasiado? Nunca se vale demasiado.

—Porque ni él se daba cuenta de lo que en realidad valía. De esto supo aprovecharse quien le perdió.

Clara guardó silencio. Harry, de nuevo, se volvió a mirarla. Estaba desconcertado. Desde el primer momento se dio cuenta de que ella no fingía los sentimientos que había expresado, cuando lo

que él deseaba antes de conocerla era que los fingiese, que fuera otra mujer distinta; porque si Clara no era culpable de lo ocurrido a Frank, ¿qué explicación tenía la conducta de éste? ¿Estaría, al cabo, en lo cierto el FBI? ¿Se habría realmente Frank hundido en el lodo?

Pero Frank no se había hundido en el lodo. ¡Imposible!

—¿A dónde vamos? —preguntó la muchacha, al fin.

—Conozco un buen restaurante en Central Park. Suele haber poca gente.

El coche de Harry avanzó entre enormes árboles nacidos, al parecer, salvajemente, y entre cuidadas pistas de hielo e instalaciones deportivas. Los restaurantes y lugares de diversión estaban muy animados, aun en aquella zona que era una de las pocas de la ciudad donde no atronaban los «cláxones» ni había prisas, apreturas y empellones.

Luego, el coche enfiló un camino estrecho abrigado por una doble mancha de bosque. Al final se abría un claro, y en el claro se alzaba una gran cabaña de troncos con un rótulo rústico que rezaba: *Canadian Den*. En torno estaban aparcados diez o doce automóviles.

—Esto es muy bonito —dijo Clara.

Harry abrió la portezuela para que se apease.

—Tranquilo, sobre todo. Nueva York tiene sus secretos.

Hacía frío, pero el aire acondicionado del interior del restaurante les reconfortó. Ocuparon una mesa. Apenas se hubieron sentado, dos coches más llegaron a la explanada y se detuvieron. Clara no los vio, y Harry tampoco. De haberlos visto, Harry ni siquiera les hubiese prestado atención. No conocía al hombre que descendió del primer automóvil. Tampoco conocía a los dos ocupantes del segundo, que era un «Ford» negro pasado de moda.

Sin embargo, cuando el hombre del primer coche entró en el restaurante, Clara se le quedó mirando como sorprendida. Él le hizo unas señas. La muchacha apretó los labios y le volvió deliberadamente la espalda.

Harry sacaba en aquel momento su pitillera y se la ofrecía. Clara, sonriendo tomó un cigarrillo.

Un camarero se aproximó con la carta.

—Elija usted —dijo Clara.

—¿Tiene alguna preferencia? ¿Platos italianos?

—No, no, ninguna, preferencia.

Harry eligió.

El camarero sirvió inmediatamente dos *martinis*.

A Harry le hubiera gustado cenar los ojos. Aquella muchacha sentada en silencio delante de él era demasiado bella para ser mirada indiferentemente. Le atraía con tanta fuerza que anulaba su voluntad y le turbaba como nadie le había turbado en muchos años. Sentía que, de un modo u otro, ya todo, el mundo, las cosas, la vida, él mismo, todo era distinto a como fue antes de que la viese por primera vez aquella mañana. Pero ni remotamente podía establecer en qué consistía la diferencia.



Era demasiado bella para ser mirada indiferentemente

Clara aplastó su cigarrillo en el cenicero y bebió un sorbo de su copa. Luego cogió su bolso y echó atrás la silla.

—Discúlpeme un momento —dijo—. No tardaré.

El replicó:

—Contaré los minutos.

Y ambos sonrieron, aunque de diferente manera. Muy diferente.

Harry contó de verdad los minutos: diez, doce, quince. Asombroso. Había indicado al camarero que aguardase, y mientras, pidió otro *martini*. Casi intacta, la copa de Clara permanecía delante de él. Pero Clara no había regresado.

Veinte minutos.

Harry se levantó bruscamente y fue directo a las cabinas telefónicas. Estaban todas vacías. Luego a los lavabos.

Preguntó a la encargada:

—¿Ha venido hace un rato una señorita alta, morena, que vestía un traje de chaqueta gris?

—No, señor.

—¿Está segura?

—Completamente segura, señor.

Harry corrió al guardarropa.

—¿Recuerda a la joven que estaba conmigo?

—Sí, señor.

—¿Ha recogido su abrigo?

—En efecto, señor.

—¿Cuándo?

—Hará unos veinte minutos, señor.

—¿Y se ha ido?

—Sí, señor.

Harry se dirigió al portero.

—¿Ha visto salir a una señorita alta, morena, que llevaba un traje de chaqueta gris y un abrigo azul?

—Sí, señor. La señorita que entró con usted.

—¿Dónde está?

—Se ha marchado. Ha tomado un coche que aguardaba ahí fuera.

—¿Sola?

—Un hombre la esperaba al volante.

—¿Cómo era?

—De unos cincuenta años, con gafas. No me fijé bien, señor.

—¿Y el coche?

—Corriente, quizá un «Buick». Color crema.

Harry necesitó algún tiempo para recobrar su sangre fría. Experimentaba la sensación, mezcla de horror y de alivio de quien

camina en la oscuridad de la noche, se detiene casualmente y descubre que lo ha hecho al mismo borde de un abismo. La conducta de Clara significaba, sin la menor duda, la negación de cuánto aquella mañana, sólo unas horas antes, había afirmado respecto a Frank. Significaba que había en ella y en torno a ella un cúmulo incalculable de mentiras. Y significaba, especialmente, que él, Harry, no se había equivocado cuando, antes de conocerla, intuyó que de algún modo estaba relacionada con la incomprensible tragedia que, a los ojos del mundo, convirtió a Frank en un canalla y concluyó por llevarle a la muerte. Después se había él comportado como un ingenuo, como un iluso. El golpe, ahora, era duro, pero lo recibía a tiempo. Tal como estaban ocurriendo las cosas, hubiera sido infinitamente más amargo de tardar unos días, quizás unas horas, en producirse.

Apretando los puños, Harry regresó al comedor. Parecía imposible. Parecía humanamente imposible que tanta gracia y tanta belleza no fueran sino la máscara de algo asqueroso. Sin embargo, tenían que serlo. Frank fue engañado y cayó en una trampa que le costó la vida, pero era un hombre de experiencia, inteligente, superior. Sólo un cebo de excepcional categoría hubiera servido contra él. Y, ciertamente, Clara Bussoni era aquella clase de cebo.

—¿Va a comer, señor?

El camarero se inclinaba junto a la mesa.

—Sí —dijo secamente Harry—. Sírvame a mí solo.

Y comió.

Había terminado el primer plato cuando el botones comenzó a recorrer las mesas anunciando:

—¡Señor Leslie, al teléfono! ¡Señor Leslie, al teléfono!

Harry se levantó y se precipitó a las cabinas. Únicamente Clara sabía que se encontraba en «Canadian Den». Únicamente ella podía llamarle. ¿Para qué? ¿Se había equivocado él en sus conclusiones? ¿Iba a recibir una explicación? Pero ¿acaso existía alguna explicación plausible?

—¡Diga!

No era voz de mujer, sino una voz de hombre ronca y burlona:

—Ha volado el pajarito, ¿eh?

—¿Quién es usted?

—Johnny Fisher.

—¡Johnny! ¿Cómo me has localizado? ¿Cómo sabes...?

—Sujeta la lengua, Harry, porque no hay tiempo que perder. Ven a la Estación «Grand Central». Tu chica va a largarse dentro de unos minutos.

—Pero ¿cómo es posible...?

—¡No preguntes más y sal disparado! Me encontrarás en la oficina de la Policía, en el extremo derecho del vestíbulo. Hasta ahora.

Sonó un «clic» y quedó cortada la comunicación.

Harry regresó apresuradamente a la mesa, dejó un billete sin pedir la cuenta y pasó por el guardarropa a recoger su gabán. El camarero fue tras él.

—¿No termina su almuerzo, señor?

—No. Cóbrelo y guárdese el cambio.

—Pero...

Harry ya estaba fuera y saltaba a su coche. Rugió el motor, gimieron los engranajes del cambio de marchas. El vehículo salió disparado como un enorme proyectil y se alejó a toda velocidad a través del parque. Así continuó más allá de éste. Harry supuso que, de un momento a otro, un agente de tráfico se le echaría encima, no obstante lo cual llegó a la estación sin estorbos.

El vestíbulo de la «Grand Central» estaba atestado y fue abrumador abrirse camino entre la multitud que circulaba en todas direcciones, entre los mozos y las carretillas mecánicas cargadas de maletas. La oficina de la Policía, tenía un rótulo muy visible en la puerta. Cuando alcanzó ésta, Harry la impulsó violentamente, hasta hacerla chocar contra el amortiguador de goma clavado en el suelo. Entró. Un guardia le miró burlescamente. Por otra puerta lateral, entreabierta, se veía a Johnny y a un hombre grueso y calvo.

—Adelante, Harry.

Harry cruzó el umbral de la segunda puerta.

—Bueno, ¿qué ocurre?

—Clara Bussoni se marcha a Chicago —dijo serenamente Johnny—. La seguirás. Averigua dónde se refugia y no la pierdas de vista. Toma esto.

«Esto» era una pistola automática.

—Me hablas en chino, Johnny. ¿Qué sabes tú de Clara Bussoni? ¿Cómo...?

Johnny no contestó a las preguntas. Mostró un sobre.

—Y toma esto también —añadió—. Dentro están tu billete y algunas instrucciones. Léelas a solas cuando dispongas de un minuto. Nada más. Vete, o perderás el tren.

—¿Quieres decir que he de marcharme así a Chicago, ahora mismo, sin equipaje?

—Sí.

—No entiendo una palabra.

—Poco importa, Harry. Por Dios, ¡vete ya! ¿Llevas dinero encima?

—Sí.

—Con eso basta.

Harry titubeó, y al fin se encogió de hombros. Recogió la automática y el sobre y se los echó al bolsillo.

—Muy bien. Si mi padre o alguna otra persona pregunta por mí, cuento con que tú les expliques lo que ha pasado. Llévate mi coche.

—Descuida. —Johnny consultó su reloj—. Te quedan tres minutos.

Harry giró sobre sus talones y abandonó la oficina. Estaba completamente aturdido. No tuvo exacta noción de lo que hacía, pero atravesó el repleto vestíbulo, se lanzó a los andenes, localizó el expreso de Chicago y subió a él en el último minuto.

CAPÍTULO VII

Lo primero que hizo Harry fue acomodarse en un departamento donde había solamente una muchacha no mal parecida. Saludó con un gruñido, y la muchacha le dirigió una vaga sonrisa, un poco estudiada. Durante unos minutos se dedicó a coordinar ideas. Lo ocurrido era sorprendente, aunque no difícil de explicar: Johnny, o algún otro elemento del FBI, habían estado vigilándole, le siguieron a «Canadian Den», siguieron luego a Clara cuando escapó, averiguaron que se dirigía a Chicago —era realmente fantástico que abandonara un restaurante de Central Park para, sin transición, montar en el expreso— y decidieron enviarle tras ella. La razón de que le hubieran vigilado y de que le encomendaran la misión a él y no a un agente, permanecía, sin embargo, en el misterio.

Harry sacó su pitillera y ofreció un cigarrillo a su vecina de departamento, que lo aceptó complacida. El tren había adquirido ya una velocidad considerable. El traqueteo del convoy era apenas un ruido suave y monótono.

Cuando hubo terminado de fumar, Harry se levantó y salió al pasillo. Avanzó hasta el lavabo. Se encerró dentro. Sacó el sobre, de donde había tomado ya el billete, y desplegó las hojas de papel que contenía. Estaban escritas con la letra clara y firme de Johnny.

«Supongo que te vas a quedar atónito y, como no tendré tiempo de darte explicaciones, preparo estas líneas mientras te aguardo. Tenías razón: en la muerte de tu hermano hay mucho más de lo que parecía a primera vista. La dirección de su coche limada, *whisky* en el asiento, una noche de lluvia y el depósito de cadáveres han sido la historia última de Willy Morris, lo cual me hizo pensar que no sería ocioso poner a alguien que cuidase de ti. La idea ha dado frutos. Esta mañana te ha visitado una morena estupenda, que ha

resultado llamarse Clara Bussoni y hospedarse en el “Waldorf”: una morena que muy bien podría ser la supuesta exnovia de Frank. Habéis almorzado juntos, o intentado almorzar juntos; porque un hombre ha ido en su busca, a “Canadian Den”, y a una seña suya, sin más, ella te ha abandonado y se ha marchado en su coche. El hombre la ha traído a la “Grand Central”. Llevaba una maleta. Ha sacado dos billetes para Chicago, y en este momento he pensado en ti. Ignoro a qué grado de intimidad han llegado tus rápidas relaciones con esa muchacha, pero, a juzgar por tu estado de ánimo anoche, necesitas una válvula de escape. Bueno, ahí la tienes. Síguela a Chicago. Procura que no te vea en el tren, ni tampoco en la ciudad, hasta que estés bien informado de dónde vive y con quién. Luego ponte en contacto con ella y emplea todas las armas para averiguar qué es lo que sabe. Digo “todas las armas”, aunque te repugnen. Piensa en tu hermano. Llámame desde Chicago al CE

27 312

y cuéntame de qué habéis hablado esta mañana, sin olvidar detalle. Es muy curioso que sea ella quien se ha dirigido a ti, muy curioso su interés por conocerte, sobre todo tan a continuación de la muerte de Willy. Éste, indudablemente, murió porque sabía algo de suma importancia, quizá sin darse cuenta de que lo sabía, y es más que posible que lo supiera a través de esa sugestiva *signorina* Bussoni. En consecuencia, o bien ella trataba de sondearte a ti, o bien ha cometido un error, o bien lo han cometido quienes la respaldan. Por cualquier de estas razones, la dama merece el máximo interés. Dedícaselo. Cuando hayas terminado de leer esto, destrúyelo. Buena suerte».

Harry aplicó la llamita de su encendedor a los papeles y arrojó las cenizas al lavabo. El agua se las llevó.

La misión que se le había encomendado era espinosa, no ya por la dificultad de ocultarse a los ojos de Clara en el tren, sino porque le obligaba a ponerse de nuevo en contacto con ella. No estaba seguro de su fuerza de voluntad. Tenía verdadero miedo de lo que ocurriría cuando afrontara otra vez su mirada serena y limpia, su

voz acariciante, su sola presencia. «Piensa en tu hermano», le decía Johnny. Sin embargo, ni siquiera pensar en su hermano era suficiente.

Caminando despacio, Harry regresó a su departamento. La muchacha con quién compartía éste había mudado de posición para sentarse de cara a la marcha del tren. Harry se fijó casi sin querer en sus piernas, y luego en todo lo demás. Era pelirroja, una especie de Susan Hayward, pero más joven. Sonreía. Quizá le gustaba sonreír.

—Me molestaba ir sentada al revés —dijo—. ¿A usted no le molesta?

Era un pretexto para entablar conversación.

—Me es indiferente —replicó Harry.

Ella le examinaba.

—Tiene aspecto de que le son indiferentes la mar de cosas —declaró con ingenuidad—. Lo he pensado antes. ¿Qué es usted? ¿Médico?

—¿Por qué médico?

—Suelen ser gente indiferente a casi todo. No me gustan los médicos, y perdóneme que se lo diga si lo es.

—No lo soy.

—¡Qué alivio!

Parecía verdaderamente aliviada.

—¿Quiere otro pitillo? —preguntó Harry, porque no sabía qué decir.

—Bueno —la muchacha aceptó y se inclinó hacia él para que se lo encendiese—. ¿Usted cree eso de que el tabaco provoca el cáncer?

—No.

—Yo tampoco. Una tía de mi madre murió de cáncer y no había fumado en su vida.

Harry asintió solemnemente.

—Claro.

La joven anunció:

—Me llamo Minnie Evans.

—¿Sí?

—No soy muy conocida aún. Ya supongo que no le suena el nombre.

A Harry no le sonaba, e inquirió sin entusiasmo por qué no era conocida. Así supo que Minnie Evans había debutado en un escenario de Broadway representando papelitos episódicos y que ahora marchaba a Chicago con un contrato para unirse a una nueva compañía teatral recién formada. Supo también, a medida que transcurría la tarde, muchas otras cosas triviales: lugar de nacimiento de Minnie, edad, recuerdos infantiles, experiencias personales, viaje a Nueva York, primeros pasos en la escena, propósitos, ambiciones, éxitos cosechados y frases de elogio que se le habían dirigido. Supo, en fin, cuál era su tipo masculino predilecto. No le sorprendió que aquel tipo coincidiera aproximadamente con él.

Cuando fue hora, la invitó a cenar. Confiaba de un modo impreciso en su compañía para disimularse ante Clara, porque era casi seguro que, tarde o temprano, se encontrarían frente a frente. Fueron juntos al coche restaurante. De Clara Bussoni, ni rastro. Ocuparon una mesa, e inmediatamente el camarero les sirvió los aperitivos obsequio de la compañía de ferrocarriles, que eran uno de los detalles con que ésta combatía la intensa competencia de las líneas aéreas. Minnie hablaba ahora de sus éxitos amorosos. Un momento después, Harry la dejó con la palabra en la boca y se dirigió al bar del fondo del vagón.

Estudió al barman. Parecía un muchacho competente.

—¿Qué es lo que sabe usted preparar que más se aproxime a la dinamita?

Al barman se le iluminaron los ojos.

—Un «Tormenta Roja».

—Ponga dos, uno con espoleta doble.

—Muy bien, señor. ¿Preparo también el café cargado para después?

—¿Será necesario?

—Y quizá un par de aspirinas, señor.

Harry sonrió.

—Espero que ella no pida aspirinas.

—¿Ella? —preguntó el barman, enarcando las cejas.

—Ujú.

—Comprendo, señor. Déjelo todo de mi mano.

Cuando los dos altos vasos llenos de un líquido rojo y

amenazador estuvieron listos, Harry los llevó él mismo a la mesa y colocó el más fuerte ante la muchacha.

Minnie exclamó:

—¿Qué es esto?

—Suave y refrescante, no se asuste. Abre el apetito. Pruébelo.

Ella lo probó, y Harry también. El barman había hecho bien las cosas. La dinamita se colaba sin despertar sospechas.

—¡Estupendo!

Encargaron la comida. Hubo champaña. Minnie deletreó la etiqueta francesa e inquirió si el champaña era bueno para los nervios. Harry le dijo que sí. A la segunda copa, ella estaba haciéndole confidencias «que nunca había hecho a nadie».

En aquel momento entraron en el coche restaurante dos personas. Una era un hombre distinguido, flaco, vestido de oscuro, que usaba gafas con montura de oro. La otra era Clara Bussoni.

Harry sintió una cosa rara en la boca del estómago. Se volvió de cara a Minnie, con cierta precipitación, como seducido por su charla. Se inclinó un poco y la asió del brazo. La muchacha calló, desconcertada. Sus rostros estaban muy juntos.

—He tenido muy mala suerte —dijo él, a su oído.

—¿Mala suerte? ¿Por qué mala suerte? ¿A qué viene eso?

—He rodado medio mundo y conocido a docenas de mujeres engorrosas. Hasta hoy no he dado con usted. Todo lo demás, tiempo perdido.

A Minnie se le cortó la respiración. Luego relajó la tensión de sus músculos, soltó una risita y se apoyó ligeramente en el pecho de Harry. Apoyó una mano sobre la que él tenía en su brazo.

—¿Siempre se destapa usted así, de repente, como si estallara un volcán?

—Es la primera vez. No me había destapado nunca.

Clara y su acompañante habían pasado junto a la mesa, para sentarse dos más allá, dando la espalda a Harry. Éste, vuelto hacia Minnie, les vigiló por el rabillo del ojo. Estaba satisfecho. La italiana no le descubriría, a no ser que se volviera inoportunamente.

—¿Quiere decir que se ha destapado por mí?

—¿No lo cree?

Minnie hizo un mohín de coquetería, pero su mano ejerció una pequeña presión sobre la de Harry.

—No sé qué pensar.

El hombre que acompañaba a Clara se volvió. Y ella también. Buscaban evidentemente un camarero.

Harry comprendió que no transcurrirían ni cinco segundos sin que le viesen, y no titubeó. Atrajo a Minnie hacia sí. Ella adivinó lo que iba a ocurrir, pero no hizo el menor esfuerzo por evitarlo. Permaneció muy quieta mientras él la besaba. Sólo movió una mano, primero para apoyarla en su hombro y luego en su nuca.

—¿Sabes ahora qué pensar?

Minnie susurró:

—Ni siquiera conozco tu nombre.

—¿Qué importa un nombre? Me llamo Harry Brown.

—Oh, Harry...

—¿Qué?

—Esto es una especie de sueño. Siento unas ganas absurdas de reír, y algo raro, como si flotara en el aire... Nunca había sido tan feliz.

«Muchas gracias por tu “Tormenta Roja”, muchacho», pensó Harry, dirigiéndose mentalmente al *barman*.

Clara y el hombre estaban encargando la cena.

—Terminemos de comer, Minnie.

—Ya no tengo apetito —una llamita ardía en los ojos de la muchacha—. Un poco más de champaña, por favor, eso sí. Da alegría, ¿no es cierto?

Vaciaron la botella.

—Ve al departamento y espérame —dijo repentinamente Harry. Ni un instante dejaba de vigilar a Clara y su compañero, atento a si se volvían o no—. Tardaré un minuto.

—¿Qué pasa?

—Es un secreto.

—¿Una sorpresa?

—Sí.

Ella se levantó mirándole a los ojos y sonriendo. Ahora, Harry ya estaba seguro de que le gustaba sonreír. Y en cuanto se hubo alejado mudó de posición y se sentó dando la espalda a Clara y al hombre. Había conjurado el peligro de que le vieran al volverse.

Sin embargo, quedaba un problema que resolver: la pareja le bloqueaba el camino de regreso al departamento, no podía

arriesgarse a pasar por su lado. Aunque esto era sólo problema a medias.

Llamó a un camarero y pagó. Al levantarse, no anduvo en dirección a su departamento, donde Minnie aguardaba su sorpresa, sino en la contraria. Se detuvo un momento en el bar.

Depositó cuidadosamente ante el barman un billete de cinco dólares.

El barman le guiñó un ojo.

—Gracias, señor. Desde aquí he presenciado los resultados. Le felicito.

—¿Emplea usted personalmente esa pócima?

—A veces, señor. Todo ayuda.

Harry se despidió con un ademán y siguió avanzando hacia la cabecera del tren. Dijo al mozo del primer vagón:

—Necesito una cabina independiente para mí solo, reservada y cerrada —sacó diez dólares—. ¿Basta esto para que me la encuentre y olvide que me ha visto si alguien viene luego haciendo preguntas?

Una blanca sonrisa apareció en la negra cara del mozo.

—Depende de quien venga, señor.

—No se trata de nada ilegal. Una mujer.

—Oh, por supuesto, señor.

Y Harry obtuvo la cabina.

CAPÍTULO VIII

Pese a la soledad y al silencio, no durmió.

Fumó cigarrillo tras cigarrillo, hasta el amanecer.

Tenía la boca seca cuando el mozo de vagón anunció que estaban llegando a Chicago. Entonces se enderezó y se lavó. Luego salió a la plataforma y allí esperó a que el tren entrase en la estación.

Se apeó todavía en, marcha. Atravesó el vestíbulo y, fuera, contrató un taxi.

—Espéreme ahí —señaló un ángulo del gran patio—. Volveré enseguida.

Regresó al vestíbulo, se apostó cerca de la salida y esperó. Los viajeros del expreso apenas comenzaban a desfilar y se iniciaba ya el tránsito de equipajes. Un momento después, Clara y su acompañante aparecieron. Harry se disimuló detrás de una columna.

Un individuo como de veinticinco años, alto y corpulento, muy repeinado, enfundado en un amplio gabán gris-verde, pero de cara brutal y nariz aplastada, que probablemente había conocido muchas docenas de «*rings*» de tercera categoría, se adelantó en cuanto distinguió a la pareja. Harry presenció su encuentro. Clara ni siquiera miró al desconocido. El hombre, en cambio, le estrechó la mano.

—Muy bien, «Angelito» —dijo—. ¿Todo en orden?

—Todo. El coche espera. ¿Hubo buen viaje?

—Excelente.

Harry se alejó por el vestíbulo y ganó su taxi.

—Tendrá que seguir a alguien, amigo —dijo al conductor—. Pago bien.

—Lo siento, no quiero líos. La última vez...

Harry le alargó unos billetes.

—Será fácil, y suponga que ella es mi mujer. ¿Hay bastante?

El taxista recogió los billetes.

—Usted manda.

Clara y los dos hombres subían en aquel momento a un potente «Packard» negro.

—Allá van; Deles algún trecho de ventaja.

El taxi no arrancó hasta que el «Packard» se hubo alejado unos cincuenta metros, suficientes para no perderlos de vista.

Siguieron a moderada marcha por Stafford Avenue y enfilaron inmediatamente Hale Street. La amplísima calle les condujo directamente a Jefferson Square, que es una de las mayores, más modernas y más concurridas entre las numerosas y vastas plazas de Chicago, centro de un barrio aristocrático similar al que en Nueva York se desarrolla a lo largo de Park Avenue.

El «Packard» se detuvo frente al rascacielos blanco de los Almacenes Chelsy, cuyos últimos veinte pisos están destinados a viviendas.

—Pare detrás de ellos —dijo Harry al taxista.

El taxi paró a dos metros escasos. Harry permaneció quieto en su interior, aguardando a que salieran sus perseguidos. Luego, cuando lo hicieron, les fue en pos. Volvió a esperar en la puerta a que tomaran el ascensor y, por fin, entró y se dirigió a éste, que ya subía. Contempló cómo ascendía en el marcador de los pisos la lucecita roja. Cuando se detuvo y se trocó en verde, marcaba el piso treinta y dos.

Harry salió otra vez a la plaza. Miró en torno. Exactamente enfrente, del lado contrario de aquélla, se alzaba una enorme mole de cemento y cristales que ostentaba el rótulo de «Hotel Jefferson». Se dirigió a él.

Como no llevaba equipaje, Harry, aun sin que se lo pidieran, abonó en el hotel una semana por adelantado. Firmó el registro. Había exigido que su habitación estuviera en el piso treinta y tres, y subió a ella inmediatamente y encargó algo de comer, un limón, una botella de ginebra y soda. Sabía que era mucho pedir que el departamento que ahora ocuparía Clara en el «Chelsy Building» fuese exterior y diera precisamente frente a su ventana, pero no quería excluir ni una sola posibilidad.

En cuanto estuvo instalado y le hubieron servido lo que encargó,

pidió una conferencia telefónica con Nueva York, número CE 27 312.

—Deseo hablar con Johnny Fisher.

Una voz de hombre, mate y cansada, preguntó:

—¿Quién le llama?

—Harry Leslie, desde Chicago.

Y enseguida Johnny:

—Adelante, Harry.

—Acabo de llegar a Chicago y todo anda bien hasta ahora.

Clara Bussoni está aquí. Un sujeto con aire de boxeador barato los aguardaba a ella y a su acompañante en la estación. Los ha conducido al «Chelsy Building», en Jefferson Square Han subido al piso treinta y dos. Usan un «Packard» negro, modelo del año pasado.

—¿Tomaste la matrícula?

—Sí.

Harry dio el número de la placa.

—¿Dónde estás tú? —preguntó Johnny.

—Al otro lado de la plaza, en el «Hotel Jefferson».

—Muy bien, no te muevas de ahí. Vigila a esa gente del modo que te sea posible, pero no te acerques demasiado a ellos. Nosotros cuidaremos de averiguar qué departamento del «Chelsy» ocupan y quiénes son el tipo que acompañó a la muchacha y eso otro que mencionas. Te informaremos en el momento oportuno. ¿Sabes tú quién es Giacomo Bussoni?

—No. Pero pudiera ser el padre de Clara, ¿por qué?

—El coche en que la muchacha se trasladó desde «Canadian Den» a la estación, el que conducía el hombre que la acompaña, pertenece a un tal Giacomo Bussoni. Lo abandonó al tomar el tren, pero un individuo vino luego a recogerlo y estamos vigilándole estrechamente. ¿Qué es eso del padre de Clara? ¿Es su padre ese hombre?

—Quizá sí.

—A ver, cuenta.

Harry refirió cuanto él y la joven habían hablado la víspera en su departamento de Nueva York. Johnny le interrumpió tres o cuatro veces para pedir aclaraciones. Luego dijo:

—Que un hombre lleve o no lleve barba significa poco: las

barbas pueden afeitarse. Sí, en efecto, ese pájaro es probablemente Giacomo Bussoni, el caballero con quien Clara vivía en Montecarlo. Los rasgos generales de la descripción que de él te hizo Willy Morris concuerdan.

—¿Hay algo nuevo respecto a Willy?

—No.

—Oye, Johnny.

—¿Qué?

—Me da un poco de miedo seguir adelante.

—¿Miedo de que te ocurra lo que a Willy?

—No, miedo de no servir, de meter la pata en el momento crítico.

—No te preocupes. Lo único que has de hacer es, cuando llegue la hora, ponerte en contacto con la chica y tirar del hilo. Recibirás otras instrucciones, si es necesario.

—A eso me refería.

—¿A qué?

—A mi contacto con Clara Bussoni. Preferiría no verla.

—Hum —dijo Johnny—. La otra noche antes de que Willy muriera, parecías resuelto a todo. ¿Qué ha pasado?

—Comprende que... es una tontería. Estamos indudablemente sobre el camino bueno, y hay que seguir. Sin embargo, lo que encontremos al final... siento como si hubiera dejado de interesarme...

—Te falta fe, eso es todo —dijo Johnny bruscamente.

—¿Fe en qué?

—Fe en la mujer de quién te estás enamorando. Lo siento, Harry, no esperaba eso. Piénsalo bien.

—Sí —murmuró Harry.

Y fue cortada la comunicación.

CAPÍTULO IX

Los guardias que paseaban frente a la Casa de la Moneda no se inmutaron cuando a la puerta del edificio se detuvieron dos grandes coches negros con placa y enseña del Departamento de Estado. Era relativamente frecuente la visita de personajes oficiales, y la escena carecía de interés. Un chófer uniformado descendió de cada uno de los coches para abrir la portezuela a sus ocupantes. Éstos, casi todos de edad madura y cabello canoso, elegantemente vestidos, cruzaron indiferentemente ante los dos policías que custodiaban la puerta y luego mostraron sus pases, convenientemente sellados, a los vigilantes de la otra puerta metálica interior. Era norma inflexible que nadie entrase en el edificio sin el correspondiente cartoncito sellado y firmado por el jefe administrativo de la Casa.

Ésta, la Casa de la Moneda, se halla instalada, como es sabido, en una enorme construcción de piedra y dividida en dos secciones casi independientes: en una están las oficinas y laboratorios de investigación; en la otra, donde difícilmente puede penetrar una persona ajena a la fabricación de los utilísimos billetes verdes, y que se encuentra casi por completo aislada de la anterior, se llevan a cabo las operaciones de manufactura de dichos billetes y de otros efectos como sellos, papel del gobierno, etc.

Los personajes que habían llegado en el primero de los coches preguntaron por el subdirector técnico y aguardaron pacientemente y en silencio a ser recibidos. Mientras, los ocupantes del segundo vehículo se dirigieron a la escalera principal, subieron por ella con descuidada calma y desaparecieron de la vista.

Los hombres que esperaban en la planta baja no estaban quietos, sino que distraían su ocio paseando en distintas direcciones y contemplando, a veces incluso con verdadera atención, los cuadros de las paredes, los gráficos y las estadísticas que allí informaban a los curiosos. Casi todos fumaban. Uno de ellos, en particular, arrojó

al suelo su cigarrillo a medio terminar y continuó su paseo sin prisas.

En esto rompió a sonar estrepitosamente una sirena y los hombres se miraron desconcertados. Su actitud había cambiado hasta el punto que parecían otros, pero el cambio duró sólo un instante. La mirada autoritaria del que semejaba presidirlos, así como la confianza absoluta de que daba muestras, hicieron que cada uno permaneciera en el mismo lugar y en una fracción de segundo recobraran todos su aspecto de perfecta indiferencia. El tranquilo paseo se reanudó.

La sirena no era sino la señal de paralización del trabajo para el descanso de mediodía, y al momento los funcionarios y obreros que allí producían los rectángulos de papel impreso con que otros obreros y otros funcionarios pagarían sus impuestos, su cerveza o sus patatas, se apresuraron con unanimidad asombrosa a aprovechar la hora exacta de que disponían para almorzar. Por todas las puertas salió gente.

Fue entonces cuando en alguna parte de los pisos superiores se oyeron voces de alarma. Sonando a la vez, unas pedían ayuda y otras, aparentemente, anunciaban fuego. Transcurrieron unos segundos y la sirena volvió a sonar. Pero ahora su aullido era distinto, tenía una cadencia lastimera y desagradable que ponía los nervios de punta.

De los empleados que circulaban hacia el sótano, quienes tenían cerca un aparato extintor lo descolgaron y lo empuñaron sin vacilaciones. Hubo alguna confusión. En medio de ella, una gran llama amarilla brotó del lugar exacto donde había arrojado su cigarrillo uno de los personajes que esperaban ser recibidos por él subdirector. Casi inmediatamente, en otros lugares, el fuego y el humo hicieron rápidamente inútil el trabajo de quienes se habían lanzado a luchar contra el extraño incendio.

La telefonista avisó al retén especial de bomberos, que no tardaría en presentarse, pero, en tanto, fueron muchos los empleados que extintor en mano se dirigieron sin recelo hacia las llamas. Por el contrario, varios de ellos, a quienes el humo no cegaba aún, se dieron cuenta de que el fuego progresaba a medida que eran descargados los aparatos que, en teoría, debieran haber acabado con él.

Esto produjo una ola de terror. Momentos después, los que intentaban descender de los pisos superiores se encontraron con una barrera infernal que de ningún modo podía ser atravesada. Uno, más osado, o presa del pánico, quiso hacerlo. Y lo hizo. Cuando llegó al otro lado de la muralla ardiente tenía los cabellos y las ropas completamente chamuscados y era una tea humana que corría sin saber adónde y que repentinamente, oliendo a carne asada, se desplomó. Los demás, mientras, se revolvían e intentaban retroceder, sólo para encontrarse con que sus compañeros, que descendían detrás huyendo de otros peligros que desde arriba se cernían implacablemente sobre ellos, les empujaban hacia abajo, hacia la pavorosa hoguera que amenazaba terminar con todos.

El griterío se hizo dantesco, como el de un millar de locos en pleno frenesí. Una voz impersonal y monótona daba, a través de los altavoces dispersos por el edificio, la orden de permanecer en los pisos altos y no perder la serenidad, pero nadie la escuchaba ni menos la obedecía.

Sin embargo, dos hombres muy serenos, sonrientes, que no se apresuraban ni se asustaban de la zarabanda organizada en su torno, se habían dirigido, paso a paso, a la escalera de incendios. Allí recogieron dos grandes valijas de piel, aparentemente abandonadas, que, por el modo como las levantaron, debían de tener un peso considerable. Luego cerraron tras de sí la puerta metálica de aquella salida de seguridad e introdujeron un taquito de madera en la cerradura para que no pudiera ser abierta desde el interior. Si alguien quería usarla, necesitaría primero echarla abajo.

Terminada la operación, los dos hombres emprendieron el descenso al patio. Las llamas asomaban ya por las ventanas.

No fueron ellos los únicos, empero, que demostraron tanta y tan necesaria serenidad. También los personajes que esperaban ser recibidos por el subdirector abandonaron el edificio en los primeros momentos cuando estallaba la confusión. La alarma había llegado a la calle con los empleados que se precipitaron a través de la puerta y estaba reuniéndose mucha gente y los guardias de servicio no sabían exactamente qué hacer; pero los personajes subieron a sus coches y el chófer del primero interpeló fríamente al policía que tenía más próximo:

—Abra usted paso. Los coches no pueden salir así.

El guardia no dudó ni un instante ante la naturalidad de la orden y los emblemas del vehículo. Saludó, apartó al público, se puso enérgico, y volvió a saludar cuando los dos grandes coches emprendieron la marcha. No vio que sólo el segundo de ambos se marchaba directamente. Pero si no él, otros agentes y algunas personas observaron que el primero daba media vuelta al edificio doblando por una calle lateral y se estacionaba otra vez ante la gran puerta del patio trasero. Pasó allí un minuto, o minuto y medio. A continuación, dos hombres cargados con sendas valijas cruzaron aquella puerta, subieron a bordo del negro vehículo y éste arrancó. Únicamente entonces se alejó de la casa en llamas, y lo hizo a toda velocidad.

El hecho fue recogido en las pesquisas que se emprendieron más tarde, y cuando el capitán de la Metropolitana encargado de aquéllas lo oyó de labios de uno de sus detectives, no se le antojó una anécdota más o menos pintoresca o más o menos explicable entre las muchas que brindaba el suceso. Creyó advertir en ella cierto significado, quizá porque de todo lo ocurrido no había nada que sirviera de pista para establecer de qué modo un incendio tan rápido y devastador pudo producirse.

Investigadas las causas del siniestro, el FBI se hizo cargo del asunto cuando se llegó a la conclusión de que había sido intencionado. Según los químicos, una substancia de la que ya no quedaban rastros pero cuya naturaleza era fácil establecer, fue esparcida en partículas por diversos lugares de la planta baja y el tercer piso. Reaccionando con ella, el contenido de los extintores no sólo había perdido sus efectos, sino que los provocó precisamente contrarios, por lo cual el fuego había tomado en el intervalo de unos minutos un incremento fabuloso. El informe de los químicos señalaba que, desde el punto de vista técnico, dichos efectos no eran difíciles de lograr. A causa de esto, días después, el «New York Dispatch» inició una campaña en pro de la renovación de los métodos de fabricación de extintores de mano, campaña que alcanzó eco en todo el país.

El FBI, por su lado, consideró desde el principio que la presencia de los dos coches oficiales y el proceder de uno de ellos cuando recogió a dos hombres en la puerta trasera, constituía la única pista asequible. Era una pista pobre y espinosa, pero inmediatamente

fueron citadas en las oficinas federales todas las personas con representación oficial que durante la mañana visitaron la Casa de la Moneda. Ninguna de las que se presentó fue reconocida por los guardias que prestaron servicio, en especial el que apartó a la multitud para que los coches escapasen. El Departamento de Estado declaró, a su vez, no haber enviado funcionario alguno.

—No explicaron a qué venían —declaró el subdirector de la Casa—. Comparecieron minutos antes de la hora del almuerzo, cuando el trabajo era mayor, y de momento no pude atenderles. Naturalmente, no supuse que hacerles esperar tuviera consecuencias tan enormes.

—¿Le sorprendió la visita?

—No. Los funcionarios del Gobierno vienen con frecuencia. Dirigía las investigaciones el coronel Robinson, que era un hombre con dos debilidades: los niños rubios y las revistas ilustradas. Y con dos heridas de bala en su carrera, que estuvieron a punto de costarle la piel: una cuando un soplón llamado Fox atentó contra él, en sus tiempos de agente, y otra cuando detuvo sin ayuda a Stephen Mott, que había matado a siete hombres durante un viaje de California a Colorado.

—Es realmente admirable —dijo Robinson a los agentes reunidos en su despacho—. O se trata de una banda de locos incendiarios, o lo que han hecho oculta un propósito que no atinamos a descubrir. Operaron con una precisión que le deja a uno boquiabierto: llegaron a una hora en que, de cada cien veces, el subdirector de la Casa de la Moneda les hubiera hecho esperar noventa y nueve; tuvieron el tiempo justo para provocar el fuego antes de que se diera la señal de interrupción del trabajo; se aprovecharon de los momentos de confusión como si de antemano hubieran visto la película de lo que iba a pasar... ¿De quién sería la idea de utilizar fingidos coches del Departamento de Estado? ¿Quién falsificó las contraseñas que les franquearon la entrada? ¿Qué químico preparó el reactivo para los extintores? ¿Quiénes eran esos sujetos?

—Demonios —sugirió el agente O'Rourke.

—Los demonios quedan excluidos. Recuerden que dos hombres salieron por el patio posterior y que llevaban sendas valijas. ¿Qué

había en ellas?

O'Rourke
respondió:

—Sus diarios íntimos, jefe, o una muda de ropa. En cuanto los bomberos han sofocado el incendio hemos investigado qué era lo que faltaba. Usted sabe ya que el fuego ha sido espectacular y ha causado, desgraciadamente, víctimas numerosas, pero no ha profundizado, no hay daños graves, daños materiales, se entiende. No falta nada, o por lo menos nada que autorice a hablar de robo. Los billetes todavía no en circulación están todos intactos. Al parecer, los incendiarios no pudieron llegar al ala del edificio donde se halla la imprenta: el fuego ha ardido en las secciones administrativas. Sólo en el laboratorio se inflamaron unos litros de disolvente que acababan de ser utilizados y no se habían devuelto aún a los recipientes metálicos de seguridad.

—Y eso es todo —gruñó el coronel Rominson.

—Todo por ahora, jefe.

Las palabras «por ahora» que pronunciara

O'Rourke

tenían un sentido profético que ni él mismo quiso darles. Durante dos días, efectivamente, aquello fue todo. El incendio de la Casa de la Moneda ocupó las primeras páginas de los periódicos, hubo infinidad de comentarios y suposiciones, y la gente siguió con apasionamiento las noticias médicas sobre el estado de los heridos, unos víctimas de las llamas y otros del pánico que entre los empleados se produjo; pero nadie le encontró al caso una explicación veraz, lógica, sensata. No eran raros en la historia del crimen los incendios provocados por trastornados mentales afectos de piromanía. Lo que no se había dado nunca era el hecho de que los piromaniacos se unieran para actuar en común.

A los dos días, sin embargo, el «por ahora» de

O'Rourke

terminó. Al despacho del coronel Robinson llegó, por correo, un sobre que contenía dos billetes de cien dólares y una carta. Robinson leyó la carta y la envió con los billetes a los peritos. Una hora después se los habían devuelto con el correspondiente informe. Tras dar una mirada a éste, Robinson convocó a toda prisa a sus subordinados.

—Vean esto —dijo.

«Esto» eran los billetes, que los detectives examinaron con atención. Dos billetes iguales, ¡tan iguales que hasta su numeración era la misma!

—¡Cuerno! —exclamó

O'Rourke

—. ¿Cuál de los dos es el falso?

—Ninguno de los dos —respondió el coronel entre dientes—. O, en todo caso, ninguno de los dos es legítimo.

Sus hombres le miraron con asombro. Uno preguntó:

—¿Qué significa eso, jefe?

Robinson les ofreció el informe que acababa de recibir.

—Pregúntenlo a los expertos. Me he limitado a repetir sus palabras: estos billetes de numeración idéntica son legítimos los dos. O los dos falsos, aunque ni el más leve detalle permite diferenciarlos de los legítimos.

—Magia negra —apuntó

O'Rourke.

El coronel le fulminó de una mirada.

—No diga tonterías. Los he recibido hace poco más de una hora, acompañados de una carta muy amable. Aquí está la carta.

La carta decía:

«Recientemente tengo el gusto de visitar la Casa de la Moneda, visita demasiado breve por el incendio que se produce. Quedo admirado. Le incluyo estos dos billetes y le aseguro que uno lo fabrico yo con lo que allí aprendo. Puede comprarse unas camisas con él, y quién sabe si el Estado llegará un día a pagarle su propio sueldo con billetes míos. Sería muy agradable, ¿no lo cree usted así?».

Iba dirigida a «Mi querido coronel Robinson» y firmada con el nombre de John Smith.

—¿Huellas dactilares? —preguntó un detective llamado Gray.

—Ninguna, ni en los billetes tampoco. El papel en que está escrita puede adquirirse en cualquier papelería. Se usó una máquina «Remington» relativamente nueva.

O'Rourke

dijo a media voz:

—También el idioma que se usó era relativamente nuevo.

—Digámoslo así —asintió él coronel, mirándole de reojo—. Convengo en que las expresiones «recientemente tengo el gusto», «el incendio que se produce» o «con lo que allí aprendo» suenan de un modo raro. Lo correcto sería «he tenido», «se produjo» y «he aprendido». Yo también lo noté. Por lo demás, la ortografía es conecta, y el autor de la carta tiene cierta experiencia de mecanógrafo.

—¿Un extranjero?

—Quizá. ¿Se les ocurre alguna sugerción?

—Cazarle —dijo

O'Rourke

—. En el incendio de la Casa de la Moneda han muerto siete personas, y algunas de las que están en el hospital morirán también. Cazarle y llevarle a la silla eléctrica.

—¿Se cree usted capaz de cazarle,

O'Rourke?

—¿Por qué no?

—Muy bien, tiene desde ahora las manos libres.

—¿Servicio especial?

—Sí.

O'Rourke

se quedó tan tranquilo. Era un muchacho alto y atlético, rubio, de ojos grises y cara inexpresiva.

—Gracias —dijo.

Dirigió un saludo a sus compañeros y abandonó perezosamente el despacho. Robinson contempló en silencio cómo salía y luego dijo a los demás:

—El trabajo que

O'Rourke

realice por su cuenta no nos excluye a nosotros. Pidan lo que necesiten, porque no vamos a escatimar medios. Alguien está burlándose de nuestro país y hay que eliminarle a toda costa. La persona que me ha enviado esta carta es capaz de producir billetes de cien dólares tan perfectos como los de curso legal, y no sabemos cómo los produce ni cuántos va a producir. En cuanto corra el rumor de lo que ocurre, el valor de nuestro nivel de vida, puede

sufrir un terrible golpe. Es preciso evitarlo, ¿me han entendido?

En el despacho reinó un breve silencio. Uno de los detectives lo rompió.

—Desearía saber una cosa, jefe —dijo—: ¿qué relación existe entre esa falsificación de billetes y el incendio de la Casa de la Moneda?

Robinson le señaló ceñudamente con el dedo.

—Usted mismo me traerá la respuesta a esa pregunta en el plazo máximo de una semana. Ahí tiene su misión.

Fuera, el agente

O'Rourke

detenía en el pasillo a un ordenanza.

—¿Está Johnny Fisher en su despacho?

—Estaba hace cinco minutos, señor.

O'Rourke

fue al despacho de Johnny y abrió la puerta.

—Johnny —dijo—, tengo manos libres en lo de la Casa de la Moneda. He de hablarte de algo muy interesante...

CAPÍTULO X

Eran las tres y unos minutos de la madrugada. Los dos agentes de policía que prestaban en aquella calle su servicio cotidiano, guardaban silencio. Habían pasado en los últimos años tantas horas juntos que ya no tenían absolutamente nada que decirse. Uno de ellos iba dándole puntapiés a una piedra. Lo hacía con tanta pesadez que parecía a punto de caer de espaldas cada vez que tomaba impulso.

El frío era intenso, aunque no tanto como correspondía a la hora, a la estación y al clima de Chicago. Del lago Michigan llegaban fantasmales jirones de niebla que el viento llevaba lentamente a través de la ciudad.

Desde el principio, los dos agentes prestaron especial atención a la mujer que inopinadamente apareció por una esquina. No se la veía bien, pero era una mujer alta y que vestía un abrigo azul. Lo más notable de ella, sin embargo, era que corría en lugar de caminar; y que corría desesperadamente, como se corre cuando se huye de algo o se tiene miedo.

—Ojo ahí, Buddy —murmuró uno de los guardias.

La mujer se había detenido y miraba despavorida atrás, luego a la derecha, luego a la izquierda.

El guardia llamado Buddy dijo:

—Veamos qué le pasa.

Ambos echaron a andar. La mujer les descubrió entonces, y reemprendió su carrera directamente hacia ellos.

—Parece como que está un poco trompa —comentó Buddy—. Tiene suerte. Un trago apetece esta noche, ¿no?

—Cada noche —asintió el otro—. Pero no está trompa, no correría así.

La mujer acudía velozmente a su encuentro. Buddy casi se echó a un lado para eludir el choque, y al fin la detuvo, y la asió del codo

porque la vio a un tris de caer al suelo.

—Bueno, hermana, ¿qué mosca la ha picado?

La mujer era muy joven y abrumadoramente bella, de una belleza exótica y salvaje que adquiriría realce con la sofocación de la carrera y la tremenda emoción que reflejaban sus ojos. Buddy apenas había visto nunca una mujer semejante en la realidad: sólo en el cine. Por un momento, él y su compañero, a la luz de la farola que tenían al lado, estudiaron su rostro, su cabello revuelto, en desorden, y el inconfundible aire de tragedia que la rodeaba.

Después, ella, que estaba jadeando, consiguió exclamar:

—Deténganme, ¡deténganme! ¡He matado a un hombre! Buddy tragó saliva.

—¿Ha... matado a un qué? Oye... es una loca, Pat.

El otro guardia se había puesto nervioso.

—¿A qué hombre? —preguntó.

—No sé su verdadero nombre... ¡Oh! ¿Qué importa? ¡Le he matado!

—¿Por qué?

—Porque me atacó —la muchacha temblaba—. ¡Les digo que han de detenerme! ¡He cometido un asesinato! ¿Es que no me entienden? ¿Es que no hablo con claridad?

Los dos policías estaban completamente absortos en la escena de la que ellos mismos eran personajes. Por eso no advirtieron que tenían un espectador. No le vieron ni cuando asomó por la esquina, ni cuando se ocultó en el hueco de una puerta para vigilarles desde las sombras.

Era un hombre que usaba sombrero y llevaba el cuello del gabán alzado: esto era lo único que podía decirse de él.

—¿Cómo le ha matado? —preguntó Pat.

—Con... con unas... tijeras.

—¿Le apuñaló?

—Sí.

—¿Está segura de que ha muerto?

—¡Sí!

—¿Dónde ocurrió?

—En el *Chelsy Building*, piso treinta y dos, departamento C.

—¿Hace mucho?

—No lo sé —el tono frío y rutinario del guardia parecía ejercer

sobre la muchacha una influencia sedante—. Creo que era hacia las dos.

Pat se echó atrás la gorra para rascarse la cabeza.

—Muy bien. Llévasela al sargento, Buddy. Yo anticiparé por teléfono la noticia.

—No creo una palabra de todo eso —declaró Buddy.

Pero continuó reteniendo a la muchacha del brazo y se alejó con ella hacia la estación de Policía del distrito, mientras Pat se dirigía a un *drugstore* abierto toda la noche para efectuar su llamada telefónica. Ninguno de los dos, ni tampoco la mujer, observó que el hombre oculto en el hueco de una puerta se ponía en marcha y seguía con gran cautela a la pareja, buscando siempre el amparo de la oscuridad.

A Buddy le convenía un café caliente, y fue lo primero que pidió al llegar a la estación. Luego, con la taza en la mano, condujo a la presunta asesina ante el sargento, que tenía los pies sobre la mesa y se llamaba Sprague.

El sargento escuchó el relato del guardia mirando a la muchacha con dos clases de interés, uno masculino y otro policíaco.

—Bueno, ¿quién es usted? —inquirió.

—No importa. Deténgame, y en paz. He matado a un hombre.

—No pierda la chaveta por tan poca cosa, muñeca. Deme un cigarrillo y pida otro café para mí, O'Connell.

¿Es usted extranjera?

Buddy dio un cigarrillo al sargento y se fue en busca del café.

—Sí —repuso la muchacha.

—¿Cómo se llama?

—Clara Bussoni.

—¿Lleva encima su documentación?

—No.

—¿Es italiana?

—Sí.

—¿A qué se dedica?

—¡He matado a un hombre!

—Eso ya lo sé. ¿A qué se dedica?

—Hago un viaje de turismo por los Estados Unidos.

—¿Y a quién ha matado y por qué?

La joven se estremeció.

—¡Por favor, termine pronto con las preguntas! —Se llevó las manos a la boca—. ¡No puedo resistirlo! ¡No puedo...!

Rompió a llorar histéricamente, y el sargento la dejó que llorase hasta que Buddy regresó con otra taza de café.

—Désela a ella. La necesita más que yo.

La muchacha bebió temblando y sollozando, de modo que derramó una parte del contenido de la taza en el platillo. En esto, sobre la mesa, sonó el zumbador del interfono. Sprague lo conectó moviendo la clavija con la punta del pie.

—Al habla la segunda patrulla —dijo una voz.

Y enseguida otra:

—Informa Bill Bates, de la segunda patrulla. Localizado el departamento C, piso treinta y dos, *Chelsy Building*. No hemos entrado. Parece que hay alguien en su interior. El nombre del inquilino es Kevin K. Wallace. Esperamos instrucciones.

—Vigilen el pasillo —replicó Sprague—. Alguien irá para allá dentro de poco —cerró el interfono, también con el pie, y preguntó a la muchacha—: ¿Quién es Kevin K. Wallace?

—No lo sé.

—Pero ¿qué demonio significa su historia? ¿Vivía usted en ese departamento?

—Circunstancialmente, sí.

—¿Con quién? ¿Por qué no lo suelta todo de una vez?

La joven asintió lentamente.

—Del hombre que tenía alquilado el departamento, creo que era él, sólo sé que le llamaba «Angelito».

—¿Quién se lo llamaba?

La muchacha titubeó.

—Se... sé lo llamaban.

Sprague la miró fijamente a los ojos.

—De acuerdo, siga. Cuéntelo como prefiera.

—Él tenía las llaves y estaba encargado de vigilarme a todas horas.

Sprague bajó bruscamente los pies de la mesa.

—¿Quiere decir que estaba usted retenida allí contra su voluntad? ¿Secuestrada?

—Pues... algo parecido.

—¿Secuestrada por quién? ¿Por ese hombre?

—Eso... no hace el caso... Le he matado, nada más. Lo admito.
Son inútiles las preguntas.

Sprague hizo una seña a Buddy.

—Despierte al teniente Gannon. Aquí hay tela.

Buddy se retiró.

—¡Le digo que son inútiles las preguntas! —exclamó la muchacha.

—¡Cállese! ¿Cómo fue que le matara? ¿Qué pasó?

Ella tardó unos segundos en responder.

—Estuvo... estuvo jugando un solitario y bebiendo... Se terminó casi una botella entera. Yo había notado ya cómo me miraba, pero no podía encerrarme en mi habitación porque él tenía las llaves. Intente atrancar la puerta con una silla y no sirvió de nada. De pronto, entró. Yo... sólo tenía unas tijeras... Le dejé tumbado sobre la alfombra.

—¿Muerto? ¿Seguro que estaba muerto?

—Sí.

—¿Hace mucho rato?

—Eran aproximadamente las dos.

—Sin embargo, usted esperó hasta las tres y pico para presentarse a los agentes. ¿Por qué?

—No tengo la menor idea. Perdí el dominio de mí misma. En algún momento me puse el abrigo y escapé... deambulé por las calles... sentí miedo... Pero no me importaba pagar por lo que había hecho, ¿eso no! Cuando vi a los guardias, no dudé.

Sprague se hurgaba los orificios de la nariz con el dedo meñique.

—Su historia es un completo sulfopelo^[2], paloma —dijo—. No tiene pies ni cabeza. ¿Hay alguna razón que le impida explicar quién la tenía secuestrada, por qué causa, qué hace usted exactamente en Chicago y todo lo demás?

—Suponga que sí, que hay una razón.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Vino usted sola a los Estados Unidos? ¿Cuándo entró?

—No contestaré ya a más preguntas —dijo la muchacha con voz queda—. Ni una más. Me tiene sin cuidado lo que pueda ocurrir.

Sprague suspiró ruidosamente.

—A mí también, hermosura. Pero, en cuanto venga el teniente, haremos los tres juntos una visita al *Chelsy Building*. Apuesto a qué nos divertimos como locos.

CAPÍTULO XI

El teniente Gannon parecía un detective de novela antigua, porque era alto y anguloso, flemático, enigmático y parco en palabras, y porque fumaba en pipa. El olor de la pipa molestó continuamente a Clara mientras estuvo sentada entre él y el sargento Sprague en el coche que los llevaba al *Chelsy Building*. Durante el trayecto, nadie habló.

En el vestíbulo del *Chelsy* aguardaba un hombre muy gordo, que usaba gafas y llevaba un amigo negro y bufanda de seda. Era el médico y se llamaba Pershing. También estaba allí uno de los agentes llegados en el coche patrulla estacionado fuera.

—Anoche cené demasiado —le dijo Pershing al teniente—. No debió usted hacerme venir. Me aumenta la tensión arterial saltar de la cama a estas horas.

—A mí me aumenta el fastidio —replicó Gannon—. Vamos allá.

Tomaron el ascensor hasta el piso treinta y dos. Había dos agentes más en el pasillo, que saludaron y anunciaron que no se había producido ninguna novedad.

El sargento preguntó:

—¿Por qué dijeron que había alguien ahí dentro?

—Porque se veía luz y se oían pasos.

—Salgamos de dudas —concluyó el teniente.

Se encaminó a la puerta C, pero antes de que llegara a ella la muchacha se precipitó en pos de él y le asió del brazo.

—¡No puedo entrar! —exclamó ahogadamente—. ¡Yo no puedo entrar!

Gannon la miró enarcando las cejas. Tenía, en aquella actitud, un curioso aire a lo Basil Rathbone.

—¿Por qué no?

—¿Son ustedes de hielo? ¿Es que no se dan cuenta? ¡Detrás de esa puerta he matado a un hombre! ¡Es cruel e inhumano hacerme

volver y verle... verle... allí caído! ¡Por favor!

—Ya le vio antes —replicó el policía. Hizo una seña al sargento —: Llame, a ver qué pasa.

Sprague llamó. Se oyó un suave arpegio musical.

Transcurrió un minuto aproximadamente antes de que la puerta se entreabriese y apareciera un hombre de cara desagradable, con el cabello hacia la frente, envuelto en una bata. Vestía un pijama listado. Calzaba zapatillas.

—¿Qué cuerno quieren?

—Policía —anunció Gannon. Escrutaba atentamente la expresión de la muchacha. Ella estaba muy pálida, le temblaban los labios y manifestó sorpresa, pero no dio, en cambio, muestras de reconocer al hombre. Éste, a su vez, la miró indiferentemente—. ¿Es usted Kevin K. Wallace?

—No, Wallace está fuera de la ciudad. Lo siento.

Hizo ademán de cerrar la puerta, pero el teniente se lo impidió.

—Entonces, ¿quién es usted?

—¿Y a usted qué le importa? Necesitan un mandamiento judicial para...

Gannon le interrumpió exhibiendo un impreso convenientemente relleno y firmado, que el hombre no consiguió ver porque enseguida se lo quitó de las narices. El sargento empujó la puerta, y todos entraron. El hombre se hizo atrás.

—¿Vive aquí Clara Bussoni?

—Jamás oí ese nombre. Además aquí no vive ninguna mujer.

Gannon señaló a la muchacha.

—¿Conoce a esta señorita?

—No —el hombre forzó una sonrisa—. Y es una lástima. ¿Por qué no nos presenta? La ocasión viene al pelo.

—Usted, ¿cómo se llama?

—Elihu Payne, agente de seguros, de Nueva York.

—¿Amigo de Wallace?

—Él es cliente mío y hemos tomado algunas copas juntos. ¿Qué quiere saber? ¿Por qué estoy aquí? —El hombre se encogió de hombros—. He llegado a Chicago esta tarde y me marchó mañana por la noche. He hablado con Wallace. Se iba a Cleveland, no volverá hasta el lunes y me ha cedido por una noche su departamento. Un favor de amigo créalo. Ando corto estos días de

metales preciosos.

—¿Desde qué hora está usted en casa?

—Serían la una y cuarto o una y media.

—¿A qué hora se fue Wallace a Cleveland?

—A las ocho.

—¿Dónde estuvo usted antes de retirarse?

—En el cine y después chupando algún que otro vaso por ahí.

Total nada.

—Cuando llegó a la una y pico, ¿notó algo raro en el departamento?

—No —el hombre sacó un paquete de *Lucky* del bolsillo de la bata y se metió un cigarrillo en la boca—. Oiga, se queda usted solo haciendo preguntas, ¿eh? ¿Va esto a durar mucho?

Gannon se encaró bruscamente con la muchacha.

—¿Está segura de que es éste el departamento?

—¡Claro que estoy segura! ¡No he salido de él en tres días!

—¿Y su habitación?

—Aquella puerta.

—Me refiero a la habitación dónde...

—¡Aquella puerta!

—No es necesario que se lo tome así —gruñó Gannon.

Fue hacia la puerta, mientras la joven se volvía nerviosamente de espaldas. Abrió. La habitación estaba a oscuras y olía a tabaco. Encendió la luz. La cama aparecía revuelta y, sobre una silla, ropa de hombre. En la mesilla de noche un libro abierto y un cenicero con unas pocas colillas aplastadas. Todo daba la impresión de que Elihu Payne se hallaba allí acostado, y quizá leyendo, unos momentos antes.

Y no había ningún cadáver en la alfombra.

—Acérquese —dijo Gannon, ásperamente, dirigiéndose a la muchacha—. Le juro que si pretende gastarnos una broma se va a arrepentir. Mire.

Clara Bussoni se aproximó y examinó la habitación con ojos muy abiertos. Respiraba agitadamente.

—Es imposible —articuló—. Estaba aquí, ¡aquí mismo!

¡Oh, va usted a hacerme creer que me he vuelto loca!

—Y usted a mí. ¡Doctor Pershing!

El médico se adelantó, y con él Sprague y uno de los dos agentes

de la patrulla. Clara se dejó caer en un sillón del *living* y se cubrió el rostro con las manos.

Pershing dijo:

—Espero que me explique este lío, teniente. No entiendo nada.

—Luego. Eche una mirada concienzuda a esta habitación y dígame si he de llamar o no a los peritos.

—¿Los peritos? —preguntó el médico, intrigado—. ¿Para qué?

—Haga lo que le digo.

Mientras Gannon, Sprague y el agente le contemplaban; Pershing desplazó en torno del cuarto su obesa humanidad. Su pesado modo de moverse contrastaba con la agudeza y la vivacidad de su mirada. Sus manos, sorprendentemente ligeras, tocaron con gran cuidado varios objetos. La inspección duró unos minutos, y por fin el médico se sentó al borde de la cama y alzó los ojos para clavarlos en el teniente.

—¿Qué es lo que he de encontrar?

—¿A usted qué le parece?

Sin responder, Pershing se levantó de pronto, avanzó dos pasos mirando fijamente al suelo y se arrodilló sobre la gruesa alfombra. Pasó los dedos por ella con suavidad, rascó en un determinado punto y examinó atentamente lo que había rascado. Después, resoplando, apoyándose en la cama y haciendo un gran esfuerzo, enderezó otra vez su enorme mole.

—¿Sangre? —preguntó Gannon.

—¿Usted la había visto?

—Me lo pareció, no estaba seguro.

—Entonces, ¿para qué demonio me ha obligado a agacharme? ¿No podía comprobarlo usted mismo?

—El ejercicio le conviene, Pershing.

El médico murmuró una maldición.

—Pues es sangre, en efecto —añadió—. Llame a los peritos y le dirán si es humana.

Los hombres reunidos en la habitación se miraron.

—Resulta que ella ha dicho la verdad —gruñó el sargento Sprague—. Parece cosa de película. ¿Dónde está ese pájaro a quién llamaban «Angelito»? ¿Murió o no murió? ¿Es cierto que escamotearon su cadáver? ¿Por qué lo hicieron?

Gannon chupaba furiosamente su pipa.

—Es posible que esté todavía aquí, u oculto en algún lugar del edificio. No creo que hubiera mucho tiempo para preparativos desde que la muchacha abandonó el departamento hasta que acudió la patrulla. Una hora, a lo sumo, suponiendo que esta gente descubriera enseguida lo que había pasado.

El doctor Pershing preguntó:

—¿A quién se refiere cuando dice «esta gente»?

—En principio, a ese tal Elihu Payne. Vamos a...

Gannon no terminó la frase. Fue interrumpido por un agudo grito de mujer que sonó en el *living*.

Todos se precipitaron hacia allí. Clara Bussoni estaba en pie junto a un sillón. Tumbado en el suelo a dos metros de la puerta se hallaba el segundo agente de la patrulla. Pero Elihu Payne, él hombre del batín azul, había desaparecido.

Gannon se volvió al primer agente, que había asistido a las pesquisas en la habitación.

—¡Corra tras él! ¡El edificio puede tener una salida trasera!

El guardia salió disparado.

Pershing se arrodilló e inspeccionó al caído. Le palpó la cabeza.

—Es sólo un porrazo —anunció—. Se recobrará enseguida.

Sin decir nada, el sargento miró en torno, se metió por una de las puertas y volvió al instante con un vaso de agua. Se la derramó al agente en la cara, mientras, realizando una serie de difíciles operaciones, Pershing se ponía de nuevo en pie.

Clara se apoyaba en la pared, inmóvil, con una temblorosa mano ante la boca. Tras dirigirle una ceñuda mirada, el teniente Gannon comenzó a recorrer el departamento. No había mucho que ver: además del *living* y el dormitorio que habían visitado, un cuarto de baño, una minúscula cocina y otro dormitorio. Pero en éste, sobre la cama, se encontraba una maleta abierta. Gannon examinó su contenido, que se reducía a un traje de hombre, gris con feas listas rojas, unas camisas, seis corbatas y alguna ropa interior. También halló una novela titulada «Dame la muerte, querida». Era probablemente el equipaje de Elihu Payne.

Cuando regresó al *living*, el guardia, como ebrio, se incorporaba ayudado por Sprague y el doctor. Le preguntó secamente:

—¿Con qué ha tropezado?

—Ése... tipo... me pegó por la espalda.

—¿Y por qué le volvió la espalda?

—Hizo como que iba al cuarto de baño —el guardia hablaba con evidente esfuerzo—. Yo estaba mirando a... a la chica... No pensé que...

—Siga no pensando y llegará lejos, amigo —Gannon se volvió a la muchacha e inquirió—: ¿Usted vio con qué le golpeaba?

—Con una pistola —asintió ella—. La sacó del interior de su bata. Grité para prevenirle, pero no llegué a tiempo.

—¿Y después?

—Después escapó.

Gannon se encogió de hombros.

—Vestido como iba no tiene muchas posibilidades. Doctor. Sprague, vámonos ya. Éste —señaló al agente— que se quede aquí rascándose hasta que llegue el equipo técnico —hizo a Clara una seña con la pipa—. En marcha, paloma.

Ella echó a andar como un autómatas y, cuando la tuvo a su altura, el teniente la asió del brazo. El médico y Sprague les siguieron.

Abajo, en el vestíbulo, el agente que estaba allí de guardia y el que Gannon envió en pos de Elihu Payne custodiaban a éste. Con las manos en los bolsillos de su bata y un cigarrillo en la boca, el hombre no parecía precisamente satisfecho.

Gannon soltó un gruñido de placer.

—De modo que le cazaron.

—En la escalera —dijo el segundo agente—. Había perdido una zapatilla.

Gannon examinó al individuo de arriba a abajo.

—Sentirá frío vestido así —comentó—, pero nosotros cuidaremos de calentarle. Vamos, estoy de esto hasta la coronilla.

CAPÍTULO XII

El hombre que llevaba alzado el cuello del gabán y que, disimulándose en las sombras, había seguido al guardia que condujo a Clara a la estación de Policía, se hallaba al volante de un «Lincoln» gris cuando la muchacha y sus acompañantes salieron del *Chelsy Building*. Tenía el «Lincoln», que era un coche alquilado, detenido a veinticinco metros de la puerta del rascacielos, en un lugar desde donde podía ver sin ser visto.

Cuando Clara apareció, llevada del brazo por Gannon, otros dos coches llegaban al *Chelsy*. Uno era un patrullero, y el otro un auto particular. De éste saltó un hombre que empuñaba una cámara fotográfica y que en un espacio de tiempo increíblemente corto hizo destellar su *flash* media docena de veces, primero contra la muchacha, Gannon y Sprague, y luego contra el hombre vestido con una bata azul que salió detrás esposado a un agente.

—¿Qué ha pasado? —exclamó enseguida—. ¡Gannon, querido, cuénteme la historia! ¡Huelo algo sensacional!

El teniente, sin responder, metió a Clara en su coche. Fue Sprague quien apartó al reportero.

—Más le vale taparse las narices, Carruthers.

—Sprague, no sea bestia. ¿Quién es la dama?

Sprague subió también al coche. El hombre de la bata azul fue introducido en el primer patrullero.

Antes de cerrar la portezuela, Gannon dijo:

—Venga a mi despacho dentro de tres horas. En este momento no tengo nada que declarar.

—Sí, dentro de tres horas —protestó el periodista—, ¡con toda la banda! ¡Ahora la información sería exclusiva! ¡Usted quiere hundirme, Gannon!

—¡Váyase al cuerno! Tiene las fotos y es suficiente.

La portezuela fue cerrada, y el coche del teniente partió. El

patrullero arrancó detrás de él.

Mientras el periodista se precipitaba al interior del edificio, el hombre del «Lincoln» puso a éste en marcha y comenzó a seguir a los dos vehículos oficiales. Sin embargo, no lo hizo por mucho tiempo. Cuando comprobó que se dirigían a su estación de procedencia, dobló por la primera bocacalle y volvió a doblar hasta desembocar en Clifford Street. A poco descubrió las luces de un bar abierto toda la noche. Ante su puerta oprimió los frenos, se apeó y entró.

El hombre fue sin detenerse a la cabina telefónica, se encerró e introdujo una moneda en el aparato.

—Conferencia con Nueva York —pidió—. Número CE
27 312.

Depositó las monedas adicionales que le indicó la telefonista y enseguida obtuvo la comunicación. Habló poco rato, pero muy deprisa. Luego escuchó. Se echó el sombrero atrás para rascarse la cabeza. Frunció el ceño. Por fin sonrió sin ganas y colgó el auricular.

Al salir de la cabina se aproximó al bar y pidió un *bourbon* doble.

Apuró su bebida, pagó y se fue. En la acera se detuvo para encender un cigarrillo y levantarse otra vez el cuello del gabán. No demostraba prisa ninguna, y no la tenía, en realidad. Ahora necesitaba ganar tiempo. Algo había de ocurrir en los minutos siguientes y él no podía hacer nada hasta que hubiese ocurrido.

Subió al coche y permaneció sentado en su interior, fumando, pensando, mirando distraídamente a través del parabrisas. Sólo cuando, hubo terminado el cigarrillo tiró del *demarré*, y el «Lincoln» arrancó suavemente. Rodó sin rumbo fijo. El hombre, al cabo, consultó su reloj. Entonces abandonó Clifford Street y avanzó por las calles laterales hasta la placa luminosa de la estación de Policía del distrito, que era su meta.

Entró.

—He de ver al teniente, o a quién le sustituya en el servicio.

El agente de guardia en el escritorio de recepción pestañeó.

—¿Verle para qué? ¿Qué desea?

—Dígale que Harry Leslie está esperando.

—Oh, señor Leslie —la voz del agente adquirió un insólito tono

de cortesía—. Hace un momento me ha dicho que pasara usted en cuanto llegase.

Harry Leslie pasó. Recorrió un pasillo. Hacia la mitad había un guardia sentado en una silla, con un teléfono interior al lado.

El guardia cogió el auricular y oprimió un botón.

—Soy Harry Leslie. El teniente me espera.

—El señor Leslie —dijo. Y tras una pausa—: Muy bien.

Descolgó un manojó de llaves que llevaba al cinto, abrió una de las puertas e hizo a Harry signo de que entrase.

La habitación era una especie de celda de sólo cuatro metros de anchura por cuatro de profundidad, pero de techo sumamente alto. En el techo brillaba un potente foco. Las paredes estaban recubiertas de corcho y eran de un color gris repulsivo.

Un hombre se apoyaba en la pared del fondo y se sostenía la cabeza con ambas manos. Vestía una arrugada bata azul y, debajo, un pijama. Otro hombre, corpulento, en mangas de camisa y con una pistolera axilar, encendía en aquel instante un cigarrillo. El tercer hombre estaba sentado, con una pipa en la boca, y era alto y anguloso. Se levantó al aparecer su visitante.

—¿Harry Leslie?

—Sí.

—Soy el teniente Gannon. El sargento Sprague.

—Hola —dijo Sprague.

—¿Me hace el favor de su credencial? —pidió Gannon, Harry sacó la cartera y mostró su permiso de conducción. Gannon adoptó su expresión a lo Basil Rathbone.

—No bromeo, Leslie.

—Yo tampoco. El permiso es válido, ¿verdad, teniente? Debe usted cerciorarse de que soy quien digo con cualquier documentación. Estoy en misión especial. ¿Le han hablado desde Nueva York?

—Claro.

—De un momento a otro recibirá la orden oficial y escrita para el traslado de esa muchacha, y entonces se enterará del resto.

—De acuerdo. ¿Cómo han intervenido tan pronto?

—Yo tenía el *Chelsy Building* sometido a vigilancia.

—Pero ¿por qué? ¿Qué condenado asunto es éste?

Harry sonrió.

—No tengo órdenes de divulgarlo todavía, Gannon. Lo siento.

—Siempre la misma historia —dijo el teniente, contrito—. Ustedes, los superhombres federales, en posesión exclusiva de la verdad, mientras nosotros vamos tanteando en las tinieblas. Sprague, ¿ha oído usted eso? No tiene órdenes de divulgarlo todavía, pero, naturalmente, lo lamenta mucho.

—Su compasión es de agradecer —gruñó el sargento.

Harry, sin inmutarse, señaló con el pulgar al hombre de la bata.

—¿Qué tal andan las cosas con ese pájaro?

Gannon volvió a sentarse.

—Apenas empezábamos. No parece muy duro. Apuesto a que abre el pico antes de amanecer.

—¿Tiene usted inconveniente en contarme detalladamente lo que ha pasado?

Gannon lo contó. Fuera lo que fuese lo que el relato despertaba en él, Harry no dejó que su rostro trasluciese emoción ninguna.

—¿Dónde tiene a la chica? —preguntó fríamente después.

—Arriba. Le hemos dado un sedante.

Harry se aproximó al hombre de la bata azul.

—¿Dice que su nombre es Elihu Payne?

—Lo es —dijo Gannon—. Agente de seguros. Mis hombres han encontrado su documentación en las ropas que dejó en el departamento. No sabemos aún si tiene antecedentes, pero lo que no tiene es licencia para la pistola que poseía.

—¿Qué hacía usted en aquel departamento? —preguntó Harry al hombre.

Payne dijo a media voz:

—Dormir.

—¿Dormir en la habitación donde acaba de cometerse un homicidio? ¿Junto a una alfombra manchada de sangre?

—De todo eso yo no sabía ni jota.

—Entonces, ¿por qué escapó?

—Porque necesitaba aire puro. Aquello se había llenado de guardias. Les atufan los pies, no puedo resistirlo.

El sargento Sprague avanzó amenazadoramente. Elihu Payne se aplastó contra la pared y pareció súbitamente arrepentido de sus palabras.

Harry contuvo a Sprague.

—Aguarde —murmuró. Continuó dirigiéndose a Payne—: Usted está aquí detenido, y supongo que se habrá percatado de que va a serle mucho más difícil aguantar que a todos nosotros sacudir.

Repentinamente, el hombre chilló:

—¡Tengo derecho a hablar con mi abogado! ¡Déjenme en paz!

—Estupendo. Si pierde la serenidad liquidaremos esto mucho antes.

—¡No pienso decir nada!

—¿No? —Harry se apartó—. Bueno, sargento, atícele.

Sprague se escupió en las manos y se las restregó, pero antes Harry se inclinó sobre Payne.

—Ni el sargento, ni el teniente ni yo estamos aquí por gusto —le explicó al hombre—. Usted, menos. ¿Por qué no terminamos y nos vamos a descansar? ¿No le apetece más comerse un *hot-dog* que comerse un diente? ¿Y qué me dice de una cerveza en lugar de beberse su propia sangre?

Payne articuló:

—Dé... je... me...

—Lo lamento infinitamente, pero no puedo dejarle. Todos tenemos mucha, muchísima paciencia. A lo mejor, mañana a estas horas todavía estamos trabajando. Imagínese en qué estado se encontrará usted.

—¿Comienzo? —preguntó Sprague.

—Pues claro que sí.

En aquel momento zumbó el interfono.

Sprague se detuvo con el puño en alto, y todos escucharon cuando el teniente dio comunicación.

—El señor Van Buren, del FBI —dijo una voz indiferente—, desea verle. Trae una orden de traslado sobre la detenida Clara Bussoni.

—Allá voy —replicó Gannon. Se volvió a Harry—. Ya está eso arriba. ¿Cómo cuerno operan ustedes a esa velocidad?

Harry se encogió de hombros.

—Pregúnteselo a Edgar Hoover, porque yo no lo sé.

Gannon abrió la puerta de la celda. Hizo una seña al sargento, indicándole a Payne.

—Usted quédese y diviértase, Sprague. Avíseme si obtiene el menor resultado.

Arriba esperaba un hombre joven, moreno, cuadrado, de dura y enérgica mirada. El teniente le conocía, al parecer, porque le estrechó la mano y le llamó por su nombre. Harry lo saludó con una inclinación de cabeza.

Van Buren sacó del bolsillo un pliego mecanografiado.

Con rúbrica y sello oficial. Lo dio a Gannon, que le echó una mirada.

—Conforme. ¿Eso es todo?

—Sí.

—¿No hay explicaciones?

—No tengo más orden que la de entregarle la solicitud —dijo Van Buren.

—¿Y qué pasa con el hombre que tenemos abajo?

Van Buren miró a Leslie. Éste respondió:

—Siga presionándole. No creo que tarden en llegar nuevas instrucciones.

—Está bien —suspiró el teniente—. Eh, Garrick.

El guardia de servicio en el escritorio levantó la cabeza.

—Sí, señor.

—Que traigan a Clara Bussoni.

El agente transmitió la orden por el interfono. Mientras esperaban experimentó en el estómago una desagradable sensación de vacío. Era como miedo. Pensó: ¿miedo de qué? ¿De una mujer? ¿De sí mismo?

Transcurridos unos minutos, se abrió una puerta y aparecieron un agente y Clara. La muchacha estaba pálida, tenía enrojecidos los ojos y llevaba desordenado el cabello, pero la expresión de patetismo y el rostro sin maquillar daban a su belleza la suavidad exquisita de una *madonna* de Rafael. Miró a los hombres que la estaban aguardando. Y, de pronto, su vista se posó en Harry. Se llevó la mano a la boca, sobresaltada. Fue evidente para él que sólo merced a un gran esfuerzo no había gritado.

Harry bajó los ojos.

Gannon le señaló con la pipa y dijo:

—Se marcha usted con este oficial, paloma. Es uno de los privilegios del FBI arrebatamos todo lo que merece la pena.

Clara estaba atónita.

—¿Me puedo ir... con él?

—Dudo que la invite a bailar, pero puede irse.

Harry avanzó y la cogió del brazo. Notó que temblaba. Un aura de tensión parecía envolverla.

—Gracias, teniente. Buenas noches.

—Será buenos días —replicó Gannon—. Adiós. Hasta la vista, Van Buren.

Harry y la muchacha salieron. Van Buren les siguió. Fuera, amanecía. Estaba lloviznando.

El hombre del FBI dijo:

—Que haya suerte, amigo. Usted sabrá qué clase de lío es éste.

—No estoy seguro de saberlo con exactitud —declaró Harry—. Simplemente, sigo las instrucciones que Johnny Fisher me ha dado desde Nueva York. Más o menos como usted. Y le agradezco que haya traído esa orden tan pronto.

—Agradézcaselo a Fisher —Van Buren se encaminó a su coche, parado detrás del de Harry—. La muchacha queda bajo su responsabilidad, Leslie. Procure no olvidarlo.

—No —dijo Harry.

Y abrió la portezuela del «Lincoln» para que Clara subiese.

CAPÍTULO XIII

La llovizna se había convertido repentinamente en lluvia. Los cepillos limpiadores barrían el agua del parabrisas con monótono compás.

Clara dijo en un susurro:

—No sabía que fuera usted... lo que sea.

—Eso debería decirlo yo.

Ella titubeó.

—¿Qué hace usted en Chicago? ¿Cómo ha conseguido localizarme?

—Vine en su mismo tren y estoy vigilándola desde entonces.

—¿En mí mismo tren? Pero... pero yo le dejé...

—Usted me dejó en Central Park porque un hombre fue a buscarla. A los pocos minutos me avisaron de que ambos tomaban billete para Chicago en el expreso, y les seguí. Está bien claro. Trato de averiguar qué parte de culpa le corresponde en lo que a mi hermano le ocurrió.

Hubo un silencio. Luego, Clara preguntó bruscamente:

—¿No puede usted olvidar a Frank?

—Desgraciadamente para usted, no puedo.

Otro silencio.

—¿A dónde vamos?

—A mi guarida.

Llegaron enseguida a Jefferson Square. Harry dejó el coche en el garaje del hotel y entró en éste conduciendo a la muchacha del brazo. Su modo de atazarla no tenía nada de amistoso. Ella se daba cuenta perfectamente de que aquella mano no la guiaba ni la sostenía, sino que la apretaba. Pero en la rigidez y la fuerza de aquellos dedos había una tremenda carga de pasión.

Una vez en su cuarto, Harry se quitó el abrigo y la chaqueta y los arrojó sobre la cama. Fue en busca de una botella de ginebra

que estaba encima de la cómoda, se sirvió un vaso, le añadió soda y bebió la mitad. Volvió a llenar el vaso. Se aflojó la corbata y se sentó en un sillón con las piernas extendidas.

Clara sostuvo su mirada. No parecía asustada ahora. En su actitud se adivinaba algo semejante a un desafío.

—Le ofrezco una oportunidad de explicarse —dijo él—. Quizá sea la última —olfateó la ginebra—. Si se pone a inventar, esto se ha terminado.

—¿A qué se refiere cuando dice «esto»?

—A mi condescendencia. La he sacado de entre las ganas de la policía y estoy abordando la cuestión personalmente en lugar de hacerlo en un plano oficial. Espero que esto la ayude.

—¿Usted pertenece al FBI?

—En este momento soy únicamente el hermano de Frank Leslie. El rostro de la muchacha se contrajo.

—¿No puede prescindir de mencionarle? ¡Oh, es usted odioso! ¡El hermano de Frank! ¡Santo Dios! ¡Y yo quise depositar en usted mi confianza, y desde el principio ha estado usándome para sus propios fines!

Harry se puso súbitamente en pie.

—¡Cállese!

—¿Con qué derecho me da órdenes?

—¿Está loca? ¿No tiene sentido común? ¿Cómo cuerno se atreve a decir que la uso para mis propios fines? ¿Qué es lo que hace usted, entonces? ¿Para qué me visitó en Nueva York? ¿Para qué aceptó mi invitación a almorzar?

A Clara se le había encendido el rostro. Sus rojos y húmedos labios temblaban ligeramente. Quieta allí, en pie, tensa, pero vibrando por dentro, era la cosa más bella y, a la vez, más viva que Harry viera jamás. Sus fabulosos ojos atraían como un abismo.

—Puede darle una sola explicación —dijo—: ¡Yo amaba a Frank!

—¡No mienta!

—¡Todo cuanto he hecho, todo lo que usted es absolutamente incapaz de comprender, no tiene otra causa que la de que yo amaba a Frank!

¡Aquellos ojos!

Harry dio dos pasos al frente.

—Usted mató a Frank.

La tenía ante sí, percibía su calor, su perfume, ¡y no alcanzaba a ver el fondo de sus ojos!

—¿Cómo puede acusarme de eso?

—¡Usted mató a Frank!

Ella gritó:

—¡Déjeme!

Pero ya era tarde. El vaso se deslizaba de la mano de Harry y se estrellaba contra el suelo. La muchacha no se movió. No pudo, o no quiso. Él la asió rudamente de los hombros.

¡Aquellos ojos!

Encontró sus labios sin saber cómo. La tuvo de pronto contra sí, temblando entre sus brazos, increíblemente cálida y suave. Los ojos se cerraron. Harry se sintió desfallecer.

Luego la soltó, casi gimiendo, y se volvió de espaldas.

—Maldita zorra —articuló—, ¿era eso lo que se proponía?

Clara dijo:

—Harry.

Y lo dijo de un modo que llegaba al corazón.

El dio un puntapié a los restos del vaso, se aproximó a la cómoda, cogió la botella de ginebra y bebió directamente de ella un largo trago. Se pasó el dorso de la mano por la boca, como si pretendiera limpiársela, y escupió al suelo.

Clara añadió en el mismo tono:

—Harry... fue mi padre quien hizo matar a Frank.

El encajó cada palabra como un golpe. Dio media vuelta.

—¿Su padre?

La muchacha estaba ahora asombrosamente serena.

—Mi padre pretendió valerse de Frank para introducir en los Estados Unidos unos documentos y un dinero que él no se atrevía a entrar personalmente. Se había informado muy bien de quiénes eran los Leslie, conocía la posición del padre de ustedes y confiaba en que, para Frank, la aduana sería mero trámite. Había dispuesto las cosas de modo que, una vez en Nueva York, a Frank le fuera robado el equipaje y se recobrara lo que en él se ocultó. Fracasó su plan, y entonces comprendió que, tarde o temprano, Frank adivinaría quién le había metido en el lío. Esto significaba que le denunciaría. Para evitarlo, organizó, su fuga de la cárcel. Frank se vio arrastrado por las circunstancias. Y en cuanto estuvo fuera,

murió. Mi padre había intentado corromperle. Fue inútil. Sólo matándole consiguió que guardara silencio.

A Harry le temblaban las manos cuando nuevamente se llevó la botella de ginebra a la boca. Por fin, ¡por fin! la verdad había salido a luz. Tenía un testigo. Frank era inocente.

¡Frank era inocente!

¡Frank había muerto víctima de una fría y repugnante maquinación!

—¿Es verdad lo que dice?

—Puedo jurarlo, Harry.

¡Frank era inocente, y por defenderle Clara acusaba a su propio padre! ¡Era indirectamente como acusarse a sí misma!

¿O no lo era?

—¡Clara!

—¿Qué?

—¿Por qué no me contó eso desde el principio?

—Fui a visitarle para contárselo, pero me faltó valor. Estaba deshecha, moralmente deshecha por la muerte de Willy Morris... Había sido la prueba final, y sin embargo... mi padre... ¡Compréndalo, Harry, se lo suplico! ¡Compréndalo!

—¿Quién es su padre? ¿Se llama Giacomo Bussoni?

—Ése no es su verdadero nombre.

—¿Ni el suyo el de Clara Bussoni?

—Sí, el mío sí.

—No entiendo...

—Se casó con mi madre hace quince años. Las circunstancias políticas le obligaron después de la guerra a cambiar de personalidad y adoptó el apellido del primer marido de mi madre, o sea de mi verdadero padre.

—¿Quiere decir que él no es su verdadero padre?

—Por la sangre, no. Pero yo siempre he considerado que lo era. Sé que hizo feliz a mi madre... Ella murió en Roma el año cuarenta y tres, y esto y el curso de la guerra... La guerra causó destrozos irreparables, Harry.

—¿De qué destrozos habla ahora?

Clara unió y desunió las manos. Era el primer síntoma de nerviosismo de que daba muestra desde que Harry la besó.

—Mi padre era un alto oficial del servicio secreto italiano en

África del Norte. La caída del fascismo, la capitulación de nuestro país y la acusación de criminal de guerra que se lanzó contra él arruinaron su moral y... y creo... que también su mente. Fue un momento en que aparecieron subvertidos todos los valores y los principios del mundo en que habitábamos. Hoy me doy cuenta de que mi padre no superó la crisis. Yo era casi una niña entonces y estaba interna en un pensionado desde la muerte de mi madre. Cuan de acabó la guerra, mi padre me envió a otro internado en Suiza y luego he vivido sola, viajando, estudiando en Heidelberg, en Estrasburgo, en Oxford, en París... No me ha faltado nunca nada, pero durante todos estos años apenas he visto a mi padre y no he sabido a qué se dedicaba, de dónde obtenía el dinero, cuál era su existencia. Comprendía perfectamente las razones de su cambio de nombre, pero esto era todo. El verano pasado, en Montecarlo, nos reunimos por primera vez. Fue cuando conocí a Frank —la voz de la muchacha se veló—, ¡y ojalá no le hubiera conocido jamás, Harry!

—¿Cómo se llama en realidad su... su padrastro?

—Giacomo Mondadore.

—¿Y con ese nombre estaba reclamado como criminal de guerra?

—Sí.

—Pero si usted sabía esto y sabía que el hizo matar a Frank, ¿cómo ha permanecido tanto tiempo callada? ¿Fue la muerte de Willy Morris lo que la decidió a actuar?

—En parte. Le conté a usted que mi padre y yo nos habíamos separado de Frank en Gibraltar, pese a que proyectábamos venir juntos a los Estados Unidos. En efecto, ocurrió así. Mi padre dijo que debía resolver varios asuntos urgentes en Tánger y nos quedamos en Marruecos. El partió solo poco después, en avión, desde Casablanca. La detención de Frank ya se había producido y yo había ya recibido su carta rogándome que permaneciera al margen y no le escribiese... una carta que sin duda le dictaron sus primeras sospechas... Mi padre me prohibió venir a los Estados Unidos. Seguí en Tánger, fui luego a España... Frank había muerto... Cuando no pude resistir más, tomé el avión dispuesta a reunirme de nuevo con mi padre. Mi primera sorpresa fue que se disgustara al verme. Enseguida noté ciertas cosas... Y entonces, por casualidad, encontré a Willy Morris. Me habló de usted, de su recelo

hacia nosotros... Sentí miedo, un miedo terrible de que fuera verdad lo que en el fondo de mi ánimo vislumbraba. En cuanto me separé de Willy afronté a mi padre y le pedí explicaciones. Fue... una escena... espantosa... ¡Dios mío, en aquel momento, de repente, lo descubrí todo! ¡Y a las pocas horas mi padre hizo matar a Willy, porque pensó que yo le había dicho demasiado y porque era el único hombre que podía identificarnos y relacionarnos directamente con Frank!

La diestra de Harry estaba crispada en torno al cuello de la botella de ginebra.

—¿Y usted tomó la decisión de visitarme al día siguiente?

—Tomé la decisión de visitarle, pero lo hice inmediatamente al enterarme de que Willy había muerto. Y no tuve el valor de ser sincera. Perdóneme, Harry... no tuve el suficiente valor...

Harry sentía como si ante él se hubiera abierto un pozo de podredumbre.

—¿Qué pasó después?

—Ya lo vio. Yo quería conocerle a usted mejor, tratarle más, ganarme su confianza. La confesión que iba a hacerle, la que le estoy haciendo, es tremenda... no sabe... no sabe cómo me desgarró el alma... Acepté gustosa su invitación a almorzar. Pero mi padre me vigilaba. Ignoro por qué razón, había decidido marchar aquella tarde a Chicago. Fue en mi busca a Central Park y me llevó consigo. Aquí, en Chicago, nos aguardaba un hombre a quién él llamaba «Angelito»...

—Lo sé.

—Me dejó con él, en el departamento que «Angelito» tenía alquilado ahí delante, en el *Chelsy Building*. No he vuelto a verle desde entonces. Ese hombre... era un monstruo... Oh, ¿cómo pudo mi padre dejarme sola con él? ¿Cómo es posible? Esta noche... esta noche... ¡Le he contado a la policía toda la verdad! ¡Le he matado! ¡Yo, Harry, yo! ¡Con unas tijeras! ¡He sido yo!

—Cálmese —dijo oscuramente Harry.

La muchacha había perdido el dominio de sus nervios. Rompió a llorar. Por un momento él estuvo contemplándola. Finalmente se adelantó y, con delicadeza, mientras ella sollozaba y volvía el rostro, le quitó el abrigo y la condujo a un sillón. Fue al lavabo en busca de otro vaso, sirvió ginebra pura y se la dio a beber.

Clara tosió.

—Gracias.

—¿Quién se llevó el cadáver, del departamento? —preguntó Harry acto seguido—. ¿Quién es Elihu Payne?

—No lo sé —replicó ella con vehemencia—, ¡no sé de eso una palabra! Me resistía a creerlo cuando lo vi. Al salir yo de, allí, aquel hombre estaba muerto sobre la alfombra de mi cuarto y en el departamento no había nadie más. Alguien llegaría después y lo cambiaría todo.

—¿Su padre?

—Quizá.

—¿Está en Chicago?

—Creo que sí.

Harry se inclinó ávidamente.

—¿Dónde?

La muchacha le miró a los ojos. Respondió despacio, y Harry se estremeció al oírla, porque con su suave y emocionada, pero firme voz, ella pronunciaba una sentencia de muerte.

Dijo:

—«Angelito» le habló por teléfono. No sé dónde está, pero conozco el número. Pude averiguarlo.

—¿Qué número es?

Clara lo recitó cifra a cifra.

CAPÍTULO XIV

Harry depositó el aparato telefónico en su horquilla y miró las señas que acababa de anotar en un papel, tomadas al dictado de la empicada del servicio de Información que le atendió.

Alzó la vista para mirar a Clara. Estaba pálida, como muerta.

—Ese número de teléfono corresponde al ciento seis de Bellevue Street. —Harry recogió su chaqueta de encima de la cama y sacó del bolsillo un plano de la ciudad. Lo desplegó para examinarlo un instante. Luego añadió—: Es una calle de las afueras, paralela a la ribera del lago.

En la habitación reinó el silencio, hasta que la muchacha preguntó quedamente:

—¿Qué va usted a hacer?

Él se encogió de hombros. Clara tenía que adivinarlo.

—¿Ha averiguado a qué se dedica su padre?

—Sé unas cuantas cosas, pero no exactamente a qué se dedica.

—¿Qué cosas?

—Por lo que he podido deducir, ha tomado parte en muchos asuntos de espionaje, de tráfico de armas y de contrabando desde que terminó la guerra. Casi siempre ha actuado en África del Norte, y también en Italia y Francia.

—¿Y aquí?

—Aquí está para algo muy importante, aunque ignoro lo que es. Tan importante, Harry, que si ha matado a Willy Morris y ha tomado tantas precauciones conmigo ha sido para protegerse. Tiene consigo a unos cuantos hombres. «Angelito» era uno de ellos.

—¿Una banda?

—Sí.

—Bien, ¿qué más?

—No sé nada más. Apenas le he visto. A mi llegada a Nueva York me hospedó en el «Waldorf Astoria» y rehuyó constantemente

mi compañía. Se hallaba... muy ocupado.

—¿Dónde vivía él?

—Le sorprenderá, pero tampoco lo sé. Nominalmente ocupaba un departamento en el número 814 de la calle 59 Oeste, y a estas señas le previne de mi llegada. Sin embargo, nunca estaba allí.

Harry anotó la calle y el número. Miraba a Clara fijamente.

—Es duro para usted... traicionarle de ese modo.

Ella sacudió la cabeza.

—No. Temí que lo fuera mucho más.

—¿No?

—¿Es que no se da cuenta? Después de lo que ha pasado esta noche, ¿cómo puedo seguir pensando que Giacomo Mondadore es mi padre? Aun sabiendo lo que hizo con Frank u con Willy Morris, yo era capaz de comprenderle y, en cierto modo, disculparle, pero ¡ahora! ¿Quién es el hombre que no vacila en abandonarme en manos de una bestia como «Angelito»? ¿Quién me ha empujado a manchar mis manos de sangre humana? ¿Mi padre? No, Harry, no, ¡un extraño! ¡Un monstruo que se atrevió a valerse de mi amor por Frank para desarrollar impunemente sus planes criminales! ¡Nada hay de común entre él y yo!

Harry suspiró profundamente.

—Usted es italiana —dijo.

—¿Y qué?

—Lleva en las venas sangre latina, sangre apasionada... deja arrebatar por un impulso momentáneo. ¿Está segura de no arrepentirse mañana de lo que ha hecho hoy?

—Segura.

—Pero ¿sabe realmente lo que ha hecho?

—Sí.

—¿Sabe que ha condenado a muerte a Giacomo Mondadore?

Clara inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Sí.

Harry miró la botella de ginebra. Estaba casi vacía.

Se volvió, fue a la ventana y tiró del cordón de la persiana graduable. Era ya día claro. A lo lejos, entre los tejados de las casas, se veía una franja azul en el cielo cargado de nubes.

Harry se dirigió al teléfono y pidió conferencia con el CE

de Nueva York. Preguntó por Johnny Fisher.

—No está —contestaron.

—Soy Harry Leslie y me urge hablar con él.

—Fisher ha salido en avión hacia Chicago.

Harry se acarició pensativo el mentón.

—Desearía dar un informe.

—Un momento —una pausa. La voz incolora, impersonal, añadió—: Diga.

—El hombre que se hace llamar Giacomo Bussoni es Giacomo Mondadore, exagente del servicio secreto italiano en África del Norte, reclamado hace más de diez años como criminal de guerra. Tiene o tenía un departamento alquilado en Nueva York, 814, calle 59 Oeste.

—¿Eso es todo?

—Todo. ¿Cuándo llegará Johnny Fisher a Chicago?

—Supongo que tardará todavía un par de horas.

—Está bien.

Harry colgó el aparato y, sin vacilar, cogió de encima de la cama su chaqueta y se la puso. Se volvió de espaldas a Clara para sacar la pistola que Johnny le diera en la estación «Grand Central» y examinarla. Estaba a punto de uso. La guardó de nuevo y tomó el gabán.

Clara permanecía en el sillón, sin moverse.

—¿Se va? —preguntó.

—Sí.

Ella se puso lentamente en pie.

—Harry.

—¿Qué?

—¿Va al encuentro de mi padre? ¿Es eso?

Harry mintió:

—No lo sé todavía.

—¿Por qué me ha preguntado antes si me arrepentiré de lo que he hecho?

—No hablemos de ello ahora.

—¿A usted le importaría que me arrepintiera?

—Sí.

De pronto, la muchacha se le acercó y le apoyó en los hombros ambas manos. Alcanzó sus labios de puntillas. Le besó suavemente,

dulcemente.

No fue como antes. Harry sentía que no podía besarla ahora, cuando notaba contra el pecho la dureza del arma con que iba a matar a Mondadore. No podía besarla sin manchar el beso.

Clara murmuró:

—Buena suerte, Harry.

Él fue a la puerta y la abrió. En el umbral dijo:

—Enciérrese por, dentro y no abra absolutamente a nadie, salvo a un hombre llamado John Fisher que llegará a Nueva York dentro de un par de horas. Asegúrese de que se trata de él. Pregúntele dónde le hirieron durante la guerra: será él si contesta que en Bastogne.

Los ojos de la muchacha estaban húmedos.

—Así lo haré.

Harry vaciló un instante.

—En cuanto a que yo pertenezca al FBI —declaró—, es mentira. Ha sido una farsa. Cuando vi que la detenían llamó a Fisher y él lo arregló todo para que pudiera tenerla a mi lado. Adiós, Clara.

Salió, cerró a su espalda y no se movió del pasillo hasta oír que la joven corría el pestillo y echaba la llave. Entonces se puso el gabán, bajó al garaje y sacó el «Lincoln».

La mañana era fría. La ciudad despertaba.

Harry se dirigió sin rodeos a Bellevue Street. Dejó atrás el centro de Chicago, bordeó unos momentos el lago Michigan por Great Lakes Avenue y buscó el rótulo de la calle hasta dar con ella. Era una calle residencial, sólo edificada en parte. El número ciento seis estaba ya muy apartado y correspondía a un chalet de dos pisos rodeado de un descuidado jardín. Harry lo vio y pasó de largo ante él.

Detuvo el «Lincoln» más allá, donde unas tapias lo disimulaban. Regresó a pie, dando un rodeo. El chalet estaba protegido por una verja y en sus ventanas cerradas no se advertía el menor signo de vida.

Tenía que saltar aquella verja, pero le embarazaba los movimientos el gabán. Se lo quitó, lo arrojó a lo alto y quedó prendido al extremo de uno de los barrotes. Trepó y lo desprendió. Saltó al interior sin novedad. Una vez abajo, ocultó la prenda detrás de un seto y, estremeciéndose bajo la fría caricia del aire matinal, se

aproximó a la casa.

Todas las ventanas de la planta baja tenían rejas. Harry permaneció un momento dudando. Se hallaba poseído de una especie de fiebre que le impedía pensar con claridad, y no sabía cómo proceder: si llamando a la puerta y dando la cara, o introduciéndose en la casa subrepticamente. De un modo u otro ocurriría lo que había de ocurrir: se enfrentaría a Giacomo Mondadore, en el supuesto de que no hubiera escapado ya. Lo demás, al cuerno. Había una cuenta, una terrible cuenta pendiente entre los dos.

Cuando vio que junto a una de las paredes de la casa crecía un árbol y que sus ramas se extendían hasta casi rozar una de las ventanas del piso superior, optó por entrar a la fuerza. Trepó tronco arriba ágilmente, se instaló en la rama más gruesa e inspeccionó la ventana. Estaba cerrada, pero un ligero golpe de palanca bastaría para abrirla. A través del cristal se veía una habitación cómodamente amueblada, en la que no había nadie. Todo estaba en silencio.

Harry empleó como palanca una llave. Le costó más de lo que esperaba y la llave se dobló. Repitió el intento. Por fin saltó el cierre, pero en el mismo instante, con un sonoro crujido, la rama en que se apoyaba, resentida del esfuerzo que él acababa de realizar, se desgajó. Harry tuvo el tiempo justo de asirse al alféizar. Quedó colgado de éste, balanceándose. Le invadió una cólera sorda. Si el ruido atraía a alguien y le sorprendía en aquella posición, estaba perdido sin remedio.

Puso a contribución todos sus músculos y se izó. En aquel momento oyó que la puerta de la casa se abría. Un hombre salió al jardín, con una pistola en la mano. No le había visto aún. Suspendido a medias, encogido sobre sí mismo, Harry levantó la ventana. Antes de que el hombre del jardín le descubriera se había deslizado al interior.



El sargento alzó la mano...

Cruzó la habitación e hizo girar con cuidado el pomo de la puerta. La abrió sin ruido. Vio un pasillo y el principio de una escalera descendente. Y nadie, ni un rumor, ni una sombra.

Sacó la pistola y echó a andar hacia la escalera.

Dio cuatro pasos.

Luego, una puerta giró silenciosamente sobre sus goznes detrás de él. No se enteró de ello hasta notar la presión de algo duro en la espalda, y entonces ya era tarde.

Una voz áspera, dijo:

—Suelta el cacharro, hermano.

Harry soltó la pistola, que hizo «cloc» al chocar con el entarimado.

—Muy bien. Sigue. A la escalera.

Obedeció. Adivinó, por los ruidos, que el hombre se agachaba a recoger su pistola. Comenzó a bajar la escalera y, cuando estaba a la mitad, se abrió desde fuera la puerta llevaba del vestíbulo al jardín y entró el hombre que saliera antes, todavía armado.

—Ha entrado por el árbol y la ventana —dijo—. ¿Te dio mucho trabajo, Edgar?

—Ninguno —respondió el hombre que escoltaba a Harry.

A un lado del vestíbulo había otra puerta abierta, que daba paso a un «*living*». Dirigido por el rígido dedo metálico incrustado en sus riñones, Harry la traspuso. En el «*living*» había tres hombres más.

Madrugaban mucho, por lo que era de ver. Los tres, como el que había salido al jardín, tenían un aire inconfundible de pistoleros baratos. Uno, en particular, llamativamente vestido y con una gardenia en el ojal, moreno y de cabello rizado, fue quien habló:

—¿Visita de cortesía?

Harry no contestó. Sus ojos escrutaban la pieza en busca del hombre que acompañó a Clara de Nueva York a Chicago, en busca de Giacomo Mondadore; pero Giacomo Mondadore no estaba allí.

—Éste parece más modoso —dijo el situado a su espalda. Se apartó y avanzó para verle el rostro, y Harry se lo vio a él. Era un muchacho alto y rubio que llevaba un feo traje de exageradas hombreras y usaba camisa negra y corbata blanca—. ¿A qué has venido, pimpollo? ¿También a robar una porcelana?

Harry reflexionó rápidamente. Las palabras del hombre parecían dar a entender que alguien le precedió en el asalto, otra persona quizá tan poco dispuesta como él a entrar en la casa por la vía común. Pero ¿quién? ¿Johnny Fisher? No, aun suponiendo que conociera aquellas señas, Johnny no tenía tiempo de haber llegado de Chicago. ¿Uno de los agentes de la estación de policía, donde acaso Elihu Payne había ya cantado la palinodia? No, un agente no

hubiera acudido solo. Entonces, ¿quién?

Harry dijo indiferentemente:

—Sospecho que equivoqué la dirección. Esperaba encontrar aquí a cierta rubia...

Él hombre de la gardenia rió sin la menor alegría.

—Éste es más simpático que el otro. Por lo menos no le da por armar tomate, que ya es mucho... Tú, Jake, trae otro cabo de cuerda.

—¿Lo almacenamos también?

—Hasta recibir órdenes. La cuerda, Jake.

El llamado Jake salió y volvió enseguida con la cuerda solicitada. Mientras el hombre de la camisa negra le registraba los bolsillos e inspeccionaba su documentación, Harry fue maniatado. Por un momento se preguntó si su nombre y apellido dirían a aquellos individuos alguna cosa. Sin embargo, el de la camisa negra los leyó para sí y no demostró conocerlos. Sólo silbó al encontrar dinero. Comentó:

—Mucha pasta para un polizonte. ¿Dónde guardas tú credencial, millonario?

Harry no respondió, y en cuanto estuvo amarrado lo sacaron del «living» y lo llevaron a unas escaleras descendentes que partían de detrás de una puerta, junto al vestíbulo. Bajaron a un sótano y abrieron otra puerta. Encendieron la luz.

Un hombre con la cara llena de sangre estaba tendido en el suelo, también maniatado. Miró a Harry e hizo una mueca.

—¡Hoja, Joe! —exclamó—. ¿Cuándo vienen los otros?

Con Harry habían bajado el de la camisa negra y el llamado Jake. Las palabras del caído parecieron sorprenderles. Jake se precipitó sobre él y lo levantó para sentarlo en una vieja silla arrimada a la pared. Harry vio entonces que era un hombre joven y fornido. Pese a como le habían puesto la cara, sus duros ojos grises expresaban desafío y desdén.

Jake inquirió:

—¿Quiénes son los otros? ¿De qué cuerno hablas?

—Está bien claro.

El de la camisa negra se dirigió a Harry y le asió de las solapas.

—Te ha preguntado que cuándo vienen los otros. Bueno, ¿qué contestas?

Harry empezó a comprender la situación.

—No tardarán —dijo—. Me han enviado por delante.

Si no salgo dentro de cinco minutos, habrá fiesta.

El de la camisa negra le pegó un bofetón.

—¡Cerdo! ¡Ese pájaro te ha llamado Joe! ¡Tú no te llamas Joe!

—¿Has visto mi credencial?

El hombre volvió a pegarle.

—Cánsate un poco, eso es —dijo el otro prisionero—. Cansado se muere mejor, ¿no lo sabías?

—¡Cierra el pico o te abraso!

—Es tarde ya. Tenéis al FBI, amigos, encima, y conste que os lo advertí a tiempo. Cargarse a un agente federal significa automáticamente una sentencia de muerte. Resolvamos esto por las buenas.

—¡Por narices! —exclamó el de la camisa negra—. ¡Vamos a ver si es verdad lo que dicen, Jake! ¡Deprisa!

Los dos hombres salieron.

—Vivo, venga acá —murmuró el desconocido, cuando él y Harry estuvieron solos. Se levantó de la silla—. Colóquese a mi espalda y acérqueme las muñecas. Le desataré.

—¿Quién es usted?

—Un estúpido. Me llamo Patrick

O'Rourke

y pertenezco al FBI. He venido adrede desde Nueva York, siguiendo una pista, y lo primero que he hecho ha sido meter la pata.

—¿De Nueva York? ¿Le ha enviado Johnny Fisher?

—A medias —con rapidez y habilidad que revelaban el completo adiestramiento a que había sido sometido,

O'Rourke,

de espaldas, aflojaba progresivamente las ligaduras de Harry—. ¿Usted conoce a Fisher?

—Sí. Soy Harry Leslie. ¿No ha oído hablar de mí... o de mi hermano Frank?

—¿Está aquí por ese asunto?

—Sí.

—¡Diablo, resultará que todos los caminos conducen a la misma meta! ¡Era de suponer!

—¿Qué caminos?

—No se mueva, termino enseguida —las muñecas de Harry quedaron súbitamente libres—. Luego habrá tiempo para explicaciones. Desátame a mí.

Harry hizo lo que le ordenaba. Un momento después, frente a él, O'Rourke

respiraba profundamente y se frotaba las manos, ya libres, para restablecer la circulación de la sangre. Su actitud era tan natural como si soliera hallarse en trances semejantes dos o tres veces al día.

—Bueno, ahora la puerta. Hemos de arriesgarnos a salir de aquí antes de que esa gente nos acribille.

—Pero ¿no viene el FBI en su ayuda? —preguntó Harry.

—Compañero —rió el agente federal—, ya le he dicho que he metido la pata. Estoy en misión especial y absolutamente nadie en el FBI sabe que he caído como un tonto en este cepo. Si la ayuda no viene de su lado, estamos listos.

—Vendrá —Harry estaba pensando en Johnny Fisher que volaba hacia allí, que lo primero que haría en Chicago sería sin duda visitarle, que hablaría con Clara y que por ella conocería su destino—. Vendrá dentro de un par de horas. Quizá no tarde tanto.

—Dos horas es demasiado —

O'Rourke

se encogió de hombros—. Vamos a por la puerta. Usted, a quién no han atizado, pruebe de derribarla.

Harry lo probó. La madera, podrida por la humedad, se astilló en torno al cerrojo al primer embate. El cerrojo saltó al segundo. Quedó franco el paso: franco hacia los cinco asesinos armados que estarían alerta en el piso superior.

—Andando —dijo tranquilamente

O'Rourke.

Llegaron sin novedad al pie de la escalera y comenzaron a subirla. Pero no terminaron. Estaban a la mitad cuando en lo alto apareció un hombre. Era Edgar, con su camisa negra y su pistola.

Sonó el chasquido del arma al ser montada.

O'Rourke

reaccionó el primero como un salvaje, como un demente. Un poco agachado, emprendió una furiosa carrera escaleras arriba. Lo suicida, lo inesperado de su centelleante decisión, hizo que Harry se

quedara perplejo una fracción de segundo. No obstante, se aplastó contra los peldaños cuando la pistola se puso a rugir. Edgar disparaba sin afinar la puntería, precipitadamente. Su miedo le perdió. Un terrorífico puñetazo de

O'Rourke

le destrozó las narices. Su inmaculada corbata blanca se salpicó de rojo. Se dobló hacia adelante, y el agente federal, que ya estaba arriba, a su altura, le enderezó de un rodillazo al rostro. El pistolero vaciló y por fin rodó escaleras abajo. Harry le ayudó a descender de un puntapié.

Al llegar también Harry a lo alto de la escalera,

O'Rourke

se había apropiado la pistola que Edgar soltó. Dos hombres más aparecieron en el vestíbulo. El del FBI disparó sin preguntar nada. Uno de los hombres se llevó las manos al pecho, quiso chillar y no pudo. El otro retrocedió de un salto y se parapetó tras la puerta del «*living*».

—Salga usted —dijo

O'Rourke

—. Yo terminaré esto.

—Pero...

—¡No discuta! Tiene que salir uno y pedir ayuda, o de lo contrario nos quedaremos los dos. Salga y avise a la policía.

Harry cruzó el vestíbulo hacia la puerta del jardín, mientras que el agente federal se precipitaba al «*living*» haciendo ladrar su pistola. Salió.

La verja del jardín estaba abierta y había un coche negro detenido frente a la casa. Harry tuvo el tiempo justo de ver a unos hombres dentro del coche, de ver las armas que se volvieron contra él. Pensó, en una fracción de segundo, que la banda escapaba. El pistolero de la camisa negra bajaba, sin duda, al sótano, para matarles cuando le tropezaron en la escalera. Los otros dos a quienes se enfrentó

O'Rourke

ultimarían los preparativos de marcha, en tanto que el resto aguardaba en el coche.

Harry pensó todo esto, y se arrojó de bruces a tierra en el momento en que, dentro del auto, abrían fuego las pistolas. Notó

muy cerca, pavorosamente cerca, él rabioso aliento de los proyectiles. A los tiros se sumaron otros dos disparados en el interior de la casa: era

O'Rourke,

que mataba o moría, Mataba. Harry, rodando sobre sí mismo en un intento desesperado de ponerse a cubierto, le vio salir pistola en mano.

—¡Cuidado! —gritó.

Las balas de los ocupantes del coche habían mudado de trayectoria.

—¡Cuidado,

O'Rourke!

De nada sirvieron los gritos.

O'Rourke

se metió de sopetón en el campo de tiro de los pistoleros. Su cabeza semejó estallar. Su cuerpo, descoyuntarse. Dio un salto extraño y cayó a tierra. Harry comprendió que estaba muerto ya en el instante en que saltó.

Debía a aquel hombre la vida y la libertad, pero se hallaba ahora de nuevo en riesgo de perderlas. Se levantó, corrió locamente, dobló el ángulo de la fachada de la casa y se encontró a salvo de los proyectiles. No cesó de correr hasta la verja. Trepó y se dejó caer al otro lado antes de que ninguno de los pistoleros hubiera aparecido a su espalda.

Y luego tampoco ninguno apareció. Oculto entre una mata de rododendros y un terraplén, Harry oyó primero y vio después que el coche negro se ponía en marcha y huía por Bellevue Street a todo gas.

CAPÍTULO XV

Llovía a mares, y era tan grande la cerrazón que parecía de noche a media mañana. Detrás de un bosque, en un barracón a la orilla del lago Michigan, al que se llegaba por un camino fangoso, dos hombres trabajaban apresuradamente. En apariencia, el barracón era una cabaña de pesca, un lugar de recreo; en realidad, sus entrañas ocultaban un ultramoderno taller de impresión y grabado.

De los dos hombres, uno era Giacomo Mondadore, y el otro «Gauchó» Rojas. Su trabajo consistía en sacar del taller subterráneo una colección de clichés metálicos, unos fajos de billetes y unos frascos que contenían tintas, y trasladarlos a un «Packard» estacionado fuera. Las portezuelas del «Packard» eran de doble plancha, con un espacio hueco hábilmente disimulado entre las dos, donde los billetes, los clichés y las tintas eran introducidos.

Cada vez que salían al exterior, los dos hombres quedaban empapados. La lluvia producía un ruido como el del redoble de cien tambores en el bosque, pero, aun así, desde el barracón se oyó de pronto el angustioso aullar de una sirena policíaca.

La sirena se alejó.

—Están cerca —dijo el italiano. Había perdido el dominio de sus nervios y los músculos de su cara se contraían en un espasmódico «tic»—. Tenemos que darnos prisa, «Gauchó».

—Ya me la doy —replicó desdeñosamente—. Es usted quién se empeña en llevarse todo esto. Maldita la falta que le va a hacer en el otro barrio.

—¡Cállate!

—¿Por qué? Lo sabe usted tan bien como yo: estamos rodeados de policías y no cruzaremos la frontera ni en sueños. O, si la cruzamos, nos echarán mano en el Canadá. «Mantequilla» Payne ha cantado, no cabe duda. Por él descubrieron la casa de Bellevue

Street y no tardarán en localizarnos.

Mondadore se quedó mirando a su subordinado.

—Aquí todavía mando yo —dijo, escupiendo las palabras—, y se hará lo que yo ordene. No quiero estorbos, así que decide: ¿sigues o te quedas? Si te quedas... lo sentiré mucho, pero no tendré tiempo de cavar tu fosa.

—Bueno, como guste —gruñó—. Pero ¿por qué no me ha dejado marchar con los demás? A estas horas volarán ya hacia Nueva York.

—¿Y qué? ¿Tú crees que saldrán del país?

—¿Saldremos nosotros?

—Sí.

—¿Por qué me lleva consigo?

—Tú vales más. Pensé que me serías útil.

—Está bien, terminemos con esto. Perdemos el tiempo en vano.

—No —dijo Mondadore, y el tono en que lo dijo obligó al pistolero a mirarle con desconfianza—. Pensé que me serías útil, pero cometí un error. Me parece que no me vas a acompañar, «Gauchó». Estás ablandándote.

El joven se quedó unos instantes parado. Y de pronto vio en la mano de su jefe algo que no viera hasta entonces: ¡una larga y pulida hoja de acero!

Se palpó el cinto, donde solía llevar la pistola. Así recordó que la había dejado sobre la mesa y que ahora estaba detrás de Mondadore.

—¡Maldito loco! —exclamó.

Echó a correr hacia el «Packard», bajo la lluvia, y cuando el italiano le dio alcance había empuñado una llave inglesa.

—¡Acérquese y le parto el cráneo!

Mondadore se acercó. Era mucho más viejo y mucho menos vigoroso que «Gauchó», pero le sobrepasaba largamente en experiencia y había tenido que luchar infinidad de veces por su vida contra enemigos tan poderosos y mejor armados. «Gauchó» blandió la llave inglesa. No supo cómo, su golpe falló. El italiano se le echó encima, cogiéndole a contrapié. La hoja de acero segó la lluvia y encontró carne. El pistolero chilló.

Mondadore se creció al oírle chillar. Su viejo puñal fascista entró en el cuerpo de «Gauchó» otras dos veces. Bastaron.

El pistolero se tambaleó y cayó. Estaba vivo todavía e intentó

huir arrastrándose, pero sólo consiguió desfallecer en mitad del camino fangoso, a un metro de las ruedas traseras del «Packard». Su triste y sucia agonía comenzó allí.

Mondadore limpió el puñal, lo guardó y, sin más, se metió en el coche. Daba por terminados los preparativos, pues estaba demasiado fuera de sí para continuarlos. Cerró los compartimientos secretos de las portezuelas, miró en derredor para asegurarse de que todo se hallaba en orden y puso la llave en el encendido. Sin causa aparente, lloraba de rabia cuando tiró del *demarré*.

Al dar marcha atrás para maniobrar, el «Packard» pasó por encima del cuerpo de «Gauchó». Se oyó un chasquido de huesos rotos. Mondadore se estremeció. Las lágrimas empañaban los cristales de sus gafas.

Arrancó violentamente y pisó el acelerador a fondo. El coche levantó una doble ola de agua y fango al avanzar por el camino, hacia la carretera. Ganó ésta. Multiplicó su velocidad. La lluvia se había convertido en diluvio y el mundo era una masa líquida y negra.

De aquella masa surgió un coche patrullero, parado en mitad de la pista con los faros encendidos. Mondadore apenas consiguió ver, delante, a varios hombres uniformados y armados de metralletas que le hacían señas de que se detuviese. Le era imposible calcular si tenía paso o no junto al patrullero, pero comprendió que había de pasar de todos modos. Era su única oportunidad de fuga.

Los guardias se apartaron en el último instante, y Mondadore descubrió demasiado tarde que no tenía paso. Movié brutalmente el volante. El «Packard» perdió la carretera. Había un terraplén, y el lago más allá. El italiano abrió la portezuela mientras el vehículo daba tumbos. Se arrojó por ella una fracción de segundo antes de que el coche saltara al vacío y se hundiera con un tremendo «plass» en las aguas.

CAPÍTULO XVI

Cuando Johnny Fisher salió de la cabina telefónica, Harry andaba ya por la tercera ginebra. El «barman» del pequeño establecimiento de Pullock Street tenía puesta la radio y escuchaba un solo de Tristano en el que cada tecla pulsada hería como un estilete.

Johnny estaba muy serio, pero sus ojos ardían.

—Ya lo tienen —anunció, sentándose junto a Harry—. He hablado con el propio teniente Gannon. No se ha ido a dormir, ni piensa irse hasta acabar con esto.

—¿Qué es lo que tienen? —Se pasó la lengua por los labios—. ¿Ha confesado Elihu Payne? ¿Ha confesado?

—Sí.

—¡Por Dios, cuéntame, Johnny!

—Elihu Payne dice que fue enviado por su jefe a reunirse con «Angelito» Wallace en el departamento del «Chelsy Building» donde Clara estaba retenida. Su llegada no pudo ser más oportuna: la muchacha había desaparecido y «Angelito» yacía muerto sobre la alfombra de la alcoba. Payne supuso que aquello acarrearía complicaciones y telefoneó a su jefe. Éste le ordenó ocultar el cadáver y borrar los rastros. Asegura Payne que, al parecer, la fuga de la chica le sacaba de quicio. El obedeció, y apenas hubo terminado llegasteis vosotros.

—De modo que «Angelito» murió realmente.

—Sí.

—¿Dónde está su cadáver?

—Payne lo bajó a los fondos del edificio por la escalera interior y lo dejó allí con las tijeras y toda la ropa de Clara que pudo encontrar. No lo han descubierto todavía, no ha habido tiempo.

—¿Qué le pasará a Clara?

—Nada, por supuesto. No habrá jurado que la condene.

—¿Y eso es todo?

—¡Claro que no! Gannon estaba como sobre ascuas, Harry, ¡porque le ha caído del cielo el caso más sensacional de su carrera! ¡A través de Elihu Payne todo ha salido a la luz!

—No sé de qué me hablas, Johnny.

—¿No sabes siquiera por qué ha muerto O'Rourke?

—

O'Rourke

no me contó nada. Al salir de la casa de Bellevue Street avisé por teléfono a la policía y he ido directamente a esperarte al aeropuerto. Hace más de media hora que estamos juntos y aún no me has dado ninguna explicación.

—

O'Rourke

era amigo mío, un gran camarada. Y en parte fui yo quien le envió a Chicago... a la muerte...

Harry oprimió el brazo de Johnny.

—Perdóname. Me doy cuenta.

—¿Tú has leído en los periódicos lo del atraco al Banco «Brown-Houston»?

—Sí —repuso Harry mirándole con curiosidad.

—¿Y lo del incendio de la Casa de la Moneda?

—También.

—Han sido dos sucesos casi consecutivos, dos golpes dados con una limpieza y una precisión extraordinarias. En el FBI andábamos a la deriva. No se nos había ocurrido relacionarlos entre sí, no sabíamos de nadie capaz de realizar lo del «Brown-Houston» tal como fue realizado y no nos explicábamos para qué ni con qué objeto fue provocado un incendio en la Casa de la Moneda. De este último caso se encargó el coronel Robinson, uno de nuestros jefes en Nueva York. Entre sus detectives, uno, Patrick

O'Rourke,

había seguido con gran interés las primeras pesquisas y observó algo en lo que no parecía haber reparado nadie: lo mismo en el grupo de maduros y elegantes incendiarios que en el de jóvenes atracadores había un hombre del que se dio una descripción muy fiel cuando quienes la daban eran mujeres. Este hombre, de aspecto

cínico y desenfadado, un tipo latino y moreno, semejaba ejercer sobre las mujeres gran atracción. Tenía diez años más en la Casa de la Moneda que en el «Brown-Houston», pero

O'Rourke

pensó que los incendiarios podían haberse avejentado adrede con un buen maquillaje, y que quizá eran la misma banda que asaltó el banco. Hizo una rápida investigación y se convenció de que estaba en lo cierto. El hombre era Charlie Rojas, llamado «Gaucha» Rojas, un pájaro sin más antecedentes que tres años pasados en un reformatorio y que hasta ahora había logrado siempre burlar a la justicia.

—Le conozco —dijo bruscamente Harry—. Estaba en la casa de Bellevue Street, con una gardenia en el ojal.

—El mismo —asintió Johnny—. Pero la hipótesis de O'Rourke

no terminaba aquí. El incendio de la Casa de la Moneda comenzó a tomar forma cuando le fue enviado al coronel Robinson un billete de cien dólares falsificado, tan perfectamente falsificado, que era imposible distinguirlo de uno legal. Acompañaba el billete una carta escrita a máquina y redactada con tres o cuatro incorrecciones de las que cometería alguien que no dominase nuestro idioma.

O'Rourke

sabía lo que estaba pasando con el asunto de tu hermano Frank, con la muerte de Willy Morris, con la aparición de Clara Bussoni y su marcha a Chicago unas horas después del atraco al «Brown-Houston». Suya fue la intuición de relacionar ambas cosas, como había relacionado el atraco y el incendio. Se basaba en la inocencia de Frank, lo cual significaba que detrás de su supuesto delito se ocultaría un criminal tan hábil como inteligente. Este criminal, un extranjero, sería el hombre que usaba barba en Montecarlo, el padre de Clara: Giacomo Bussoni.

O'Rourke

obtuvo de Robinson manos libres para continuar sus pesquisas, e inmediatamente vino a mí y me consultó el caso. Adiviné que tenía razón, o que estaba muy cerca de la verdad, y así se lo dije. Enseguida,

O'Rourke

tomó el avión y se vino a Chicago sobre la doble pista de Giacomo

Bussoni y «Gaucha» Rojas. El resto de su historia no lo sabremos nunca, aunque es evidente que trabajó deprisa, excesivamente deprisa. Localizó a «Gaucha» en Bellevue Street, pero se metió en la boca del lobo. Y no ha salido con vida de ella.

La mano de Harry se crispaba en torno al vaso.

—Atraco a un banco, el incendio de la Casa de la Moneda, falsificación de billetes, ¿eso es lo que Mondadore ha estado haciendo en este país! ¡Eso era lo que a toda costa trataba de ocultar!

—En efecto. Si no me equivoco, el golpe contra el «Brown-Houston» fue solamente una especie de ensayo general, un zafarrancho preparado para comprobar la puesta a punto de sus fuerzas. La Casa de la Moneda era lo que a ese hombre verdaderamente le interesaba.

—Pero ¿por qué? ¿Qué buscaba allí?

—Quizá jamás lo hubiéramos descubierto —dijo Johnny—, de no ser por la confesión de Payne. Elihu Payne participó en el incendio, lo cual, de paso, le ha procurado a Gannon una gran alegría...

—Bueno, ¿qué buscaba Mondadore? ¿Clichés? ¿Papel para sus falsificaciones?

—No faltaban clichés, eso se comprobó; y el papel puede reproducirse.

—¿Entonces?

—Un ingrediente fundamental, exclusivo, que no le era posible conseguir en ninguna otra parte y sin el cual la falsificación nunca sería exacta. Los incendiarios no alcanzaron los talleres de impresión, que están bien defendidos, pero sí el laboratorio. Y en el laboratorio había tintas.

—¿Tintas?

—Tintas fueron lo que robaron, Harry. Les bastaba con unas muestras si disponían de un químico capaz de analizarlas. Y disponían de él: la preparación que utilizaron para neutralizar los extintores era obra de un químico experto. Apuesto lo que quieras a que, cuando me envíen de Washington la ficha personal de Giacomo Mondadore, el antiguo espía italiano, descubriremos que el químico no es otro que él mismo.

—Pero ¿dónde ha fabricado los billetes?

—Aquí, en Chicago.

—¿En la casa de Bellevue Street?

—No. Según Elihu Payne, en una cabaña de pesca junto al lago, al norte de la ciudad, en un lugar llamado Cheewaska Wood. Allí fue instalado previamente un taller de impresión clandestino.

—¡Y ése es el sitio donde Mondadore se oculta ahora! —exclamó Harry.

—Probablemente. El teniente Gannon ha destacado sus patrulleros para rodearlo.

—¡Santo Dios, Johnny! ¡Vamos allá! ¿Por qué no lo has dicho desde el principio?

—He pensado... que quizá preferirías... Harry, ¿estás seguro de que quieres ir?

—¿Por qué no? ¿Por Clara?

—Sí.

—Pues vamos: ¡Por Frank!

Fueron.

Harry conducía el «Lincoln» en silencio, con helada y dramática determinación. Mirándole, viendo su perfil, Johnny sentía como si hubiera una carga eléctrica en su rostro. Y también en sus manos, que se aferraban al volante igual que extraños seres dotados de una vida aparte.

Caía una tremenda cortina de agua y no se podía correr, pero Harry corrió. En un momento salieron de la ciudad y tomaron hacia el norte por la carretera de Milwaukee, bordeando la ribera del Michigan.

A los pocos minutos dijo Harry:

—Llevo un mapa en el bolsillo derecho. Sácalo y busca Cheewaska Wood.

Johnny obedeció. Lo encontró pronto.

—Falta poco ya.

No faltaba nada. Súbitamente, a través de la semioscuridad y la lluvia aparecieron las formas de tres coches que obstruían la carretera. Harry aplicó los frenos y el «Lincoln» patinó.

Entre los coches se veían figuras uniformadas.

—Ahí están.

Los dos amigos se apearon rápidamente. Los agentes les dieron el alto. Johnny mostró su credencial. Hubo saludos.

—¿Ha venido el teniente Gannon?

—Está abajo —dijo un guardia.

Señalaba el inmediato terraplén. Abajo, a la orilla del agua, había más figuras, unas uniformadas y otras no.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se lanzó al agua con su coche.

—¿Quién? —preguntó secamente Harry—. ¿El hombre a quién daban caza?

—Eso parece. Fue hace un momento. Venía disparado, le hicimos señas, no paró y ¡zas!

Johnny empezaba ya a bajar. Harry le siguió.

En la ribera, los policías rodeaban a un hombre joven que, envuelto en un recio abrigo, por debajo del cual asomaban sus piernas desnudas, tiritaba de frío. Uno le daba a beber algo de un frasco.

Gannon, con la pipa apagada en la boca, vio a los recién llegados y se adelantó a su encuentro.

—Le presento a John Fisher, del FBI —dijo Harry.

—Siempre a punto —gruñó el teniente. Estrechó la mano de Johnny—. Hablé con usted por teléfono hace un rato, ¿no?

—Sí. ¿Hay noticias?

Gannon señaló con el pulgar al hombre que temblaba.

—Gilbert ha buceado hasta el coche, que está a poca profundidad. Dice que tiene una portezuela abierta y no ha visto a nadie dentro.

—¿Eso significa que Bussoni ha escapado?

—No lo sé. O quizá que está ahogado en otra parte del fondo.

—Yo, en su lugar... —comenzó Johnny.

No terminó la frase.

Lo que le interrumpió, lo que sucedió a continuación fue tan extraordinario como si el sol se hubiera puesto a brillar en mitad de aquel espantoso diluvio. Primero sonó un grito, el largo y escalofriante grito de agonía de un hombre; arriba, en la carretera. Luego hubo un intervalo de silencio. Y después, una metralleta rompió a tabletear.

El flemático Gannon se sobresaltó.

—¿Qué ha sido eso? —voceó—. ¿Quién dispara?

En una fracción de segundo, a la metralleta respondieron otras.

—¡Teniente!

Un guardia bajaba por el terraplén, resbalando y agitando los brazos para no perder el equilibrio. Gannon, Harry y Johnny corrieron hacia él, El guardia cayó sentado en el barro, pero inmediatamente se levantó.

—¡Teniente, creo que ese hombre ha matado a Nick Jones! ¡Una puñalada por la espalda! ¡Se ha apoderado de su metralleta y huye hacia el bosque!

Gannon, sin decir palabra, sustituyó en su boca la pipa por un silbato y se puso a lanzar órdenes mediante silbidos. Los agentes que rodeaban a Gilbert, el buceador, se dispersaron y emprendieron a toda marcha la ascensión a la carretera.

También Harry echó a correr, y Johnny, que había estado observándole y vio la mirada diabólica que durante un segundo tuvieron sus pupilas, se lanzó sobre sus pasos. A diferencia de los guardias, Harry no se dirigía a la carretera, sino que avanzaba paralelamente a ésta y a la orilla del lago por la base del terraplén. Johnny comprendió enseguida sus intenciones: guiándose por la dirección en que se oyó la primera metralleta, trataba de rebasar la probable posición de Mondadore e interceptarle el camino. Cuando le dio alcance no le dijo nada, se limitó a correr a su lado. Era un verdadero suplicio correr entre tanto barro y tanta agua.

De este modo llegaron los dos hombres a las proximidades del bosque. Harry, entonces, dobló en ángulo, escaló el terraplén y, cubierto de barro de pies a cabeza, atravesó la carretera para internarse en el terreno inculto de más allá. Johnny hizo lo mismo.

De Mondadore no había ni rastro. Las metralletas de los guardias disparaban en amplio semicírculo, dibujado por los fogonazos a través de la lluvia, pero en el centro de ese semicírculo no se veía a nadie. La llanura ondulada y sembrada de matorrales estaba desierta.

Harry jadeaba.

—Cuidado —dijo Johnny, que empezaba igualmente a perder el aliento—. Vamos a entrar en la zona batida por las metralletas de los agentes. Volvamos atrás. Lo más probable es que Mondadore esté ya en el bosque.

—No tiene tiempo —murmuró Harry.

Y se agachó, y de loma en loma y de matorral en matorral

prosигuió la marcha. Un momento después, Johnny comprobó que la suposición de que el italiano no tenía tiempo de haber alcanzado el bosque era acertada: al pie de una gran mata, no lejos del lugar que ocupaban ellos mismos, brillaron unos fogonazos.

—Está ahí —gruñó ferozmente Harry.

Mondadore estaba allí, en efecto, y disparaba hacia atrás, contra los guardias. Le vieron en cuanto hubo disparado, porque abandonó su refugio para correr unos metros en zigzag y saltar al fondo de un pequeño barranco. Desde el barranco disparó hacia atrás otra vez.

Johnny siguió a Harry cuando éste reemprendió su avance. Por espacio de unos minutos, aunque la barrera de policías se cerraba en torno suyo y se le acercaba rápidamente, Mondadore no se movió del barranco, sin duda tratando de recobrar fuerzas. Luego, Harry y Johnny se situaron entre él y el bosque, remontaron una ondulación del terreno y el fondo del barranco apareció ante su vista.

En el fondo, Giacomo Mondadore: una figura toda barro que empuñaba una metralleta. El asesino de Frank.

En aquel momento se preparaba a salir.

Respirando agitadamente, Harry murmuró:

—Johnny, dame tu pistola.

Mondadore salió del barranco, a pocos metros, siniestro y dramático bajo la lluvia.

Johnny titubeaba.

—Medita un instante, Harry —dijo quedamente—. Con sólo apretar el gatillo vengarás a Frank. ¿Tú crees que la venganza te traerá la paz del espíritu?

Harry estaba en tensión. Cogió la pistola y la amartilló con rudeza.

—¿Qué me importa la paz del espíritu?

—¿Tú quieres a Clara?

—Cállate.

—Quizá Clara te perdone el haber matado a su padre. Pero, cuando se mata a un hombre, Harry, hay siempre una persona que no perdona nunca. Esa persona es uno mismo.

—Cállate —repitió Harry ahogadamente.

Los guardias estaban muy cerca.

Giacomo Mondadore había abandonado el barranco y avanzaba

sigilosamente, encogido como una alimaña, en busca de su problemática libertad.

Harry apretó el gatillo de la pistola.

Cuando sonó el tiro, Johnny respiró aliviado. Harry había disparado alto, muy por encima de la cabeza del hombre, sólo como si pretendiera indicarle que no tenía salvación.

Mondadore reaccionó desesperadamente; se enderezó, y su metralleta comenzó a rugir. Harry no volvió a disparar. Guarecido junto a Johnny tras la cresta de la loma, su respiración producía un rumor semejante a un ligero silbido.

Por su postura erguida y los fogonazos de su arma, los guardias descubrieron al italiano. El drama terminó pronto. Mondadore se paró bruscamente, se hubiera dicho que dudaba del camino a seguir. Hubo una tremenda salva de metralletas. El impacto de las balas en el cuerpo del italiano imprimió a éste un extraño balanceo. Fue agachándose despacio, con cuidado, despacio, con una especie de definitiva placidez. Sus rodillas tocaron el suelo. Luego fue su frente. Cayó de lado y así quedó, encogido sobre sí mismo, torcida la cabeza. Muerto.

Las metralletas de los guardias callaron. Johnny y Harry bajaron de la pequeña loma.

Johnny dijo:

—Vamos a ver a Gannon. Hay que felicitarle.

—Yo no.

—¿Qué te pasa?

Harry no hubiera podido explicar qué le pasaba. Una gran luz se había hecho dentro de él. Se sentía ligero, libre, grande, fuerte, como si entonces empezara a vivir, como si despertara de una angustiosa pesadilla. Y era únicamente porque algo había terminado.

—Nada —respondió.

Ya no pensaba en Frank, ni en Giacomo Mondadore, ni en los hombres y las cosas que tenía en derredor. Pensaba en un beso que había dado cuando amanecía y en la mujer que se lo devolvió. Pensaba en ella. Pensaba en ella y en la habitación del hotel donde estaba esperándole.

Volvió la espalda al miserable cadáver que los guardias rodeaban, junto al barranco. Y echó a andar hacia su coche,

cansado, solo, sucio de barro, empapado por la lluvia que ahora, caía del cielo como una bendición.

FIN



¡Acción, dinamismo y misterio, puestos al servicio de un tema apasionante por el más famoso y audaz escritor del género!

PETER DEBRY

quien ha titulado a su último relato

LA MUERTE SOBRE RUEDAS

En él se recoge la historia secreta de una institución cuyos miembros administran y reciben la muerte cada día: ¡los coches patrulleros de Harlem! ¡Los famosos "ataúdes rodantes" del barrio negro!

PETER DEBRY

le ofrece la más sobrecogedora intriga llevada jamás a las páginas de un libro, en

LA MUERTE SOBRE RUEDAS

No deje usted de leer esta sensacional novela, adquiriendo el próximo número de la insuperable

COLECCION SERVICIO SECRETO

Precio: 5 ptas.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS.

A 5 pts.

COLECCION "BISONTE"

400 — Rogers Kirby
EL OCASO DE UNA RAZA

COLECCION "BUFALO"

97 — Keith Luger
UNA HERENCIA DIFICIL

COLECCION "PANTERA"

34 — F. M. Dayne
LA RUTA LLEVA AL INFIERNO

COL. "SERVICIO SECRETO"

264 — Mark Halloran
FACIL DE MATAR

COLECCION "LAUREL"

45. — LAS MEJORES POESIAS NAVIDEÑAS

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"

33. — MODELOS DE CARTAS

A 5'50 pts.

COLECCION "PIMPINELA"

459 — Corín Tellado
LA MAESTRA

COLEC. "MADONCELITA"

355 — Mercedes Tomás
DONDE ESTA MI VIDA

COLECCION "ROSAURA"

299 — Carlos de Santander
HA LLEGADO UN FORASTERO

COLECCION "AMAPOLA"

185 — Cristina Luján
FRENTE AL ODIO

COLECCION "ALONDRA"

138 — María del Pilar Carré
EL LEGADO

COLECCION "CAMELIA"

79 — María del Carmen Rey
UNA LOCA AVENTURA

COLECCION "ORQUIDEA"

49 — Sergio Duval
UNA MUCHACHA FACIL

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona :: Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

Las aventuras más apasionantes y las escenas más espectaculares las hallará usted siempre en la trepidante y famosísima



Colección DAN

Serie BISONTE GRAFICO

en cuyo número 14, que aparece esta misma semana, hallará usted, amigo lector, el siguiente contenido:

UNA AVENTURA LARGA COMPLETA

Un emocionante episodio de "EL JUSTICIERO ERRANTE"

y la sección de alto valor documental: "A TRAVES DE LA HISTORIA DE NORTEAMERICA"

¡Cada volumen cuesta solamente 1'25 ptas.!

BISONTE GRAFICO

Solicítelo a su habitual proveedor o directamente a

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2.

BARCELONA



¿Conoce usted los graves peligros de la delgadez o la obesidad? ¿Sabe que de la elección de sus alimentos depende la buena marcha de todo su organismo?

He aquí las preguntas resueltas en un libro cuyo utilísimo contenido puede ser realmente decisivo para su salud:

NI GORDOS NI FLACOS

A través de sus páginas hallará usted los medios más eficaces para engordar o adelgazar sin peligro alguno, así como todo lo relacionado con el ejercicio físico adecuado, a fin de mantenerse permanentemente juvenil. Además, le ofrece los siguientes artículos: ¿Son incurables las enfermedades cardíacas? ¿Cómo es el estómago humano? Y otros muchos, de apasionante interés para usted.

NI GORDOS NI FLACOS

Adquiera ahora mismo este volumen, ya publicado con el número 2 en la moderna y documentadísima:

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD
DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio: 15 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2.

BARCELONA



¡Un espectacular alarde de emoción, intriga y calidad literaria lo constituye el número 2 de la sensacional colección Historias, que lleva por título:

20.000 LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO

¡La gesta de una misteriosa nave fantasma a través de todos los mares del mundo, en una época en la que desconocíase la navegación submarina!

JULIO VERNE

el mundialmente famoso escritor, cuya prodigiosa inventiva profetizó con asombrosa precisión muchos de los actuales descubrimientos del mundo moderno, es el autor del célebre relato:

20.000 leguas de viaje submarino

que le ofrece a usted, amigo lector, esta misma semana la magnífica

COLECCION HISTORIAS

con 250 ilustraciones interiores que permiten seguir el relato gráfico, independientemente del texto. ¡Una innovación sensacional que, sin regatear esfuerzos, pone en sus manos

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Adquiera ahora mismo este sugestivo volumen, antes de que se agote.

20.000 leguas de viaje submarino

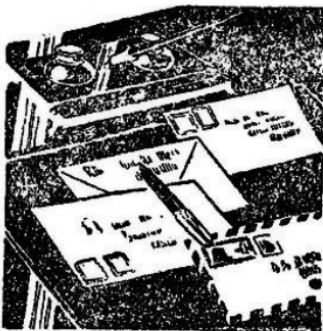
Precio: 25 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2.

BARCELONA



Usted podrá, desde ahora, cumplir con todos sus compromisos epistolares teniendo a mano la más extensa y moderna selección de

MODELOS DE CARTAS

los cuales, adaptables a todos los casos, le ayudarán eficazmente en la redacción y organización de su correspondencia.

MODELOS DE CARTAS

es el título de este utilísimo volumen, en el que hallará modelos para cartas de familia, recomendación, pésame, invitación, felicitación, agradecimiento comerciales, instancias y documentos y además, las normas más positivas para causar buena impresión en las cartas de petición de empleo, favores, etc. ¡Un auténtico y fiel secretario, permanentemente a su servicio!

La prestigiosa COLECCION POPULAR le ofrecerá

MODELOS DE CARTAS

en la corriente semana. ¡Adquiera este libro antes de que se agote!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

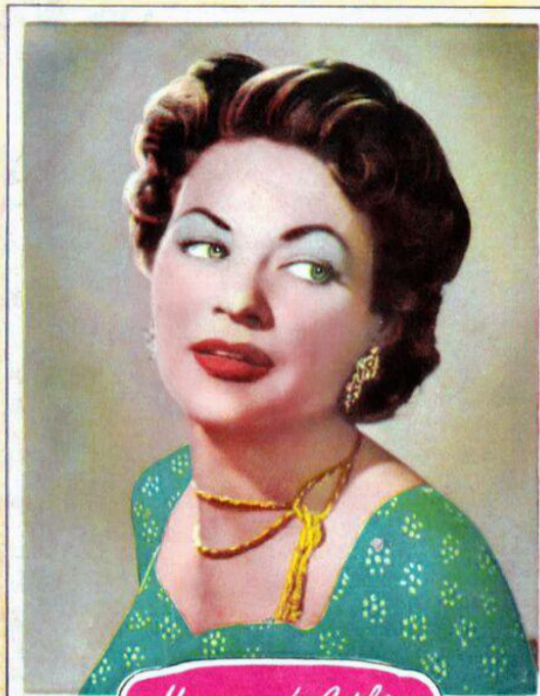
Precio: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2.

BARCELONA

* LLUVIA DE ESTRELLAS *



Yvonne de Carlo

N.º 113 Llegó a California en 1937, procedente del Canadá. Debutó con "Salomé, la embrujadora". Últimamente ha interpretado en Inglaterra, "El paraíso del capitán" y "Esta es la noche".
Foto de la película "Horizontes de Odio", R. K. O. Radio



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

NOTAS

[1] El «precinto», en Nueva York, equivale a una comisaría española.
(N. del E.). < <

[2] Hace muchos años los estudiantes de la primera Escuela de Periodismo en Barcelona crearon una palabra para denominar el vacío ideológico que denotan algunas frases debidas a políticos. Hablaban de «sulfopelo». (N. del E.). < <